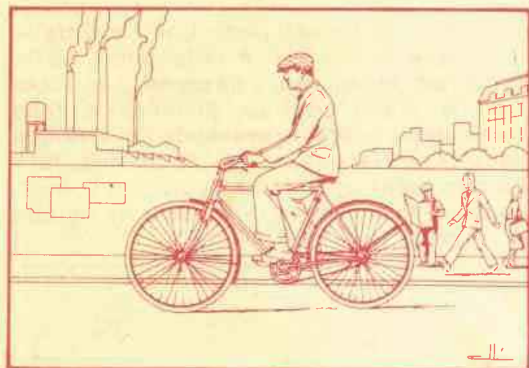
mensual / Junio 1979
nueva serie/número 7
COSTA RICA: 7 Colones / ESPAÑA: 75 Ptas. / FRANCIA: 5 F / PANAMA: 1 S / PERU: 100 Soles / SUECIA: 5 Kr. / VENEZUELA: 5 Bs.

inprecor

correspondencia de prensa internacional / intercontinental press

Coyuntura económica

¿Hacia la próxima recesión internacional?

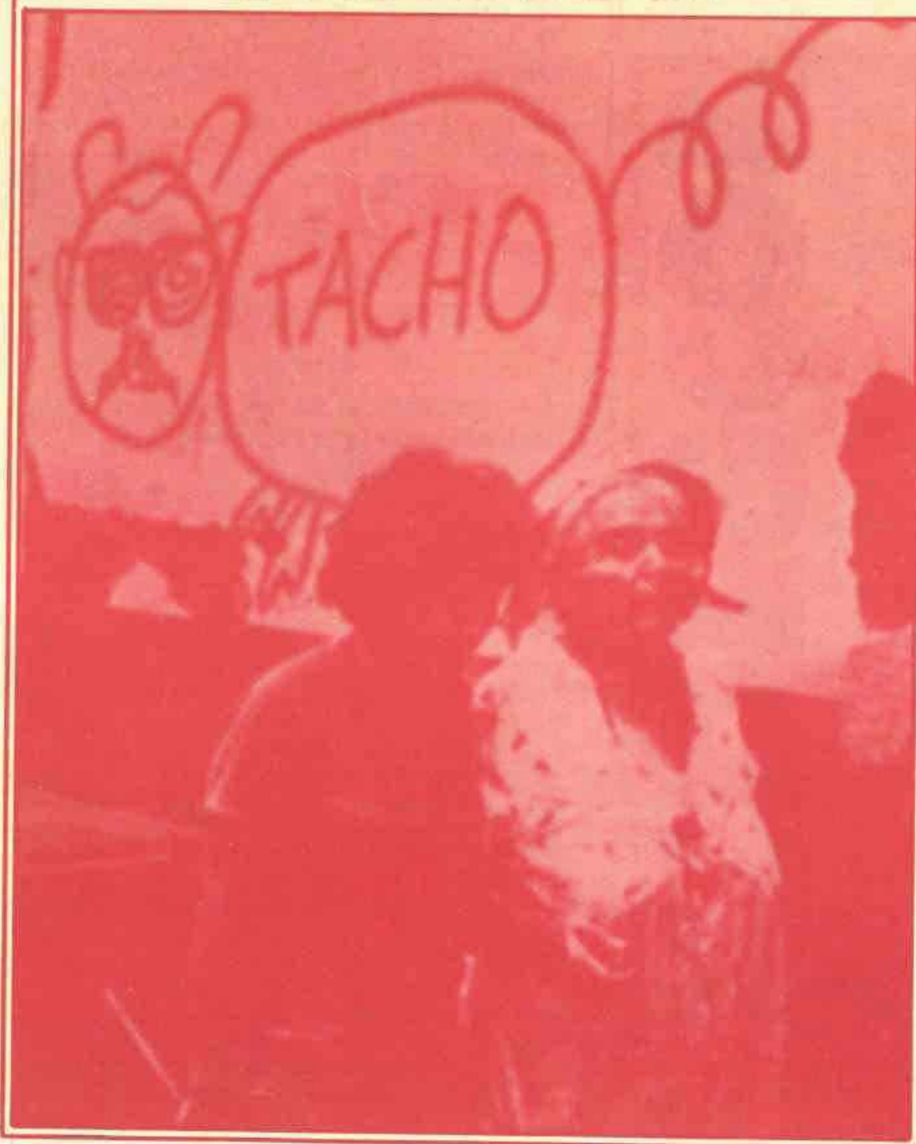


No a la energía nuclear y sus peligros

(Comisión antinuclear de la IVª Internacional)

20 años de Revolución Cubana

NICARAGUA vencerá



Sumario

En este número

Los oscuros nubarrones que se ciernen sobre la **economía capitalista internacional** empiezan a perfilarse cada vez más claramente. Winfried Wolf analiza en un artículo que publicamos en este número la situación económica internacional y el carácter en buena medida simultáneo de la recesión que se avecina. Este artículo fue escrito antes de la última subida del precio del petróleo decidida por la OPEP, hecho que no viene sino a añadir más combustible al fuego de la crisis.

La victoria del Partido Conservador en las **elecciones británicas** ha creado una situación nueva en este país, en la que la clase obrera tendrá que hacer frente a una fuerte ofensiva reaccionaria de Margartet Thatcher y su Gobierno. Reproducimos aquí los análisis que hacen los camaradas del International Marxist Group, sección británica de la Cuarta Internacional.

La posición de la Cuarta Internacional sobre la **energía nuclear** queda reflejada y resumida en un documento elaborado por la Comisión Antinuclear Internacional. Este documento fue escrito con motivo de la convocatoria de la jornada internacional por una moratoria nuclear, celebrada el pasado 3 de junio.

Además de los artículos sobre el balance del reciente congreso del Partido Comunista Francés y sobre la lucha de la mino-

Además de la declaración del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional sobre Nicaragua, escrita antes de la caída definitiva del régimen de Somoza, y de un artículo sobre la lucha de la minoría árabe en Irán, publicamos final mente dos largos documentos sobre la **revolución cubana**, que celebra este año su XX aniversario. Los camaradas Jack Barnes y Livio Maitan expresan en estos artículos su opinión sobre la situación en Cuba dos decenios después de la victoria del Ejército Rebelde sobre las tropas de Batista.

Declaración del Secretariado Unificado de la IVª Internacional*

* Esta declaración fue escrita antes de la caída definitiva del régimen de Somoza y de la instalación en Managua del Gobierno de Reconstrucción Nacional.

Edita:
Liga Comunista Revolucionaria (IV Internacional)
Apartado de Correos 50.370 (Cibeles)
Madrid / España

Imprime:
Ratlles
Mallorca 206. Barcelona

Deposito legal:
B - 40.029/79

Documento

Por el derrocamiento revolucionario de Somoza

Apoyo total al combate del pueblo nicaragüense



Declaración del Secretariado Unificado de la IVª Internacional

La crisis general de la dictadura somocista, desencadenada a partir de enero de 1978, ha desembocado en junio de 1979 en un enfrentamiento decisivo en forma de una auténtica guerra civil, en la que ya han sido masacrados miles de obreros y campesinos. La movilización popular masiva y la actividad cada vez más amplia y audaz de quienes combaten bajo la bandera del FSLN han minado profundamente y llevado al borde del abismo a uno de los regímenes más sanguinarios de América Latina, amenazando la cadena imperialista en la región.

La crisis del somocismo afecta al conjunto de América Central. Debilita a las dictaduras militares de Guatemala, El Salvador, Honduras, que siempre habían contado con el apoyo de Somoza. Pero afecta también a los regímenes burgueses de Costa Rica y Panamá, que desde hace tiempo tomaron sus distancias con respecto a Somoza y actualmente se oponen abiertamente a él para reforzar a bajo coste su imagen democrática a los ojos de las masas, atraídas por la lucha ejemplar del pueblo nicaragüense y para hacer posible una alternativa al somocismo que no desborde el marco del sistema capitalista.

Estos regímenes habían podido gozar de una estabilidad relativa tras el aplastamiento de la revolución guatemalteca, en 1954, mediante la intervención directa del imperialismo norteamericano con el apoyo de una coalición de oligarquías reaccionarias de la región. La existencia de la tiranía somocista contribuyó de modo muy importante al mantenimiento de este status quo durante casi un cuarto de siglo.

El fracaso de las clases dominantes autóctonas

En el terreno económico, este periodo se caracteriza por un afluencia masiva de capitales y la creación, a comienzos de los años sesenta, del Mercado Común Centroamericano, instrumento privilegiado de la penetración imperialista en la región. Guatemala y El Salvador, y en menor medida Costa Rica y Nicaragua, conocieron una

industrialización incipiente que ha reforzado socialmente al proletariado. Pero es sobre todo su economía agraria la que ha sufrido transformaciones considerables. Lo que ha venido en llamarse la «reforma agraria», en efecto, se ha traducido en un incremento de las inversiones, en una racionalización y modernización tecnológica, en una productividad mayor del cultivo de productos de exportación, como el plátano, el algodón, el café y la caña de azúcar.

Las empresas imperialistas y los grandes terratenientes que se han adaptado a la nueva situación fueron los principales beneficiarios de estos cambios. La tradicional estructura latifundista, junto a lo que subsistía de las relaciones semifeudales, ha venido cediendo cada vez más terreno a una agricultura capitalista y a un desarrollo y crecimiento del proletariado rural. La concentración de la propiedad, lejos de quedar neutralizada, se ha acentuado aún más (en 1976, el 6,2% de los terratenientes centroamericanos poseían cerca de las tres cuartas partes de la tierra cultivable, a saber, el 73,2%, mientras que el 69% de los propietarios se repartían el 6,5%).

Las amplias masas campesinas pagaron las consecuencias: privadas de sus tierras o condenadas a una vida de subsistencia en pequeños minifundios poco productivos y cada vez más reducidos, vieron deteriorarse dramáticamente sus condiciones de vida. Si a ello se añade una tasa de crecimiento demográfico de las más altas del mundo, resulta comprensible por qué en El Salvador, Honduras y Nicaragua ha madurado una situación explosiva que las clases dominantes, apoyadas por el imperialismo, han intentado neutralizar mediante una represión brutal y sistemática.

La guerra que estalló, en 1969, entre El Salvador y Honduras, fue uno de los principales episodios de este período, fruto, en última instancia, de tensiones y conflictos internos relacionados con el paro masivo y con la reivindicación de tierras por parte de los campesinos. La oligarquía salvadoreña, una de las más represivas de América Latina, favoreció sistemáticamente, de acuerdo con la de Guatemala y con Somoza, la emigración masiva de campesinos sin tierra a Honduras, país con una densidad demográfica mucho más baja. La reacción de la clase dominante en Honduras llevó a un conflicto político y militar, gracias al que el imperialismo norteamericano, que se atribuyó el papel de árbitro, pudo incrementar en realidad su influencia directa en la región.

Pero esta guerra tuvo muchas más repercusiones. Comportó ante todo el fin del Mercado Común Centroamericano y puso aún más de manifiesto la incapacidad de las clases dominantes autóctonas, enfeudadas al imperialismo, para dar la menor solución a los problemas económicos y sociales de la región. No sólo provocó la agravación de las desigualdades entre los distintos países, sino también y sobre todo de las contradicciones sociales en su interior (por ejemplo, en El Salvador, y todavía más en Nicaragua).

El imperio de Somoza y su Guardia Nacional

Nicaragua es el país de la región en que el dominio imperialista ha revestido las formas más abiertas y extremas. Anastasio Somoza, el fundador de la dinastía, hace unos cuarenta años, se impuso gracias a una intervención directa de los EE.UU.: la Guardia Nacional, pilar militar del somocismo y del poder capitalista en el país, fue formada por el imperialismo como un ejército de mercenarios. Vinculada estrechamente al dictador y a sus intereses económicos y políticos, constituyó el principal soporte de la administración y de la «justicia».

Somoza y su familia controlan una parte importante de la economía nicaragüense, es decir, cerca de un tercio de las tierras cultivables, la mayoría de sectores industriales más rentables, la importación y exportación y los transportes. En la mayoría de los casos, sus inversiones en Nicaragua, como sucede en los demás países de América Latina, se combinan con las de las multinacionales de origen norteamericano. De ahí que la crisis del somocismo se confunda con la crisis del dominio burgués e imperialista.

La amenaza imperialista

Para el imperialismo, las implicaciones de la crisis nicaragüense rebasan ampliamente las fronteras del país: es el conjunto de su predominio en el istmo centroamericano, una región económica, política y estratégicamente decisiva, la que se ve amenazada. Washington trata y tratará de hacer todo lo posible para que la agonía del somocismo no se convierta en una amenaza para sus intereses fundamentales.

De ahí que no pueda excluirse una intervención directa de los EE.UU., pese a los considerables obstáculos políticos derivados tanto de las peculiaridades de la crisis nicaragüense como de la crisis general que conoce el imperialismo tras la guerra de Vietnam: esta intervención, sobre todo en ausencia de una alternativa burguesa proimperialista creíble, aparecería inmediatamente como lo que es: un apoyo al somocismo, sinó al propio Somoza, con el fin de aplastar la rebelión del pueblo nicaragüense.

Esta intervención estimularía un avance anti-imperialista masivo en todo el continente. Es precisamente esto lo que temen los gobiernos latinoamericanos que se han opuesto a la perspectiva de una intervención en la reunión de la OEA en junio, rechazando el proyecto planteado por el portavoz de Washington, Cyrus Vance. Los trabajadores norteamericanos, que no han olvidado la guerra de Vietnam y sus consecuencias, manifestarían también su oposición a una nueva aventura militar.

Los imperialistas tampoco pueden ignorar las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores de La Habana: «La intervención de los Estados Unidos crearía un Vietnam en el corazón de América Latina, el pueblo nicaragüense y los demás pueblos de América Central se levantarían sin ninguna duda contra semejante intervención extranjera, y sus hermanos de América Latina y del Caribe no permanecerían de brazos cruzados ante este genocidio. Hay que impedir esta intervención. Hay que denunciarla sin vacilaciones y con valor ante la opinión pública mundial y en los organismos internacionales». En esta ocasión, los EE.UU. no han dejado de lanzar una nueva campaña de amenazas contra Cuba.

A partir de ahí hay que comprender la combinación de las amenazas de intervención y maniobras políticas y diplomáticas por parte del imperialismo y de sus aliados latinoamericanos. Los contactos con el gobierno provisional de reconstrucción nacional, que incluye a representantes del FSLN, se han multiplicado. Las perspectivas de intervención de las llamadas fuerzas de «pacificación» latinoamericanas, encargadas de «separar a los beligerantes», se prepara activamente, mientras que Somoza, oficialmente repudiado, sigue masacrando impunemente al pueblo nicaragüense y se esfuerza por reconquistar una parte del terreno perdido. De hecho, esta masacre es favorecida por el imperialismo porque golpea directamente a las masas populares y debilita a las fuerzas del FSLN.

Aunque agonizante, la dictadura somocista no deja de desempeñar su papel de defensora de los intereses del imperialismo y de las clases explotadoras autóctonas. Si es necesario, el imperialismo podrá enviar una «fuerza pacificadora» de cara a preparar una

alternativa burguesa a la dictadura y a crear la mejor relación de fuerzas posible con el fin de asegurar la integridad del aparato estatal existente, particularmente de la Guardia Nacional.

Solidaridad con el combate de las masas y del FSLN

Las iniciativas militares del FSLN, que gozan del creciente apoyo activo de las masas, la revuelta de los campesinos, de los obreros, de las masas plebeyas de las ciudades, la ocupación por los insurgentes de importantes zonas del país, junto con la formación de **comités populares** que se encargan de las necesidades más elementales de la población, implican un cambio fundamental: las fuerzas en presencia se enfrentan en una verdadera guerra civil. El objetivo primordial del momento consiste en asegurar la victoria del combate mediante el derrocamiento revolucionario de Somoza y de su Régimen, que comportará una nueva derrota sustancial para Washington y el imperialismo en su conjunto, y dará un nuevo aliento a las movilizaciones de masas en la región.

Los marxistas revolucionarios en Nicaragua y en el mundo entero se colocan sin reservas al lado de los combatientes del FSLN y de todos los que participan activamente en la lucha contra la dictadura somocista y sus amos imperialistas: los trotskistas en Nicaragua se vinculan a las movilizaciones de masas y participan en su heróico combate. Nuestras organizaciones en el mundo entero, sobre todo en los países de América Latina y en las metrópolis imperialistas, se proponen desarrollar la campaña internacional de solidaridad con el combate del pueblo nicaragüense.

Esta campaña del movimiento obrero puede y debe adquirir una importancia decisiva. Si, en efecto, las masas se movilizan en toda América Latina en apoyo a la revolución nicaragüense, si al mismo tiempo las masas de los países imperialistas y de los Estados Unidos en particular, ponen de manifiesto sin equívocos que no tolerarán una guerra de agresión contrarrevolucionaria, los dirigentes imperialistas y burgueses «nacionales» difícilmente podrán intervenir militarmente para defender al régimen somocista agonizante. De ahí que la campaña de apoyo a la lucha del pueblo de Nicaragua sea una tarea política inmediata de suma importancia.

La lucha antiimperialista

La presencia directa de las tropas norteamericanas, así como el carácter de los vínculos del régimen de Somoza y el imperialismo, han conferido desde siempre una dimensión antiimperialista directa a las luchas del pueblo nicaragüense.

César Augusto Sandino había dirigido en los años veinte, levantamientos populares contra la intervención militar imperialista. Pese al fracaso final y al asesinato de Sandino, el sandinismo, corriente nacionalista revolucionaria pequeñoburguesa y antiimperialista, se ha implantado profundamente en las masas explotadas de Nicaragua.

Las corrientes reformistas obreras no han tenido nunca una base sustancial; particularmente el PC quedó desprestigiado a causa de su apoyo a Somoza durante la Segunda Guerra Mundial. La victoria de la revolución cubana, por lo demás, desencadenó un proceso de radicalización, al igual que en otros países de América Latina, y reforzó la corriente nacionalista revolucionaria, por el mismo hecho de que el Movimiento 26 de Julio tenía, en su lucha contra Batista, rasgos comunes con el sandinismo.

En 1964 se formó el FSLN, entroncando con la tradición histórica y popular de la lucha antiimperialista de Sandino. Corriente antiimperialista con una orientación política pequeñoburguesa, el FSLN se ha planteado la perspectiva de una revolución democrática burguesa. La lucha del FSLN, muy influenciada por los cubanos y concebida durante todo un período esencialmente como una lucha guerrillera, conoció múltiples vicisitudes. Pero es sobre todo la insurrección de setiembre de 1978, pese a su fracaso, la que demostró a todas luces y amplió sensiblemente su audiencia de masas. Hoy, el FSLN cuenta con el apoyo de las amplias masas explotadas de las ciudades y de los campos, que se identifican con él en sus luchas.

Por tanto, en la etapa actual desempeña un papel determinante en la lucha contra la dictadura y el imperialismo.

Una dinámica de revolución permanente

La lucha de las masas nicaragüenses contra la dictadura y el imperialismo adquiere una dinámica revolucionaria permanente aún más inmediata que en muchos otros países coloniales y semicoloniales. La dominación imperialista y la dominación de la burguesía nacional, la propiedad capitalista y la propiedad de la familia de Somoza y de las sociedades imperialistas se identifican casi completamente. Esto significa que la lucha contra el imperialismo es al mismo tiempo una lucha contra la dominación capitalista en su conjunto.

El problema ya está concretamente sobre el tapete: Después del derrocamiento de Somoza, ¿adónde apuntará el interés de las masas?

— ¿A respetar a los trusts norteamericanos, japoneses y europeos que han apoyado al régimen somocista hasta el final y permitirles que sigan explotando a las amplias masas, protagonistas de la lucha revolucionaria?.

— ¿A aceptar el pago de la deuda exterior de la dictadura, asumiendo una cuantiosa hipoteca para el futuro desarrollo económico del país?

— ¿A aceptar que en nombre de la «continuidad del Estado», los verdugos de la Guardia Nacional permanezcan en sus puestos, dispuestos a librarse de nuevo a sus actividades de feroz represión?

— ¿A aceptar que en nombre de la «solidaridad nacional», los campesinos sigan siendo explotados brutalmente y despojados de sus derechos más elementales por los terratenientes de la banda de Somoza?

— ¿A aceptar que los crímenes de los esbirros somocistas no sean denunciados ante el pueblo y que se camuflen los miles de lazos entre el imperialismo y la burguesía?

Para los revolucionarios nicaragüenses y para los revolucionarios del mundo entero, está claro que si el derrocamiento de Somoza no conduce al derrocamiento del poder imperialista y de la burguesía nacional, cualquier victoria sería efímera, que las masas se verán privadas rápidamente de todas las conquistas arrancadas por su lucha heróica actual. Los imperialistas y sus portavoces no ocultan que su preocupación principal consiste en evitar que la revolución nicaragüense emprenda la vía cubana. La respuesta de los revolucionarios es clara: hay que evitar que la revolución nicaragüense sufra el destino de la revolución guatemalteca de los años 40 y 50, de la revolución boliviana de los años 50, del ascenso obrero y campesino chileno de los años 70. **El interés elemental de las masas nicaragüenses, latinoamericanas y del mundo entero está en que la revolución nicaragüense siga el ejemplo cubano derrocando a la dictadura, expulsando al imperialismo, derribando del poder y expropiando a las clases dominantes autóctonas. De este modo se crearán las condiciones para satisfacer las necesidades fundamentales de las masas en cuanto a la alimentación, la**

vivienda, la sanidad, la educación y el trabajo.

El papel del Gobierno de Reconstrucción Nacional

En el seno del FSLN existen claras divergencias políticas e ideológicas. Los «terceristas» o «tendencia insurreccional» predominan de lejos; son ellos los que determinan la orientación y los métodos del FSLN, y los que, entre otros, impulsaron la ofensiva de setiembre de 1978. Partidarios de la colaboración con sectores burgueses antisomocistas, han privilegiado la acción de los destacamentos armados del Frente atribuyendo a la movilización organizada de las masas nada más que un papel de apoyo. Esto ya ha dado lugar a tensiones en el pasado y alberga la semilla de nuevos conflictos.

La llamada tendencia «guerra prolongada» desarrolla una orientación ecléctica, retomando elementos del maoísmo y del castrismo. La «tendencia proletaria» insiste en la importancia del papel de la clase obrera en la lucha contra el imperialismo y el capitalismo, pero no cuestiona la estrategia fundamental del Frente, ni siquiera su política de alianzas.

La formación del Gobierno de Reconstrucción Nacional, donde junto a los representantes del FSLN están los representantes declarados del ala antisomocista de la burguesía, Violeta de Chamorro, Alfonso Robelo y Sergio Ramírez, demuestra que la concepción de la revolución democrática no deja de tener implicaciones en la práctica inmediata de la lucha revolucionaria. En efecto, el Gobierno de Reconstrucción Nacional es una carta que juega la burguesía para evitar que el derrocamiento de Somoza provoque el estallido de las estructuras socioeconómicas capitalistas y del Estado burgués, y se opone por tanto a los intereses y aspiraciones de la mayoría aplastante de quienes luchan contra la dictadura y su Guardia Nacional de asesinos. Esto conlleva un peligro concreto para el desarrollo de la batalla militar en curso y todavía más para la victoria del combate revolucionario en su conjunto.

Por el derrocamiento revolucionario de la dictadura

Para alcanzar los fines de las masas explotadas y oprimidas, y para hacer frente a toda intervención imperialista, hay que generalizar el armamento de las masas y crear milicias obreras y campesinas, luchar por extender y reforzar los organismos que han comenzado a crear las masas en el transcurso de la guerra civil, con el fin de hacer prevalecer su voluntad y defender sus intereses vitales.



Frente a cualquier operación consistente en imponer una solución de recambio sobre la base del mantenimiento del aparato del régimen somocista, la lucha por la convocatoria de una asamblea constituyente elegida por sufragio universal, directo y secreto, podrá concentrar las aspiraciones expresadas por las masas en su combate contra la dictadura.

En el marco de la lucha por el derrocamiento de la dictadura, que es la primera tarea inmediata, los marxistas revolucionarios lucharán por:

- la disolución de la Guardia Nacional;
- la liberación de todos los presos políticos;
- la conquista de todas las libertades democráticas (libertad de prensa, de palabra, de organización política y sindical en primer lugar);
- la denuncia de todos los pactos políticos, económicos y militares con las potencias imperialistas y la OEA;
- la anulación de la deuda exterior acumulada por la dictadura en interés de las clases explotadoras y del imperialismo, y la ruptura con el FMI;
- la expropiación y la nacionalización, sin indemnización y bajo el control de los trabajadores, de todas las propiedades de Somoza, de su familia y de los dignatarios del régimen, de los imperialistas y de los capitalistas «nacionales»;
- la realización de una auténtica reforma agraria, que dé la tierra a los campesinos que la exijan y les asegure los medios para cultivarla.

Solo un gobierno que defienda los intereses de los obreros, los campesinos y de las demás capas explotadas, que excluya de sus filas a cualquier representante de la clase dominante y del imperialismo, que se apoya en el movimiento y en los organismos de masas, podrá llevar a la práctica un programa de este tipo, que corresponde a los intereses vitales del pueblo nicaragüense y a las necesidades del desarrollo y del refuerzo de la revolución.

Frente a cualquier intento de imponer una solución de recambio sobre la base del mantenimiento del aparato del régimen somocista, habrá que exigir la convocatoria de una asamblea constituyente elegida por sufragio universal, directo y secreto.

¡POR EL DERROCAMIENTO DE LA DICTADURA SOMOCISTA!

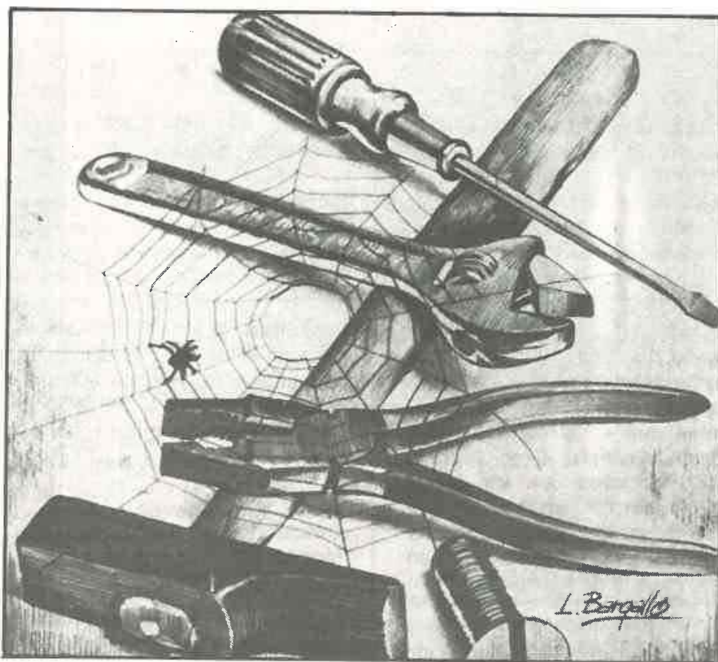
¡POR LA VICTORIA DE LAS MASAS NICARAGÜENSES Y DE LOS COMBATIENTES DEL FSLN!

¡POR UNA CAMPAÑA DE SOLIDARIDAD INTERNACIONAL FRENTE A CUALQUIER INTENTO DE INTERVENCION Y DE CHANTAJE POLITICO, ECONOMICO Y MILITAR DEL IMPERIALISMO!

¡RUPTURA DE LAS RELACIONES DIPLOMATICAS CON SOMOZA! ¡NI UN CENTIMO, NI UN ARMA PARA LA DICTADURA!

Hacia la próxima recesión internacional

Winfried WOLF



Hay muchas razones que permiten pensar que en el horizonte se perfila una nueva recesión internacional. El ciclo económico de cada país desembocará con toda probabilidad en una gran crisis económica internacional sincronizada.

AL publicarse la primera edición francesa del tomo I del Capital en 1872, Kark Marx añadió un párrafo muy interesante desde el punto de vista de lo que vamos a tratar en este artículo y que no se encuentra en la edición alemana:

..*"Pero es solamente de la época en que la industria mecánica, al haber echado raíces bastante profundas, ejerció una influencia preponrante sobre toda la producción nacional: en que, gracias a ella, el comercio exterior empezó a prevalecer sobre el comercio interior; en que el mercado universal se hizo sucesivamente con amplios terrenos en el Nuevo Mundo (América), en Asia y en Australia; en que, finalmente, las naciones industriales que entraban en liza eran bastante numerosas, es solamente de esta época de que datan los ciclos renacientes cuyas fases sucesivas abarcan años y que desembocan siempre en una crisis general, final de un ciclo y punto de partida de otro. Hasta ahora, la duración periódica de estos ciclos es de 10 u 11 años, pero no existe ninguna razón para considerar que esta cifra será constante. por el co ntrario, de las leyes de la producción capitalista, como las que acabamos de desarrollar, se infiere que es variable y que el período de los ciclos se acortará gradualmente."*

Este párrafo sobre los ciclos económicos internacionales, redactado hace más de 100 años, es decir, a principios de la revolución industrial, demuestra una vez más la agudeza del análisis de Marx. No hay ni una palabra que no refleje la realidad y particularmente la que hoy nos incumbe; la tercera edad del capitalismo, de los años 70 del siglo XX. El mercado mundial adquiere, cada vez más, gran importancia para el desarrollo de cada ciclo nacional. Después del fin del largo "boom" económico que siguió a la segunda guerra mundial, asistimos actualmente a una sincronización de los ciclos industriales y simultáneamente, a una profundización de la crisis económica, tal como ocurrió en el momento del "boom" económico de la primera revolución industrial hace 100 años. Sólo ha disminuido la duración de los ciclos; hoy es de 5 a 6 años.

Tasa de exportación: dependencia del mercado mundial

La existencia de un mercado mundial capitalista refleja perfectamente la extensión de la división del trabajo a escala internacional: partes cada vez más importantes de la producción nacional ya no se intercambian en el mercado interior, sino en el mercado mundial (por mercancías o -pero esto no es más que una mediación- por divisas, es decir, títulos de crédito para el país importador y haberes para el país exportador, en moneda adecuada).

La frase de Marx que afirma que ***"el comercio exterior empieza a prevalecer sobre el comercio interior"***, es naturalmente válida sólo para un número restringido de pequeños países imperialistas, si se consideran estrictamente las tasas de exportación. Sin embargo, las tasas de exportación —o sea, la parte que representan las exportaciones en el producto nacional bruto (PNB)— son muy importantes para las grandes potencias imperialistas.

Damos a continuación la parte de las exportaciones en el PNB en 1976, de los países imperialistas más significativos:

Estados Unidos	8,3%
Japón	13,8%
Francia	20,3%
Rep. F. Alemana	26,0%
Rep. F. Alemana	26,0%
Italia	26,8%
Gran Bretaña	28,8%
Bélgica	47,5%
Países Bajos	54,3%

La tasa de exportación relativamente baja de los Estados Unidos se explica por la importancia extraordinaria del mercado interior norteamericano y por el hecho de que los Estados Unidos son una gran potencia económica; a pesar de su baja tasa de exportación, los Estados Unidos son efectivamente, y de lejos, el número uno en el mercado mundial. La tasa de exportación de los grandes países de la CEE, que en su conjunto asciende a más del doble de la del Japón, se explica esencialmente por la existencia del Mercado Común. Así, el 45 % de las exportaciones de la RFA se dirigen hacia los países de la CEE. En lo que se refiere a las altísimas tasas de exportación de los países del Benelux, se debe al reducido tamaño (por lo tanto, a la estrechez relativa de su mercado interior) de estos países imperialistas, en los que de cada dos florines o francos "ganados", uno procede de los intercambios con el extranjero.

La modificación de la participación en el comercio internacional

Desde finales de la guerra mundial se han producido importantes modificaciones en la parte que corresponde a las potencias imperialistas en el mercado mundial (cf. cuadro 1).

Las consecuencias de las mutaciones de los últimos 30 años en el mercado mundial son las siguientes: Gran Bretaña, la pionera del imperialismo, la que ha salido más trasquilada; en efecto, su parte en el mercado mundial se ha reducido a más de la mitad. En cuanto a los Estados Unidos, fuerza victoriosa de la segunda guerra mundial y nueva potencia imperialista, no ha dejado de perder terreno, ante todo a favor de los países militarmente derrotados en 1945, que se han convertido hoy en los competidores directos del imperialismo USA: Alemania Occidental y Japón.

Alemania Occidental conoció, por su parte, un crecimien-

Participación en el comercio mundial (en %)

Año	RFA	Gran Bretaña	Francia	EE.UU.	Japón
1937	9	14	5	12	5
1950	4	12	5	17	1,5
1959	9	10	5	16	3
1978	11,9	6	6,6	12,1	8,1

Fuente: Mandel/Wolf: **Ende der Krise**, p. 149, y **Frankfurter Allemeine Zeitug** del 31.3.1979.

to decisivo de su tasa de exportación en los años 50 y 60, mientras que el boom de la exportación de Japón prosigue aún hoy.

La sincronización de los ciclos

Como demuestra el gráfico que reproducimos más abajo, desde la Segunda Guerra Mundial no se ha desarrollado de forma duradera ningún ciclo económico uniforme a escala interna-cional. Esto se explica parcialmente por los avatares sufridos en el desarrollo del mercado mundial, y cuyos efectos se prolongaran hasta principios de los años 50, por la guerra y la inmediata posguerra. La explicación principal reside, sin embargo, en el largo boom económico de los años 50 y 60. En efecto, ha contribuido ante todo a que no existan crisis efectivas duraderas, en términos de descenso real de la producción, sino más bien períodos de crecimiento lento (por ejemplo, en 1957-58). En estas condiciones, una crisis en un país no amenzaba con arrastrar a otros países dentro de una espiral peligrosa; la desincronización en el desarrollo de los ciclos no fue interrumpida por las presiones de las recesiones.

En segundo lugar, este largo boom ha permitido a los diferentes países aprovechar este desarrollo no sincronizado de los ciclos, haciendo por ejemplo esfuerzos particulares para exportar cuando aparecían tendencias a la crisis en el mercado interior, mientras proseguía el boom en el mercado internacional. De esta forma se reforzaba el carácer no sincronizado de los ciclos económicos a nivel internacional, y sobre todo, se reabsorbían las tendencias a la crisis en el mecado interior.

La recesión alemana de los años 1966-67 es sin duda el mejor ejemplo de lo que se acaba de decir: tuvo lugar, tal como demuestra el gráfico que reproducimos, en un momento en el que otros países, como Japón, Francia, Gran Bretaña e Italia conocían un fuerte crecimiento, **ofreciendo al mismo tiempo sus mercados a una ofensiva exportadora, en este caso la de Alemania.**

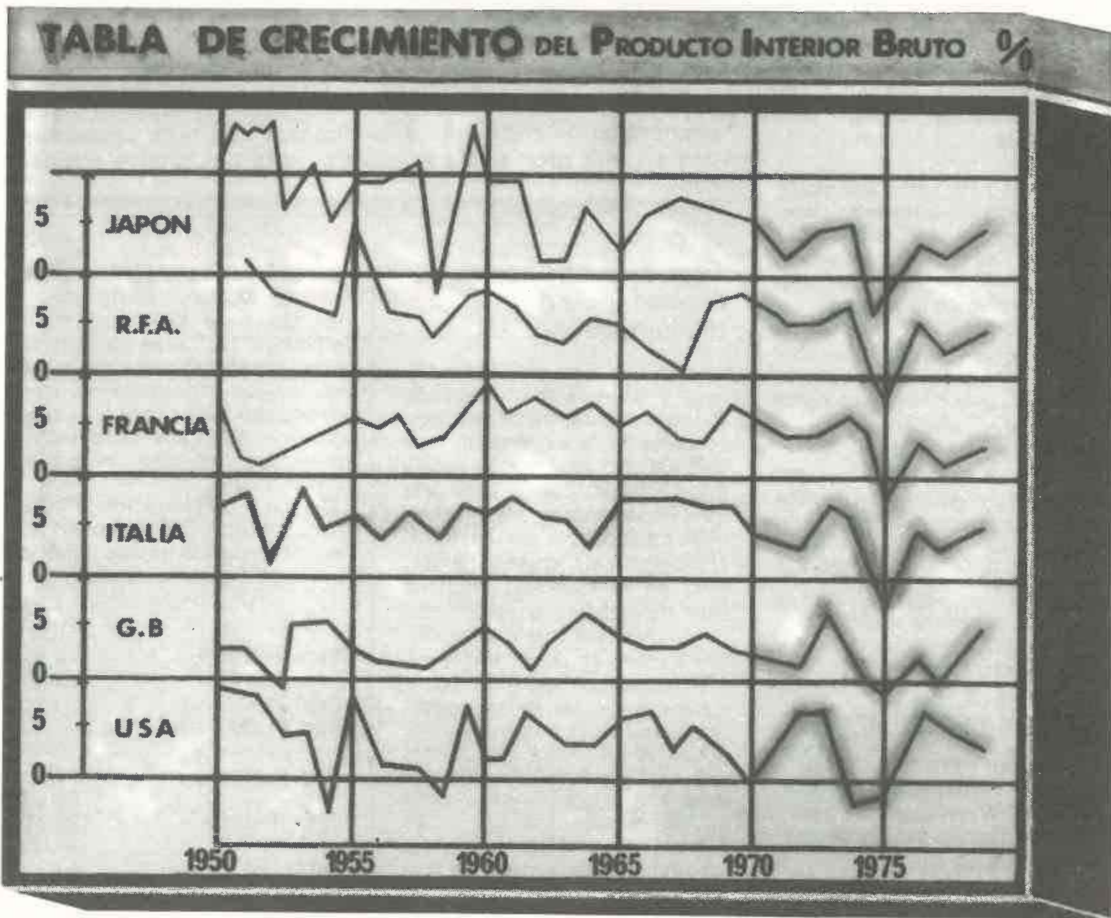
Por lo tanto, la RFA superó su recesión gracias a la exportación; los años 1968 y 1969 vienen a ser entonces el punto de arranque del nuevo boom alemán. Sin embargo desde finales de los años 60, apareció una uniformización tendencial del ciclo de las crisis, como consecuencia de las tendencias crecientes a la crisis en todos los países. Hubo una primera recesión internacional en 1971 -la RFA todavía no se vió afectada. Después, en 1974, el ciclo de las crisis económicas se extendió de tal manera (todos los países imperialistas conocen la crisis al mismo tiempo, de forma sincronizada) que se bloquearon todas las salidas. Y se asiste hoy al desarrollo de la crisis más grave que haya conocido el mundo capitalista desde 1929. Diecisiete millones de personas están adscritas oficialmnete al paro, tan sólo que en EE.UU, Japón, Australia y Europa Occidental.

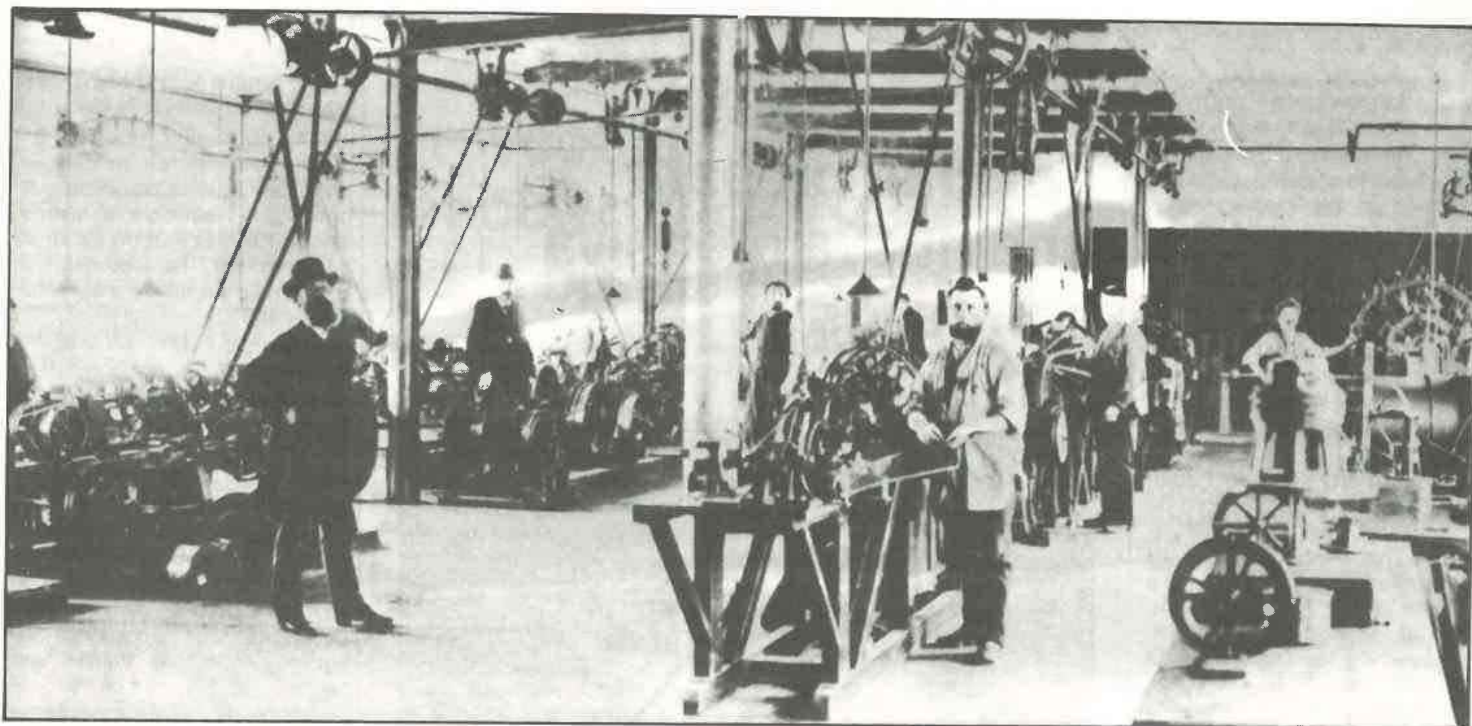
Desde 1974 parece ser que ningún país ha sido realmente capaz de salir de este ciclo infernal en que los encierra el imperialismo. A un primer año de boom en 1976 sucedió en casi todas partes un crecimiento ligeramente más lento en 1977 (el boom fue frenado por lo general por la falta de una fuerte demanda de consumo). En 1978 se produce un relanzamiento, relacionado con el que le había precedido dos años antes (ver gráfico).

El año del cambio

El año 1979 aparece como el año del cambio. Algunos países empiezan ya a retroceder, otros como Japón y en parte la RFA, conocen su último año de recuperación. Pasemos pues revista a los diferentes países y a su situación en 1979, año que no figura en el gráfico.

El boom de la economía norteamericana ha quedado atrás sin lugar a dudas: la explosión permanente, que continúa aumentando con tasas del 10% anuales, incitan de forma creciente a los sindicatos





y a la clase obrera a resistir a la política salarial de Carter. El paro, aún habiendo descendido, sigue manteniéndose en una tasa del 5,8%. Las previsiones en torno a la fecha de la próxima crisis aún no están claras: ¿1979 ó 1980? Según la **Citybank**, el otoño de 1979 constituiría la probabilidad más segura.

En Francia, no cabe prever de momento, una recuperación más importante a pesar de la victoria de los partidos burgueses en las elecciones de marzo de 1978. A decir verdad, aquí también asistimos a un alza de los beneficios, pero los capitalistas franceses no se animan a invertir. Paralelamente, la tasa de inflación alcanza de nuevo un número de dos cifras (más del 10 %), de forma que es de prever que pronto se apliquen remedios político-económicos a la coyuntura. Oficialmente, el número de parados es de 1,4 millones (en realidad, 1,8); a pesar de la recuperación, se ha batido un record histórico.

Aparecen amenazas de despidos masivos; por otra parte, un gran número de fábricas son ocupadas por los obreros. En estas condiciones se entiende fácilmente que los patronos no prevean nada bueno y ya estén más o menos a la espera de la próxima crisis.

La situación económica italiana ofrece grosso modo el mismo cuadro. Hasta finales de 1978, la recuperación ha sido más discreta. A pesar de todo cabe esperar una ligera mejora en 1979. Pero la inflación ya ha alcanzado la tasa de 13 % (es el récord de la CEE), lo que implica el riesgo de que pase del trote al galope. La posición de los sindicatos, y ante todo de la clase obrera, en respuesta a la política de austeridad y al paro creciente (1,6 millones de personas), la inestabilidad política, todo esto significa que también en este país la recuperación finalizará en 1979.

La economía británica, a su vez, ha conocido en 1978 un crecimiento tímido, el primero desde la crisis; este crecimiento es el producto, ante todo, de una reducción importante de los salarios reales. El número de parados (1,4 millones) es, como en cualquier otro lugar, muy elevado para un periodo de recuperación económica. En cuanto a la tasa de inflación, está escalando y alcanza justo el 10 %. La ofensiva de primavera de la clase obrera británica ha demostrado que cualquiera que sea el gobierno (laborista o conservador), no es posible para el capitalismo imponer a corto plazo la "solución radical" de la que tendría necesidad. Esperar y ver venir la crisis debida al estado del mercado mundial y que, sin lugar a dudas, se abatirá implacablemente sobre la isla británica: esta es la divisa de este país.

Japón es el único país que apenas si se desmarca. En el transcurso de estos tres últimos años, ha conocido, en efecto, tasas de crecimiento apreciables. En 1979 se espera un crecimiento real del mismo orden, incluso la tasa de inflación es (todavía) baja, del 4 % aproximadamente. Sin embargo, en el frente de los parados, encontramos el esquema que ya se ha convertido en algo tradicional: 1,3 millones de personas están oficialmente inscritas hasta el momento, no ha habido disminución real del paro. Por el contrario, constatamos un aumento importante del número de horas extraordinarias que de hecho sirven para sustituir a los equipos de trabajadores "excepcionales" (trabajo temporal), constituídos durante el largo periodo del boom económico.

A guisa de conclusión y balance, se puede decir lo siguiente: Existen importantes razones para creer que se perfila una nueva recesión internacional en el horizonte.

Puede surgir a partir de finales de 1979 en ciertos países, en 1980 en otros. Mientras tanto, la política de los diferentes países imperialistas, y ante todo de Estados Unidos, podría ser decisiva, en el momento en el que se encuentran de nuevo confrontados ante la elección bien conocida entre la peste y la cólera; si quieren detener la inflación (aumentando el interés crediticio, estrangulando los gastos públicos), entonces nos precipitamos en línea recta hacia la recesión; si se deja que el carro se embale o incluso que aumente su velocidad (con nuevos programas o programas tardíos de relanzamiento, como en la RFA, la inflación será todavía más fuerte y las maniobras de freno aún más arriesgadas.

En cualquier caso el ciclo internacional de las crisis económicas lleva a marchas forzadas a la próxima gran crisis; su único legado para el movimiento obrero, un récord de paro absoluto, secuela de la crisis anterior.

Inglaterra

Teacher prepara una nueva ofensiva contra los trabajadores



Las elecciones del mes de mayo de 1979, en Gran Bretaña, marcan una clara victoria electoral del Partido Conservador, después de un periodo de luchas obreras contra la política de austeridad del gobierno laborista de Callaghan. Publicamos un primer informe sobre estas elecciones, que consta de tres partes: una breve reseña de los resultados electorales, la política de Thatcher y las perspectivas de lucha contra el gobierno conservador.

LAS elecciones de mayo de 1979, en términos de diputados a la Cámara de los Comunes, dan una ventaja de 43 escaños a los conservadores; resultado próximo a la mayoría de 40 escaños obtenidos en junio de 1970 por Edward Heath.

El Partido Conservador, que suma 339 escaños, arrebata 51 al Partido Laborista, 3 al Partido Liberal, y 7 al Scottish National Party (Partido Nacional Escocés, SNP). El Partido Laboralista, que suma 269 escaños, ha arrebatado 6 a los conservadores (de ellos 4 se habían perdido en el momento de las elecciones parciales, después de las elecciones de octubre de 1974), 1 a los nacionalistas del País de Gales (el Plaid Cymru) y 2 procedentes del Scottish Labour Party (Partido Laborista Escocés, SLP) (ver recuadro 1).

En el plano estrictamente parlamentario, la mayoría de 43 escaños de los conservadores no será por lo tanto amenazada por las derrotas que pudieran suceder en las elecciones parciales hasta la fecha de las próximas elecciones generales de 1984.

El trasvase de votos a favor del Partido Conservador es significativo; es uno de los más importantes desde las elecciones de 1945. Si calculamos este trasvase de votos a favor de los conservadores en relación a las elecciones de octubre de 1978, según el sistema bipartidista (es decir, a partir del cálculo del porcentaje del total de los votos y no teniendo en cuenta más que los laboristas y los conservadores), alcanza el 6,5 por ciento para toda Gran Bretaña, el 2,6 % para Escocia, el 8,9 % para el País de Gales, el 5,5 % para el norte de Inglaterra y el 7 % para el sur y los Midlands (ver cuadro 2). La diferencia regional tradicional norte-sur a favor del Partido Laborista resalta bien en el retroceso inferior de este último en el norte (ver cuadro 3).

Sin embargo, Thatcher no obtuvo más el 44,8 % del total de los sufragios emitidos, lo que representa un porcentaje más débil que el obtenido por todos los primeros ministros desde 1922. El Partido Laborista a su vez, ha obtenido el porcentaje de votos más débil desde 1931.

El retroceso de las formaciones nacionalistas es claro. El SNP ha perdido en número de votos (pasando del 2,9 % de sufragios emitidos al 1,6 %) y en número de escaños (de 11 a 2). El Plaid Cymru (País de Gales) ha pasado del 0,6 % al 0,4 %, y de 3 a 2 escaños. No obstante, sus posiciones siguen siendo más fuertes que antes de las elecciones de octubre de 1974. Finalmente tenemos que subrayar que en las circunscripciones que cuentan con mayor número de trabajadores inmigrados (Bradford West y Leicester South), circunscripciones que estaban en manos de los conservadores antes de octubre de 1974, han sido reelegidos los laboristas.

Estas elecciones indican una vez más que el Partido Laborista paga su precio, en el plano electoral, de su política antiobrera. Una parte de los asalariados, decepcionados y atacados por las medidas preconizadas por Wilson y Callaghan han desertado de la batalla electoral dejando abierta la vía a los conservadores. La victoria electoral de Margaret Thatcher marca un retroceso para la clase obrera, pero esto no significa un cambio cualitativo de la relación de fuerzas a favor de la burguesía. El Partido Conservador y la clase dominante poseen evidentemente una base mejor para poner en práctica los proyectos reaccionarios. Lo que debe comprobarse hoy es la posibilidad de aplicarlos efectivamente. La clase obrera y todos los oprimidos estarán a la defensiva en los meses venideros. No obstante, su capacidad de resistencia y de respuesta sigue intacta.

Proyectos reaccionarios de la burguesía inglesa

LOS proyectos económicos, políticos y sociales de Thatcher son de una gran coherencia y tienen un contenido eminentemente reaccionario. Está convencida de que la única forma de imponer un cambio radical de la relación de las fuerzas sociales a la clase obrera pasa por volver a poner en tela de juicio algunos fenómenos políticos de la posguerra.

En otras palabras, la clase obrera y las capas oprimidas tienen que abandonar la ilusión de que tienen "derecho" a un empleo, a una asistencia médica y a una vivienda. Es más, hay que inyectar en la conciencia popular la idea de que aquellos que, cada vez en mayor número, engrosan las filas de parados, no son sino "aprovechados" desvergonzados. Se alabarán más las virtudes de las "madres de familia" que las de las mujeres sindicadas. Y cuando la clase obrera, en ejercicio de sus derechos democráticos, se organice para la defensa de su nivel de vida ocupando las fábricas, Thatcher va a intentar hacerles creer que se trata de "bandidos" y de "golfos".

Para hacer que estos cambios pasen a la conciencia popular, va a ser necesario provocar una activa campaña ideológica. Resulta evidente que esta ya ha arrancado durante los últimos meses. A todos los niveles, Thatcher va a esforzarse en poner en práctica su política de "dividir para reinar mejor".

Heath había dirigido sus golpes a un nivel diferente. No había intentado fundamentalmente poner en tela de juicio las bases políticas de los años de postguerra: el "consenso" en torno al Estado providencial, al pleno empleo, a la estrategia económica de tipo keynesiano, a la liberalización del sistema judicial y al mantenimiento de las nacionalizaciones existentes. De hecho, para responder a las medidas administrativas y estructurales proyectadas por Heath, la clase obrera podía inspirarse en los proyectos políticos del partido laborista.



Las pretensiones de Thatcher tienen un alcance mucho más amplio. Y por todos estos motivos, representa, en el terreno político, un adversario mucho más temible que Heath. Podría muy bien permitirse resucitar los viejos métodos de la clase dominante e innovar en materia de ataques a la clase obrera. No sería sorprendente en absoluto, por ejemplo, que se sirva de referéndums para armarse con un "mandato democrático" con vistas a las luchas sindicales y al movimiento obrero.

Aún reconociendo los peligros que presenta esta ofensiva política coherente, sería falso pensar que la clase dominante podrá tener un éxito con ella sin encontrar resistencia y sin enfrentamientos importantes, aún cuando amplios sectores de la izquierda se dejen llevar por la desesperación y el pesimismo.

Thatcher todavía no ha conseguido éxitos significativos en la política ofensiva que ha decidido aplicar en un primer tiempo. Es cierto que el espectro político se ha desplazado considerablemente hacia la derecha. La campaña electoral llevada tanto por los partidos de la burguesía como por el Partido Laborista fue sin duda una de las más derechistas que ha conocido Gran Bretaña después de la guerra.

Pero esto no quiero decir que estos proyectos hayan encontrado la adhesión total de la clase obrera. Por ejemplo, su idea de que "los sindicatos son demasiado poderosos"., ha ganado quizás algún crédito en las capas más atrasadas de la clase obrera, pero Thatcher está muy lejos aún de obtener cualquier aprobación a los golpes violentos que pretende asestar a las organizaciones obreras. Del mismo modo, si muchas personas piensan que los "aprovechados" están aumentando, ésto no le garantiza un acuerdo unánime sobre la necesidad de desmantelar amplios sectores del sistema de asistencia social.

Si algo han cambiado las elecciones, es el hecho de que la combatividad de la clase obrera no se ha visto fundamentalmente afectada, y que su capacidad para defender sus ventajas adquiridas y sus derechos fudamentales no se ha visto quebrada. Numerosos sectores de la clase obrera, han entrado en lucha durante la propia campaña electoral. Estas respuestas limitan la victoria de Thatcher.

Es cierto que la clase obrera ha sufrido reveses de 1975 a 1978. Pero no ha sufrido derrotas determinantes. Los sindicatos han incrementado el número de sus miembros, prueba de que siguen considerados como las organizaciones que defienden los intereses de los trabajadores. A pesar de las derrotas sufridas en sectores seriamente afectados por el paro —construcción, construcción naval, etc.—, los militantes activos no han sido vencidos o integrados a la burocracia.

Los obreros de Ford o los conductores de camiones han demostrado que se podían vencer a los patrones con duras luchas llevadas por trabajadores decididos. En el sector público, los trabajadores han sufrido reveses, pero se preparan nuevas luchas. La burguesía no está segura de que podrá decir la última palabra en un enfrentamiento importante con trabajadores de sectores clave de la industria, como los mineros, por ejemplo.



Por otro lado, fuerzas sociales importantes —particularmente entre la juventud— se han organizado en la Liga Anti-Nazi y se han integrado en la lucha antiracista. E incluso, si las ventajas adquiridas por las mujeres han sido en cierta medida puestas en tela de juicio, el único intento serio para limitar la ley de 1967 sobre el aborto se enfrentó a una importante movilización.

Sería poco consistente especular sobre el momento y las formas exactas que tomarán las luchas en el futuro. Pero las perspectivas de conjunto son claras: cualquiera que sea la ventaja de la que se beneficia Thatcher para aplicar su política de colaboración con los dirigentes sindicales, decenas de miles de obreros y de oprimidos emprenderan la lucha contra su política. Los revolucionarios deben prepararse desde ahora para estas luchas, que movilizarán a decenas de miles de trabajadores y que llegarán al corazón de la clase obrera.

Esta dinámica no implica un deslizamiento hacia la derecha en el enfoque político, como tiende a pensar la izquierda —desde la izquierda del Partido Laborista, pasando por los comunistas y hasta la extrema izquierda. La victoria de Thatcher es un repliegue pero en ningún caso es el fin de la guerra.

Las perspectivas de lucha se establecen en función de la relación de fuerzas entre las clases. Las provocaciones ultra izquierdistas que pretenden que la victoria de los conservadores es ilusoria, son absurdas. El hecho de que la clase obrera haya sido incapaz de dominar los efectos desastrosos de su dirección y de impedir a Thatcher formar un gobierno será resentido por amplias capas de la clase obrera como un retroceso, y de hecho lo es. La victoria de los conservadores vuelve a dar confianza a la clase dominante y le proporciona evidentes ventajas. No obstante, las recientes luchas de la clase obrera y de las capas oprimidas y su nivel general de conciencia política, ligados a la impopularidad que Thatcher va a encontrar rápidamente, todo ello crea un contexto favorable para un nuevo inicio de las luchas. En Escocia, en donde los conservadores no han obtenido escaños, esto no hará, de todas formas, sino reforzarse.

Ningún análisis derechista, fundado en el análisis de que se ha sufrido una derrota fundamental, puede justificarse. Y ello no ofrece ciertamente a los trabajadores las perspectivas que necesitan para enfrentarse a las luchas que se preparan.

Las perspectivas de la lucha contra el Gobierno Conservador

LA victoria del Partido Conservador no ha modificado cualitativamente la correlación de fuerzas entre la clase dominante por un lado, y las clases populares y la clase obrera por otro.

Decir "**laboralistas o conservadores, la lucha continúa**" es justo, pero totalmente inoportuno. Durante 5 años, el proletariado ha tenido que hacer frente a un gobierno laborista que desarrollaba una política antiobrera retorcida. La "línea de demarcación" en el movimiento obrero separaba a aquellos que luchaban contra esta política y los que la aceptaban.

Nosotros siempre hemos trabajado por la unidad de todos aquellos que estaban dispuestos a resistir a los planes gubernamentales, unidad resumida en la consigna "construyamos una alternativa socialista a la política del gobierno laboralista".

El combate por esta alternativa socialista pasaba por la formación de una nueva ala izquierda en los sindicatos, basada en una orientación de lucha de clases; por la unidad de acción junto con movimientos como la Liga Antinazi; por agrupar a la parte más importante posible de los sectores oprimidos del pueblo en el movimiento de mujeres y en el movimiento de los negros; por la presentación de candidatos de lucha de clases en las elecciones; y por la construcción de una organización revolucionaria unificada y creíble.

Ahora, el combate contra la dirección laborista continuará de una forma diferente. Como siempre, aquellos que lucharán contra los conservadores y su política se enfrentarán a los dirigentes de los sindicatos y del Partido Laboralista, que intentarán bloquear y sabotear sus acciones.

La nueva "línea de demarcación' pasará a partir de ahora, entre aquellos que combatieron contra los conserva dores y aquellos que entorpecieron este combate: el eje central de intervención no podrá reunirse ya simplemente en la consigna "construir una alternativa socialista a la dirección laborista". Es el Gobierno conservador quien constituirá el blanco esencial de todas las luchas en el próximo período.

El enemigo principal es el Gobierno Thatcher y la consigna principal, "unidad para combatir a los conservadores".



La lucha contra los crímenes racistas que sufren los trabajadores emigrantes ante el desentendimiento del gobierno está cobrando cada día mayor importancia.

Acción de masas para defender los derechos fundamentales

¿Qué va a hacer Thatcher? La solución de los problemas del capitalismo británico exige el debilitamiento y finalmente la supresión de muchas adquisiciones fundamentales ganadas por la clase obrera desde la Seguridad Social, las "ventajas" sociales, los derechos de las mujeres y muchos otros.

Debido al mismo tiempo al curso actual seguido por el capitalismo británico y al nivel de conciencia de la clase obrera y de los sectores oprimidos del pueblo, las batallas decisivas se organizarán en torno al combate por la defensa de estos derechos fundamentales.

La política socialista será por lo tanto juzgada en función de cómo llevará a cabo concretamente sus batalas. Los ejes de lucha pueden resumirse del modo siguiente:

a) **defensa del nivel de vida:** ningún control sobre los salarios, un salario mínimo nacional, compensación automática de la inflación; **defensa del puesto de trabajo y del derecho a trabajar** : reducción de la semana de trabajo, reparto del trabajo sin reducción del salario, nacionalización de las empresas que despiden; **defensa de los servicios sociales:** ninguna reducción de los gastos sociales, abolición de la aportación del asegurado a los gastos de enfermedad, escala móvil de gastos sociales con respecto a la inflacción.

b) **defensa y ampliación de los derechos de la mujer:** ninguna restricción al derecho de aborto, defensa de las guarderías y de su ampliación contra las reducción de los gastos sociales; **defensa de los sindicatos:** ninguna restricción al derecho de hacer piquetes y al derecho de huelga, defensa de la democracia sindical, ninguna represalia contra las familias de los huelguistas; **defensa contra el racismo:** supresión de las "sus laws" (1), ningún control sobre la emigración, acción de masas para vencer a los fascistas.

Esta política sólo puede llevarse a cabo aliándose con la clase obrera en el plano internacional: fuera las tropas británicas de Irlanda, no reconocimiento del "contrato interno" de Zimbabwe.

La unificación de la clase obrera debe constituirse a través de la experiencia unitaria de las luchas y de su control democrático por la base, así como a través de la lucha por la unidad de acción de las organizaciones obreras.

La defensa de los derechos fundamentales de la clase trabajadora debe replantearse en una perspectiva clara. En efecto ni siquiera las conquistas actuales de la clase obrera pueden garantizarse realmente, sin poner en tela de juicio, la lógica de la dominación capitalista sobre la economía y el poder político de la clase dominante.

Aunque sólo sea para mantener los salarios reales actuales, el empleo y los servicios sociales, harán falta amplias nacionalizaciones, el traspaso del peso de los impuestos a los ricos, la nacionalización de la banca y de las compañías de seguros, y la puesta en funcionamiento de un programa masivo de trabajos públicos útiles, aptos para atender a las necesidades sociales y emplear a los parados.

Por lo tanto, sólo con la movilización de masas podrán ser defendidos los derechos fundamentales de los trabajadores.

La burguesía opondrá una fuerte resistencia a las exigencias de los obreros y lanzará medidas represivas masivas en el momento en que la lucha ponga en cuestión los intereses y el poder de los capitalistas.

Construir un ala izquierda de lucha de clases

La unidad obrera será esencial en el combate contra los conservadores. Cuando se trata de defender los derechos fundamentales debemos favorecer un frente único incluso con los dirigentes del ala derecha del movimiento obrero. Pero lo fundamental de esta unidad no puede quedarse en meras declaraciones de buenas intenciones; esta unidad sólo se encuentra en la acción unitaria. Lo que realmente necesitamos es una ala izquierda combativa y de lucha de clases.

Basta escuchar a Thatcher para darse cuenta de cuáles serán los primeros temas de enfrentamiento.

— Lo más decisivo será la defensa de los derechos sindicales y la preparación de las próximas negociaciones salariales: pese a las afirmaciones de Thatcher, todos los sectores serios de la clase dominante creen en la necesidad del control de los salarios. Thatcher tratará por tanto necesariamente de discutir con los burócratas sindicales para ver qué forma de política de rentas podrán imponer más fácilmente a sus miembros.

— Otra cuestión al orden del día será el intento de limitación de la capacidad de acción de la base: restricción del derecho a formar piquetes de huelga, imposición del voto secreto, reducción del reembolso de la Seguridad Social a las familias de los huelguistas. Todas estas campañas coinciden, al menos parcialmente, con los intereses de los burócratas sindicales, que intentan limitar el poder de sus afiliados.

Estas negociaciones deben ser abortadas. La presión de la base debe hacerse sentir poderosamente en contra de los dirigentes sindicales, procedentes de las secciones sindicales así como de la conferencia del TUC, en septiembre de 1979: "Ninguna negociación con los conservadores".

La resistencia a la ofensiva antisindical del Partido Conservador exige la formación de comités de defensa sindicales. Las conferencias locales y los comités de acción, deberían intentar organizar una campaña coordinada a nivel nacional.

— Los ataques contra los trabajadores del sector público serán el segundo problema al que nos vamos a enfrentar. La política económica de los conservadores implica grandes restricciones a los gastos sociales. La columna vertebral de toda política de rentas será el control del sector público, y una de las cuestiones clave a las que deberá hacer frente próximamente el Gobierno será la publicación de estudios de rentabilidad del sector público. En el sector público, Thatcher no busca la colaboración con los burócratas sindicales, sino dar golpes frontales al poder de los sindicatos.

La resistencia de esta ofensiva necesitará una unidad máxima entre los sindicatos del sector público, que se exprese en la exigencia de una alianza del sector público local y nacional y una acción sindical vigorosa para defender los servicios sociales.

— En lo que respecta al paro, Thatcher se habrá visto alentada por la falta de respuesta, bajo el gobierno laborista, por la duplicación del paro. Los jóvenes y las mujeres serán los primeros afectados, si los conservadores empiezan a hacer restricciones de los subsidios concedidos a los parados por los laboristas. Una campaña unitaria por el derecho al trabajo de los jóvenes es más necesaria que nunca.

— La defensa general de los derechos sociales y democráticos. La estrategia política de Thatcher conducirá pronto a ataques particularmente severos, tanto contra las ventajas adquiridas, aunque limitadas, de las capas más oprimidas de la sociedad, como contra los derechos democráticos. Además del ataque contra los derechos sindicales, Thatcher ha emprendido ya medidas claramente reaccionarias en lo que se refiere a la inmigración, a la pena de muerte y el aborto.

A esto seguirán sin duda rápidamente medidas contra la libertad de expresión y de manifestación, los sindicatos estudiantiles, etc. Habrá que dar prioridad a las campañas unitarias contra esta política, empezando probablemente con las leyes sobre el aborto y sobre la inmigración, y con el racismo de Estado.

— La política internacional. Uno de los problemas en torno a los cuales el ala Thatcher del Partido Conservador se ve más presionada, es el de la política extranjera. Debe de tomar pronto una decisión clave con respecto al reconocimiento o no del "contrato interno" en Zimbabwe, donde es probable que de cualquier forma se produzca una crisis. El hecho de que los laboristas se encuentren en la oposición, puede abrir nuevas posibilidades al movimiento en favor de la retirada de las tropas británicas de Irlanda, movimiento que podría consolidar así la influencia que ganó en el momento de la campaña electoral. Habrá que luchar por la unidad de acción de toda la clase obrera sobre el conjunto de estos temas. Este combate sólo puede ser impulsado por un ala izquierda organizada en el movimiento obrero y comprometida en una política de lucha de clases. No puede llevarse a cabo en el marco de la política de colaboración de clases de los disidentes de "izquierdas" del Partido Laborista.

Un ala izquierda de esta índole no nacerá en una noche. Pero lo que sí es posible, es ayudar al desarrollo de movimientos análogos al que se formó bajo el gobierno Heath con respecto a la ley sobre las relaciones industriales, o análogas a la Liga Antinazi, que apareció bajo el gobierno laborista: movimientos orientados hacia la acción y hacia la unidad, y que podían adquirir una envergadura nacional.

¡Fuera los conservadores! ¡Por un gobierno laborista!

Cualquier oposición a Thatcher se expresará en primer lugar en torno a cuestiones particulares. Pero los movimientos de oposición tenderán a expresar inevitablemente una hostilidad general hacia el gobierno conservador y a poner centralmente en tela de juicio su propia existencia.

¿Cómo deshacerse de él?: esta será la cuestión central que dominará las discusiones o debates en el seno del movi-

miento obrero. La línea de Callghan está ya clara: unidad en la inacción y esperar durante cinco años la caída de los conservadores y la elección de un gobierno laborista.

No es solamente una traición a la clase obrera en su lucha por defender sus derechos fundamentales, es también una política utópica. Durante estos próximos años, ante la falta de cualquier resistencia, Thatcher tendría la posibilidad de transformar de tal forma las relaciones de fuerza en detrimento de la clase obrera, que la probabilidad de una vuelta al poder de los laboristas se vería muy difuminada.

Existe una alternativa ante esta política de pasividad: seguir la vía marcada por la lucha bajo el gobierno Heath. El combate llevado por los mineros no solamente hizo saltar en pedazos la ley sobre las relaciones industriales. Demuestra que la acción de masas puede hacer fracasar a la vez a la ofensiva de los conservadres y crear las condiciones necesarias para la caída del propio Gobierno.

En lo que se refiere sus sustitutos, debemos afirmar siempre que las mejores condiciones para construir una alternativa socialista a la política traidora de los dirigentes laboristas se encuentran reunidas cuando estos dirigentes están en el poder. Los revolucionarios están aún muy lejos de empezar a ser considerados como una alternativa gubernamental creíble. En estas condiciones, los trabajadores tienen razón en votar por millones contra los partidos de la clase dirigente y a favor de los laboristas. Por este motivo es por el que debemos estar a favor de la vuelta de un gobierno laborista.



Desbancar a Callaghan y a sus partidarios

Durante la campaña electoral, uno de los principales temas desarrollados por los laboristas y los dirigentes sindicales era la probabilidad de un enfrentamiento social en caso de una victoria de los conservadores.

No obstante, a pesar de estas verborreas, la política de Thatcher ejerce una real atracción sobre algunos dirigentes sindicales. El ala derecha ascendente, dirigida por Duffy, Boyd y Chapple (2), ganó credibilidad al oponerse vigorosamente al gobierno Heath.

Recibe la ayuda y el apoyo de aquellos que, como Bassnett, Evans y Gormley (3), han aceptado ya el principio de una colaboración y negociaciones con los conservadores.

Callaghan va a seguir formando un bloque con los dirigentes que se oponen a cualquier acción masiva contra los conservadores. No ha dudado en declarar, cuando dejó su puesto de primer ministro, que *"el nuevo Gobierno tiene derecho a esperar que le dejen las manos libres para poner en práctica su política. Ya tiene bastantes dificultades que superar para que añadamos más inútilmente con una oposición fraccionalista"*. Esta declaración no deja lugar a dudas en cuanto al papel que pretende desarrollar Callaghan.

La lucha contra los conservadores y el combate por una política que defienda a la clase obrera y a los sectores oprimidos de la población deben proseguir hasta las propias cumbres del movimiento obrero.

La idea que debe guiar nuestra actitud frente a los burócratas laboristas, es "combatir a los conservadores. Combatir a Callaghan y sus partidarios en la medida en que estos obstaculizan esta lucha".

El combate contra el ala derecha en el AUEW y el NUM (Sindicato del Metal y Mineros, respectivamente), entre otros sindicatos, es una lucha a muerte por mantener la capacidad de acción de estas organizaciones y salvaguardarlas. Hay que tratar de construir una dirección alternativa y una nueva izquierda dentro de los sindicatos.

Paralelamente, hay que forzar a la izquierda en el Partido Laborista para que presente su candidatura contra Callaghan o su sucesor derechista; el combate por la reselección automática de los diputados (4), para que la conferencia del partido elija la dirección del mismo y por la abolición de las condenas y proscripciones, será todavía más decisiva que antes.

Todas estas acciones plantearán en la práctica la necesidad de desbancar a Callaghan y a sus partidarios.

¿Qué tipo de política en el Partido laborista?

Está claro que las luchas más decisivas en el próximo período no serán las que tengan lugar en el seno del Partido Laborista. Estas luchas decisivas se desarrollarán sobre todo a través y dentro de los sindicatos.

El movimiento de mujeres, los comités y los movimientos antiracistas, las campañas antiimperialistas, las organizaciones estudiantes tendrán que desempeñar también su papel.

Las corrientes activas en el Partido Laborista serán más un reflejo de estos avances que no sus impulsores, situación netamente diferente, por ejemplo, de la del movimiento Bevanite (6) a principios de los años 50. Es en función de la evolución de las luchas de masas y no en función del turno de resoluciones discutidas y votadas en el Partido Laborista, como los revolucionarios deben organizar la parte esencial de su trabajo.

Pero no por ello dejará de haber en el próximo período una recuperación en el número de miembros y en la actividad del Partido Laborista, así como en la organización de juventudes de los laboristas. Esto tiende a producirse siempre cuando el Partido Laborista está en la oposición y la lucha de clases es intensa —por ejemplo, en 1970-1974 se asistió a un neto aumento del número de miembros del LPYS (organización de juventudes de los laboristas) y a un incremento más modesto pero real de los miembros de las secciones locales del Partido Laborista (Constituency Labour Parties, CLP)—. Puesto que Thatcher llevará una política sumamente reaccionaria, estos avances podrán ser más rápidos esta vez. Además, muchas personalidades laboristas intentarán recuperar una cierta credibilidad e intentarán esconder su pasado de 1974-1979, haciendo campaña sobre los problemas de los derechos democráticos, de la política extranjera y de las cuestiones sociales, temas en torno a los que esperan que Thatcher se oponga icluso a ciertos sectores de la clase dominante. En el contexto actual, algunos sectores de la "nueva izquierda" también pueden sentirse atraídos por el Partido Laborista. Por todos estos motivos, en el próximo futuro se producirá un incremento del número de miembros y de las actividades del LPYS y de los CLP.

La envergadura exacta de este crecimiento no puede preverse enteramente desde ahora. Ello depende de cierto número de factores clave. En particular, depende del desarrollo de la propia lucha de clases. Si Thatcher es capaz de mantenerse en el Gobierno, si se produce una crisis importante en el seno del Partido Laborista, y si Benn (7) y el ala izquierda se ven obligados, por la presión de la clase trabajadora, a presentarse seriamente su candidatura a la dirección del partido, entonces este aumento del número de miembros del partido podría ser importante. Si Thatcher cae rápidamente y si no existe un desafío serio a Callaghan, entonces el crecimiento será más modesto. Los revolucionarios tendrán que tener en cuenta estos hechos cuando se produzcan y centrar su atención más en lo que ocurre dentro del Partido Laborista.

El período del gobierno Callaghan no ha sido particularmente bueno para los sectores del movimiento obrero que se dicen socialistas. De hecho, la izquierda laborista se ha desvanecido en una serie de capitulaciones vergonzosas frente a la política del ala derecha, desde la época de Ramsey MacDonald. Los dirigentes más famosos de la izquierda sindical, Jack Jones y Hugh Scanlon (8), ayudaron directamente a concebir y a reforzar los topes salariales, los recortes a la Seguridad Social y al empleo, que hicieron bajar el nivel de vida de la clase obrera y que han hecho perder las elecciones a los laboristas y asegurado la elección de Thatcher. Tony Benn y Michael Foot (9) formaron parte, a veces silenciosos, a veces aprobadores, del gabinete laborista que decisió esta política. El grupo "Tribune" (10) y otras corrientes de la izquierda laborista, como el Instituto para el Control Obrero, no intentaron nunca de forma serie organizar ias fuerzas para el combate de clases.

Más allá del Partido Laborista, el Partido Comunista se quedó paralizado por su negativa a romper con la izquierda de la burocracia. Por consiguiente, ha perdido miembros, influencia y credibilidad política.

La corriente que se llama a sí misma la alternativa marxista en el Partido Laborista, el grupo del "Militant" (11) privilegió el mantenimiento de sus posiciones en el aparato del Partido Laborista por encima de todas las necesidades de la clase obrera. Su deslizamiento cada vez más hacia la derecha se reflejó en su adopción pública de una "vía democrática" y pacífica hacia el socialismo.

Entre las fuerzas de la izquierda revolucionaria, la situación fue más honrosa. El Socialist Workers Party (Partido Socialista de los Trabajadores) desempeñó un papel clave impulsando la única iniciativa política eficaz de los 5 últimos años: la Liga Antinazi. Independientemente de la importancia de las divergencias que tenemos con el SWP, también ha apoyado de forma real todas las luchas de masas de la clase obrera y de los sectores oprimidos de la población contra la política de Wilson y de Callaghan.

El International Marxist Group (Grupo Marxista Internacional) (sección británica de la Cuarta Internacional) fue capaz de tomar iniciativas que tuvieron un impacto significativo. Las más conocidas fueron la alianza electoral "Unidad Socialista" y el lanzar el periódico Socialist Challenge (Desafío Socialista). Pero también hubo la Alianza Socialista de los Maestros, la campaña por la acción del NUPE. La Alianza Socialista de los Estudiantes, el periódico juvenil "Revolution", y su papel activo en la construcción del ANL y la campaña nacional por el aborto.

Sobre esta base, el IMG modificó su composición social de forma significativa. Se ha implantado en los sindicatos y ha aumentado su peso relatvo entre las fuerzas presentes a la izquierda de las burocracias de los Partidos Laborista y Comunista.

Pero a pesar de estos avances limitados, la izquierda revolucionaria no ha conseguido en absoluto realizar los progresos que eran posibles. Bajo el gobierno laborista de 1964-1970, un movimiento de masas importante organizado en torno a la "Campaña de Solidaridad con Vietnam" (VSC-Vietnam Solidarity Canpaign) tuvo una incidencia política general. La vigorosa iniciativa por la unidad de los revolucionarios, emprendida por Internacional Socialists (hoy el SWP) permitió que se constituyera una organización revolucionaria seria y creíble, y se impusiera como alternativa ante los militantes.

Bajo el gobierno laborista, otra campaña importante, con una base todavía mayor en la clase obrera, la Liga Antinazi, ha arrastrado también a amplias capas populares. Pero el sectarismo de la organización más importante de la extrema izquierda, el SWP, impidió que esta vez se creara una fuerza seria y organizada. El SWP ha pagado caro esta política, saliendo del período del gobierno laborista, quizás no más pequeño en número de militantes, pero terriblemente debilitado en comparación con 1974, en términos de militantes obreros con una implantación real en los sindicatos. Ha perdido un número importante de cuadros. Su sectarismo ha impedido ganar para la actividad revolucionaria organizada a numerosos jóvenes trabajadores que habría sido posible atraer.

La campaña por la unidad revolucionaria llevada por el IMG correspondía a las necesidades objetivas de la situación, y por lo tanto le ha permitido mantener su número de militantes y mejorar su composición social de forma significativa. Pero el tamaño de nuestra organización no era suficiente para realizar la unidad necesaria de las fuerzas revolucionarias.

Debido a su sectarismo, la izquierda revolucionaria ha fallado, por lo tanto, en una ocasión para hacer serios progresos organizativos y encuadrar a una capa considerable de trabajadores durante estos últimos años. Además, por este motivo ha aparecido ante los militantes obreros como irresponsables y se ha desacreditado. Su credibilidad como alternativa política es inferior a lo que era a finales del último



gobierno laborista en 1970.

Esta situación tiene implicaciones importantes en el nuevo período de lucha contra los conservadores. La izquierda laborista está muy lejos de haber pagado el precio político que hubiera podido y debido pagar si se contempla el balance de su acción, bajo Wilson y Callaghan. Los reformistas de izquierda no pagan automáticamente el precio de sus tradiciones, sólo lo hacen si se opone a ellos una alternativa organizada real. El fracaso de los revolucionarios en la construcción de una alternativa de esta índole, en esta situación, da un margen más amplio de maniobra a los partidarios de Benn, de "Tribune" y a sus semejantes, que el que debían tener hoy o que tenían en 1970.

Este hecho no solamente es importante para los revolucionarios, es un retroceso para el conjunto de la clase obrera. Los reformistas de la izquierda laborista utilizan su credibilidad, no para desarrollar la lucha de clases, sino para impedirla, tal como demostraron en 1974-1979. El hecho de que los reformistas de izquierdas no hayan perdido su influencia en beneficio de los revolucionarios, como debiera haber ocurrido, sólo ayuda a la clase dominante.

Como siempre, el sectarismo, lejos de ayudar a las organizaciones revolucionarias que lo practican, no ha hecho sino acumular obstáculos ante la clase obrera. La izquierda revolucionaria lo pagará caro en el período futuro, en forma de una influencia inútilmente fuerte de la izquierda reformista en comparación con la suya. Esto también ayudará a abrir el camino a nuevas traiciones de Benn, de Foot y de nuevos Scanlon y Jones.

Este problema plantea también un desafío difícil a la izquierda revolucionaria. Para oponerse a las posiciones de la izquierda laborista, es preciso que la extrema izquierda emprenda la acción más reflexiva y vigorosa posible para combatir de forma consecuente al gobierno conservador y hacer avanzar al mismo tiempo la base de una alternativa programática a la política fracasada de la socialdemocracia. La necesidad de una organización revolucionaria unificada, que incluya la naturaleza de las tareas fundamentales que se deben llevar a cabo frente a los conservadores, se hace sentir ahora más que nunca. El período futuro ofrece posibilidades muy importantes a las organizaciones revolucionarias entre los jóvenes, los obreros industriales y las capas oprimidas de la población que serán las más afectadas por la ofensiva del Partido Conservador. No hay que dejar pasar esta ocasión, ni despilfarrar estas posibilidades.

NOTAS

(1) - "Sus law" o "suspicion's law": ley que permite la detención por la policía de una persona, por el mero hecho de ser sospechosa.

(2) Duffy, dirigente sindical de la AUEW ("Amalgamated Union of Engineering Workers", Sindicato del Metal); Boyd, dirigente sindical del AUEW; Chapple, dirigente del EPTU ("Electrical and Plumbing Trade Union", Sindicato de Electricistas y Fontaneros).

(3) Bassnet, dirigente del GMWU (General and Municipal Workers Unión", sindicato de los trabajadores de la administración municipal); Evans, dirigente del TGWU ("Transport and General Workers Unión", sindicato de camioneros); Gormley, dirigente del NUM ("National Unión of Mine Workers", sindicato de los mineros.

4) En el Partido Laboratista, cada vez que un candidato ha sido elegido diputado tiene derecho a ser el candidato para las elecciones siguientes. La exigencia de la "reselección automática" tiende a devolver a los organismos de base implicados el derecho de poner en tela de juicio este procedimiento y elegir eventualmente otro candidato.

5) Las condenas y proscripciones se refieren a la prohibición de principio hecha a ciertos individuos para adherirse al Partido Laboralista, debido a sus actividades en otras formaciones políticas.

6) Bevan, dirigente del Partido Laboralista, Ministro de Sanidad y de la Reconstrucción en el gobierno laboralista de Attlee (en 1.945), será durante los años 50 uno de los dirigente de la izquierda laboralista.

7) Benn, uno de los dirigentes de la izquierda de Partido Laboralista, es miembro de la dirección del Partido.

8) Jones, ex dirigente del TGWU; Scanlon, ex dirigente del AUEW; ambos, que aparecen como portavoces de la izquierda sindical, se alinearán completamente con la política antiobrera del Partido Laborista, cuando éste entró en el gobierno (Wilson-Callaghan).

9) Foot, ex-representante de la izquierda laborista, que colaborará más tarde con la dirección Callaghan.

10) "Tribune" periódico que representa al ala izuierda parlamentaria del Partido Laboralista.

11) El grupo "Militant" que publica la revista del mismo nombre, de origen trotskysta, dirigido por T. Grant y milita en el Partido Laborista.

Resolución del Secretariado Unificado de la IVª Internacional

No a la energía nuclear y sus peligros

Una lucha anticapitalista contra la energía nuclear

FINALMENTE, el accidente de la central nuclear de Three Mile Island, cerca de Harrisburg, en los Estados Unidos, ha podido ser, por suerte, conjurado. Ha recordado brutalmente a millones de personas en el mundo entero los terribles peligros de la energía nuclear, y ha desmentido las declaraciones tranquilizadoras de las industrias y los gobiernos que desarrollan la energía nuclear.

Son posibles accidentes parecidos en todas las centrales nucleares del mundo, estén donde estén; accidentes que pueden no quedarse en eso, sino convertirse en catástrofes. Y a esto se añade el problema de los desechos radioactivos, un peligro no resuelto.

Los peligros de la energía nuclear son considerables; los medios que permiten eliminarlos no existen en estos momentos; en el sistema capitalista se despilfarran enormes cantidades de energía; técnicamente es posible suprimir estos despilfarros, con la condición de que sea eliminada la propiedad privada de las empresas; hay otras fuentes de energía, tradicionales y nueva, disponibles en cantidades suficientes; es posible una reconversión energética, a condición de que las inversiones necesarias se reorienten de la energía nuclear a estas otras fuentes. Es por todo ello que hay que rechazar la utilización de la energía nuclear en el actual estado de la tecnología. Nadie puede afirmar que los problemas y peligros de la energía nuclear no se resolverán jamás, pero nadie puede predecir cuándo, y no es posible apostar a su próxima solución, como hacen los partidarios de la energía nuclear.

Esta es la posición que han adoptado las secciones de la Cuarta Internacional desde hace algunos años, y que determina su compromiso en las luchas antinucleares.

Pentecostés 1979: un paso adelante

Nos alegramos que por Pentecostés de 1979 tenga lugar por primera vez una jornada internacional de manifestaciones contra la energía nuclear, organizada por la Coordinadora Internacional de Comités Antinucleares, constituida en junio de 1978. Deseamos que esta jornada refuerce la lucha antinuclear en Europa y en todo el mundo, y que sea un primer paso hacia el refuerzo de la coordinación internacional de los comités antinucleares y hacia el desarrollo de acciones internacionales coordinadas. Los militantes de las secciones de la IV Internacional que militan en los comités antinucleares han contribuido a esta coordinación internacional desde sus comienzos con todos los medios a su alcance.

El movimiento antinuclear es uno de los movimientos de masas más amplios en la Europa capitalista actualmente. Es uno de los que han logrado mediante su acción los resultados más considerables: desaceleración generalizada de los programas nucleares, moratoria de hecho de varios proyectos de centrales nucleares, suspensión del servicio de la central nuclear de Zwentendorf, en Austria, tras el referéndum del 5 de noviembre de 1978.

Pero el movimiento antinuclear se enfrenta a problemas políticos que no son sencillos.

El movimiento antinuclear y la crisis del petróleo

La burguesía convierte la crisis del petróleo en un arma contra el movimiento antinuclear.

El 27 de marzo pasado, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) elevó el precio del petróleo y decidió limitar las cantidades producidas. El mercado mundial del petróleo otorga una posición de fuerza a los vendedores desde finales de los años 60. En los próximos años, el precio del petróleo puede aumentar aún más.

Las consecuencias de este incremento se ven agravadas por las maniobras especulativas de las multinacionales petroleras, así como por la política fiscal de los países imperialistas, que hace que la mayor parte del precio final del petróleo esté compuesta de impuestos. En el marco de funcionamiento de la economía capitalista, esta evolución del mercado del petróleo puede acentuar una tendencia a la recesión (aunque sólo modestamente, en opinión de los propios observadores burgueses), y ello puede originar en algunos países verdaderas dificultades coyunturales y peligros de estrangulamiento en determinados momentos. Para los países del «Tercer Mundo» que no producen petróleo, las repercusiones son catastróficas.

Ante todo, la burguesía va a explotar estos problemas para lanzar una campaña de propaganda masiva, particularmente en dirección al movimiento antinuclear. Bajo el efecto de esta intoxicación y, en algunos momentos, de los problemas reales o ficticios en el suministro de petróleo, problemas que la burguesía propagará a los cuatro vientos con los poderosos medios de que dispone, determinadas capas de la población pueden convencerse de la necesidad de desarrollar la energía nuclear, o de no oponerse a ella. Esto puede alterar el clima en el que actúa el movimiento antinuclear y causarle dificultades políticas a las que tendrá que responder para poder desarrollarse.

La energía nuclear es la solución pri-

vilegiada de la burguesía a los problemas energéticos, y pretende desarrollarla a fondo. La energía nuclear es un subproducto de la industria militar, lo que hace que esté más avanzada de cara a su utilización industrial masiva, y que sea menos costosa, para los capitalistas, que cualquier otra fuente de energía no tradicional. Todo ello evidentemente según los criterios del mercado capitalista, que determinan las opciones y que hacen poco caso a los riesgos y las amenazas de la energía nuclear.

Frente a las tensiones del mercado del petróleo desde finales de los años sesenta, los países imperialistas reccionan dando la prioridad a la energía nuclear, para reducir por un lado su dependencia con respecto al petróleo, haciendo disminuir la parte del mismo en su consumo energético, y, por otro lado, puesto que el petróleo seguirá siendo a pesar de todo, durante varios decenios, la principal fuente de energía, para presionar sobre su precio haciéndole la competencia mediante la energía nuclear.

Al mismo tiempo, esta estrategia es posible a causa del aumento del precio del petróleo, que por eso mismo hacen que la energía nuclear resulte competitiva y prometedora para los poderosos trutsts que sacan beneficios de ella.

Es por esto que los portavoces de los gobiernos imperialistas se han apresurado a afirmar, tras el accidente de Harrisburg, que proseguirían con el desarrollo de la energía nuclear aún más resueltamente que nunca, si bien se vieron obligados a prometer, en cuanto a la seguridad, algunos estudios y medidas suplementarias.

Es necesaria una respuesta adecuada

Frente a esta problemática, limitarse a denunciar la energía nuclear no basta. Algunos sectores antinucleares, que por lo demás no rechazan el sistema capitalista, proponen simplemente la utilización sin problemas del petróleo para sustituir la energía nuclear. Más extendida está la concepción ecologista radical, que no sólo rechaza el empleo de la energía nuclear, sino también el del petróleo y del carbón, dramatizando al extremo la crisis del petróleo, y que propone únicamente la supresión de los despilfarros y la explotación de las nuevas fuentes de energía, tendiendo al mismo tiempo a desear, de una forma u otra, una reducción del crecimiento económico. Estas dos concepciones contrapuestas desarman al movimiento antinuclear frente a la explotación de la crisis del petróleo por la propaganda burguesa y pueden hacer que finalmente su programa energético resulte más creíble a los ojos de amplios sectores.

Máxime cuando por lo demás nada se dice sobre los medios para imponer en los hechos los objetivos propuestos.

En torno al aumento del precio del petróleo está desarrollándose una vasta campaña de propaganda. En primer lugar hay que subrayar que este aumento es inferior al de los productos manufacturados (máquinas y bienes de consumo) que exportan las potencias imperialistas a gran número de países exportadores de petróleo. El alza del precio del petróleo es pues una respuesta al aumento permanente de los precios de los productos manufacturados.

Por un lado están las relaciones de dependencia de los países semicoloniales, incluso los exportadores de petróleo, con respecto a las potencias imperialistas, y por otro el acaparamiento por parte de las burguesías de los países de la OPEP de las riquezas, a expensas de los campesinos pobres y de los trabajadores.

La propaganda burguesa en torno a «las imposiciones y el chantaje de los países de la OPEP» cumple una doble función: hacer aceptar la energía nuclear «indígena» y «providencial» en nombre de una disminución de la dependencia con respecto al petróleo «extranjero», y por otra, hacer aceptar sacrificios a los trabajadores en nombre de una «moral de la economía», cuando el capitalismo es precisamente la organización del despilfarro.

Además, esta propaganda tiene por objeto descargar la responsabilidad de la crisis capitalista y del paro sobre las espaldas de los países de la OPEP, reforzando así el chovinismo y el sentimiento pro-imperialista entre las masas de los países imperialistas, incluso con el fin de preparar el apoyo a intervenciones militares imperialistas en regiones petroleras estratégicas.

Una respuesta política que salve estos escollos debe centrarse en un programa de reconversión del sector energético para hacer posible la renuncia a la energía nuclear. El petróleo, el carbón, seguirán siendo, en cualquier caso, las fuentes de energía más importantes en los próximos decenios, aunque sea muy correcto que a largo plazo se de prioridad a las fuentes de energía renovables y no fósiles. El petróleo y el carbón pueden emplearse sin polución si se aplican y perfeccionan las técnicas antipolución, actualmente ignoradas porque merman los beneficios de los trutsts. El agotamiento físico de las reservas de petróleo y de carbón no constituye una realidad lo suficientemente próxima como para impedir que estas fuentes de energía puedan asegurar la transición hacia el uso masivo de las nuevas energías.

Para empezar a modificar las relaciones entre los países que tienen necesidad de comprar petróleo y los países productores que necesitan venderlo, en beneficio de ambos, la primera medida imprescindible es la expropiación de los trutsts petroleros y su nacionalización bajo el control de sus trabajadores y de la población.

Una reorientación masiva de las inversiones hacia el desarrollo de la energía solar puede permitir que esta fuente energética ocupe un lugar más importante en el consumo de energía que el que se propone la burguesía.

Los considerables despilfarros de energía pueden suprimirse sin que disminuya el nivel de vida.

Las leyes del mercado capitalista no favorecen este tipo de programa, sino todo lo contrario. Su realización exige tomar medidas anticapitalistas radicales: la supresión de la propiedad privada de las industrias, los trusts, una planificación democráticamente decidida, y por tanto la supresión de la ley del beneficio, que determina actualmente las inversiones. Pensamos que el movimiento antinuclear se enfrenta a la necesidad de precisar sus opciones políticas de fondo, y que para reforzarse tiene que integrarse en la lucha por esta transformación de la sociedad.

El movimiento antinuclear y el movimiento obrero

Evidentemente, el movimiento antinuclear no puede esperar nada de los partidos burgueses. Son los partidos de los trusts y del «lobby» nuclear.

Sin embargo, por otro lado, sus lazos con los grandes partidos obreros y los sindicatos son muy limitados en todos los países. El movimiento antinuclear reúne a centenares de miles de personas en Europa, sus manifestaciones son inmensas, cuentan con la simpatía de millones. Pero ninguno de los principales partidos obreros y sindicatos está a su lado; en el mejor de los casos, apoyan la lucha antinuclear de una manera muy parcial y tibia.

Este aislamiento relativo es el principal obstáculo para la victoria de la

vilegiada de la burguesía a los problemas energéticos, y pretende desarrollarla a fondo. La energía nuclear es un subproducto de la industria militar, lo que hace que esté más avanzada de cara a su utilización industrial masiva, y que sea menos costosa, para los capitalistas, que cualquier otra fuente de energía no tradicional. Todo ello evidentemente según los criterios del mercado capitalista, que determinan las opciones y que hacen poco caso a los riesgos y las amenazas de la energía nuclear.

Frente a las tensiones del mercado del petróleo desde finales de los años sesenta, los países imperialistas reccionan dando la prioridad a la energía nuclear, para reducir por un lado su dependencia con respecto al petróleo, haciendo disminuir la parte del mismo en su consumo energético, y, por otro lado, puesto que el petróleo seguirá siendo a pesar de todo, durante varios decenios, la principal fuente de energía, para presionar sobre su precio haciéndole la competencia mediante la energía nuclear.

Al mismo tiempo, esta estrategia es posible a causa del aumento del precio del petróleo, que por eso mismo hacen que la energía nuclear resulte competitiva y prometedora para los poderosos trutsts que sacan beneficios de ella.

Es por esto que los portavoces de los gobiernos imperialistas se han apresurado a afirmar, tras el accidente de Harrisburg, que proseguirían con el desarrollo de la energía nuclear aún más resueltamente que nunca, si bien se vieron obligados a prometer, en cuanto a la seguridad, algunos estudios y medidas suplementarias.

Es necesaria una respuesta adecuada

Frente a esta problemática, limitarse a denunciar la energía nuclear no basta. Algunos sectores antinucleares, que por lo demás no rechazan el sistema capitalista, proponen simplemente la utilización sin problemas del petróleo para sustituir la energía nuclear. Más extendida está la concepción ecologista radical, que no sólo rechaza el empleo de la energía nuclear, sino también el del petróleo y del carbón, dramatizando al extremo la crisis del petróleo, y que propone únicamente la supresión de los despilfarros y la explotación de las nuevas fuentes de energía, tendiendo al mismo tiempo a desear, de una forma u otra, una reducción del crecimiento económico. Estas dos concepciones contrapuestas desarman al movimiento antinuclear frente a la explotación de la crisis del petróleo por la propaganda burguesa y pueden hacer que finalmente su programa energético resulte más creíble a los ojos de amplios sectores.

Máxime cuando por lo demás nada se dice sobre los medios para imponer en los hechos los objetivos propuestos.

En torno al aumento del precio del petróleo está desarrollándose una vasta campaña de propaganda. En primer lugar hay que subrayar que este aumento es inferior al de los productos manufacturados (máquinas y bienes de consumo) que exportan las potencias imperialistas a gran número de países exportadores de petróleo. El alza del precio del petróleo es pues una respuesta al aumento permanente de los precios de los productos manufacturados.

Por un lado están las relaciones de dependencia de los países semicoloniales, incluso los exportadores de petróleo, con respecto a las potencias imperialistas, y por otro el acaparamiento por parte de las burguesías de los países de la OPEP de las riquezas, a expensas de los campesinos pobres y de los trabajadores.

La propaganda burguesa en torno a «las imposiciones y el chantaje de los países de la OPEP» cumple una doble función: hacer aceptar la energía nuclear «indígena» y «providencial» en nombre de una disminución de la dependencia con respecto al petróleo «extranjero», y, por otra, hacer aceptar sacrificios a los trabajadores en nombre de una «moral de la economía», cuando el capitalismo es precisamente la organización del despilfarro.

Además, esta propaganda tiene por objeto descargar la responsabilidad de la crisis capitalista y del paro sobre las espaldas de los países de la OPEP, reforzando así el chovinismo y el sentimiento pro-imperialista entre las masas de los países imperialistas, incluso con el fin de preparar el apoyo a intervenciones militares imperialistas en regiones petroleras estratégicas.

Una respuesta política que salve estos escollos debe centrarse en un programa de reconversión del sector energético para hacer posible la renuncia a la energía nuclear. El petróleo, el carbón, seguirán siendo, en cualquier caso, las fuentes de energía más importantes en los próximos decenios, aunque sea muy correcto que a largo plazo se de prioridad a las fuentes de energía renovables y no fósiles. El petróleo y el carbón pueden emplearse sin polución si se aplican y perfeccionan las técnicas antipolución, actualmente ignoradas porque merman los beneficios de los trutsts. El agotamiento físico de las reservas de petróleo y de carbón no constituye una realidad lo suficientemente próxima como para impedir que estas fuentes de energía puedan asegurar la transición hacia el uso masivo de las nuevas energías.

Para empezar a modificar las relaciones entre los países que tienen necesidad de comprar petróleo y los países productores que necesitan venderlo, en beneficio de ambos, la primera medida imprescindible es la expropiación de los trutsts petroleros y su nacionalización bajo el control de sus trabajadores y de la población.

Una reorientación masiva de las inversiones hacia el desarrollo de la energía solar puede permitir que esta fuente energética ocupe un lugar más importante en el consumo de energía que el que se propone la burguesía.

Los considerables despilfarros de energía pueden suprimirse sin que disminuya el nivel de vida.

Las leyes del mercado capitalista no favorecen este tipo de programa, sino todo lo contrario. Su realización exige tomar medidas anticapitalistas radicales: la supresión de la propiedad privada de las industrias, los trusts, una planificación democráticamente decidida, y por tanto la supresión de la ley del beneficio, que determina actualmente las inversiones. Pensamos que el movimiento antinuclear se enfrenta a la necesidad de precisar sus opciones políticas de fondo, y que para reforzarse tiene que integrarse en la lucha por esta transformación de la sociedad.

El movimiento antinuclear y el movimiento obrero

Evidentemente, el movimiento antinuclear no puede esperar nada de los partidos burgueses. Son los partidos de los trusts y del «lobby» nuclear.

Sin embargo, por otro lado, sus lazos con los grandes partidos obreros y los sindicatos son muy limitados en todos los países. El movimiento antinuclear reúne a centenares de miles de personas en Europa, sus manifestaciones son inmensas, cuentan con la simpatía de millones. Pero ninguno de los principales partidos obreros y sindicatos está a su lado; en el mejor de los casos, apoyan la lucha antinuclear de una manera muy parcial y tibia.

Este aislamiento relativo es el principal obstáculo para la victoria de la

ucha antinuclear. En ningún caso ›uede vencer sin el movimiento ›brero. De hecho, su victoria exige que e arrebate a la minoría de capitalistas a su Estado el derecho de tomar op:iones de desarrollo en función de sus ntereses, el derecho de mandar sobre os hombres y las máquinas. La clase ›brera, mayoría de la población, es la ínica fuerza social y política que ›uede llevar a cabo esta transforma:ión de la sociedad. Quién sinó los sinlicatos, si luchan en este sentido, ›ueden oponerse y controlar a las mulinacionales de la energía.

Lamentablemente, las direcciones lel movimiento obrero son en buena nedida favorables a la energía nu:lear: los partidos socialdemócratas alemán, austriaco y sueco, el partido comunista francés son los ejemplos nás claros. Las direcciones de las grandes organizaciones del movimieno obrero se niegan a luchar contra la energía nuclear, cuando no se hacen artesanos de su desarrollo. Porque no quieren poner en tela de juicio el capialismo, ni siquiera perturbar el libre uego de la ley del beneficio. Por esa nisma razón aceptan los despidos y as reducciones de salarios.

Explotan los temores que sienten nuchos trabajadores de que se agrave a recesión y el paro si se bloquea o se rena el programa nuclear. Se apoyan en los análisis de los expertos burgueses para desarrollar un análisis autóomo del movimiento obrero. Muchas reces toman posición sobre la energía nuclear sin respetar la democracia nterna de sus organizaciones, y a pesar de todas sus profesiones de fe democrática no defienden ni siquiera el derecho de la población a decidir por sí mismo si quiere o no la energía nuclear.

ntegrar al movimiento obrero en la lucha antinuclear

A pesar de todo se desarrollan posi:iones favorables a la lucha antinu:lear en el seno del movimiento ›brero, y el movimiento antinuclear ›uede encontrar aliados en el mismo: en todos los países, las organizaciones de extrema izquierda luchan contra la energía nuclear; en Francia a segunda confederación sindical CFDT) mantiene posiciones que se dentifican a las del movimiento antinuclear en varios aspectos; en Suiza, el Partido Socialista, el Partido Comunista y varios sindicatos han apoyado, junto al movimiento antinu:lear, la propuesta de que la población de una región pueda decidir sobre si puede construirse una central nuclear en la misma, propuesta que obtuvo el 49% de los votos en el referéndum del 18 de febrero pasado. En todos los países, la base de las grandes organizaciones obreras está muy abierta a la idea antinuclear, mucho más que sus dirigentes.

El movimiento antinuclear no deja de tener responsabilidad en su relativo aislamiento con respecto al movimiento obrero. Consideramos que tiende demasiado a meter en el mismo saco de infamia a quienes no aceptan inmediatamente su postura pura y dura de renuncia absoluta e inmediata a la energía nuclear, y que ha mostrado poca sensibilidad a las mediaciones que le permitirían encontrar aliados. Pensamos que el movimiento antinuclear debe estar dispuesto a lanzar una ofensiva de cara a construir esta alianza para desarrollar acciones comunes con objetivos precisos.

Es esto lo que ha hecho el movimiento antinuclear en determinados países, particularmente en Francia y en Suiza, lanzando una campaña en pro de una moratoria de varios años en la construcción y autorización de nuevas centrales nucleares.

El movimmiento antinuclear debe tratar de ganarse para su lucha el apoyo de los trabajadores y de sus organizaciones. Debe contrarrestar asimismo la propaganda pronuclear dirigida a la clase obrera, basada en el chantaje del paro y destinada a aislarlo. Para ello debe adoptar posiciones claras y que respondan a las preocupaciones de los trabajadores: participar en la lucha por la reducción del tiempo de trabajo con el fin de crear puestos de trabajo; por las 35 horas, sin disminución del salario, por el control obrero sobre la contratación, por las nacionalizaciones bajo control obrero con el fin de mantener y crear puestos de trabajo.

Las organizaciones del movimiento obrero deben formar parte de la lucha antinuclear. Tradicionalmente ha sido el movimiento obrero el que se ha preocupado de la defensa de la salud y del bienestar de la mayoría y de su derecho a decidir por sí mismo sobre las opciones económicas y sociales.

Es necesario luchar en el seno del movimiento obrero para que se movilice con todas sus fuerzas tras los objetivos que se imponen, sin respetar los límites del funcionamiento del sistema capitalista, por una lucha anticapitalista radical.

Llamamos a todos los militantes de los partidos y sindicatos obreros, y sobre todo a los que participan en el movimiento antinuclear, a que luchen en sus organizaciones, para que se comprometan junto al movimiento antinuclear. Esta es la tarea que se dan los militantes sindicados de la IV Internacional en sus sindicatos.

Es necesaria una lucha internacional

El desarrollo de la energía nuclear es internacional; se produce a escala del conjunto del mercado capitalista, y es obra de los trusts cuyo campo de actividad no se limita en absoluto a un único país. Los Estados lanzan este desarrollo en el marco de instituciones internacionales, como la ATEA (Agencia Internacional para la Energía Atómica), la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos), el Mercado Común y la EURATOM. Allí discuten y coordinan, entre otras cosas, la táctica frente al movimiento antinuclear.

Una victoria del bando pronuclear o del movimiento antinuclear en un país estimula y refuerza la posición respectiva en otros países. En este terreno interviene una relación de fuerzas internacional. Es por esto que la coordinación internacional de los movimientos antinucleares constituye un gran paso adelante, que hay que desarrollar en los próximos meses y años para hacer frente a la coordinación internacional del «lobby» nuclear, mucho más avanzado y poderoso. Al aunar las fuerzas antinucleares en todos los países se reforzará cada movimiento antinuclear en cada país, y cada comité antinuclear en cada localidad.

Ello resucita y lleva a la práctica el internacionalismo frente a todos los repliegues nacionalistas. En Europa, donde los países del Mercado Común van a celebrar las elecciones al Parlamento Europeo, el internacionalismo del movimiento antinuclear desentona felizmente de los proyectos nacionalistas de diversas fuerzas políticas y de esa «Europa unida» que no es la de los trabajadores, la de las necesidades y aspiraciones de las grandes masas, sino la de los trusts y de la energía nuclear.

Frente al desarrollo a escala europea de la energía nuclear, la reivindicación de una moratoria europea de varios años en la construcción y autorización de las instalaciones atómicas, que está en el centro de la jornada internacional de Pentecostés de 1979 convocada por la Coordinadora Internacional de los Comités Antinucleares, constituye una etapa importante en la lucha internacional contra la energía nuclear.

Irán

La lucha de la población árabe oprimida



El siguiente artículo ha sido extractado del número del 18 de mayo de Kargar, periódico del Partido Socialista de los Trabajadores, sección iraní de la IV Internacional.

EL pueblo árabe constituye uno de los sectores más oprimidos de nuestra sociedad. Aunque viven en una región que produce mayores riquezas que cualquier otra en el país, están sometidos a las condiciones más inhumanas —miseria, atraso, hambre. Se han visto privados de todos los derechos nacionales y humanos.

Por todas estas razones, el levantamiento de este pueblo desheredado representa una de las fuerzas más explosivas y revolucionarias en la lucha de los trabajadores de Irán por liberarse de una existencia hasta ahora desesperanzada.

Con el derrocamiento de la monarquía, los árabes empiezan a elevar su voz contra su antigua esclavitud. En tiempos del Sha eran obligados a adoptar nombres persas. Ahora vuelven a utilizar nombres árabes. Al hacerlo, los jóvenes árabes están diciendo: "Somos árabes. Antes nos robaban nuestros derechos humanos y nacionales. Pero nos hemos alzado y estamos luchando en nombre de los árabes por nuestros derechos".

Opresión nacional y opresión de clase

Los árabes constituyen una mayoría en amplias zonas del Jusestán. En Ajvas y Abadán, más de la mitad de la población es árabe. En las ciudades de Dashtmishan, Jorramshar y Shadegan, del 80% al 100% de la población también es árabe.

La mayoría de los trabajadores, obreros industriales y campesinos pobres en el sur, son árabes. En Abadán, del 50 al 60% de los trabajadores son árabes. En Bandar-e Shahpur, una mayoría de los trabajadores que operan en la fábrica petroquímica, en las demás instalaciones industriales y en las empresas comerciales, son árabes. Y son los mismos trabajadores árabes los que habitan los suburbios en Shahpur y Bandar-e Ma'shur.

De hecho, el programa de "desarabizar" el sur, iniciado bajo Reza Khan (el derrocado padre del Sha), comportó un rebajamiento de los árabes a los niveles inferiores de la economía, al traer a gran número de no árabes a la región.

La discriminación contra los árabes viene documentada en un folleto publicado recientemente en el centro cultural árabe, "La situación de Clase de los árabes en Irán", de Usuf Bani Taraf. En este folleto se publican por primera vez estadísticas sobre los resultados de esta opresión. Cabe destacar:

"Los árabes se vieron rebajados a los estratos inferiores de la clase obrera, y se les negó cualquier oportunidad para ascender por sí mismos. En Ajvas, los árabes forman el porcentaje más amplio de trabajadores en las acerías, la industria de tubos de acero, la industria petrolera, en Tavanir (la Compañía Iraní de luz y electricidad), el ferrocarril y entre los trabajadores municipales. Los trabajadores de las escuelas, las dependencias oficiales y los hospitales, los taxistas y mecánicos, y otros sectores de este tipo, son árabes. Por otro lado, la mayoría de negociantes en las grandes operaciones comerciales y los capitalistas medianos y grandes son no árabes. Los árabes también están infrarrepresentados entre los equipos profesionales de los departamentos oficiales y empresas privadas en Ajvas.

Debido a esta situación de clase, los árabes viven en las áreas más pobres y sucias de la ciudad, hacinados en chabolas... Sin embargo, los profesionales y capitalistas que provienen de otras ciudades poseen generalmente sus propias casas y viven en las partes de la clase media o las clases altas en la ciudad. Son persas...

Más del 70% de la población del Jusestán es árabe. Pero sólo el 5% de los estudiantes universitarios, y el 1% de los profesores universitarios en Abadán, son árabes..."

Esta situación colocará sin duda a los trabajadores árabes a la vanguardia de la lucha de los trabajadores en Irán.

En respuesta a esta profunda opresión, los árabes han comenzado a editar publicaciones, celebrar mítines y manifestaciones, y crear sus propias organizaciones. Han elevado una voz de protesta contra todos los aspectos de su opresión que dura ya medio siglo, y avanzan sus reivindicaciones por una vida decente, libre de discriminaciones y opresión nacional, libre de miseria y atraso.

No cabe duda que en el úl-

sus propias reivindicaciones nacionales no dejaron de influir en el movimiento nacional, cada vez más profundo y amplio, de los árabes en Irán.

En un mitin celebrado en Jhorramshahr en el mes de Esfand (20 de febrero al 21 de marzo), los árabes plantearon las siguientes reivindicaciones:

"Reconocimiento oficial del árabe como primer idioma de los árabes, y la educación con el idioma árabe en todos los niveles de la enseñanza. Derecho a publicar declaraciones, libros y periódicos en árabe, representantes árabes en la Asamblea Constituyente, convocatoria de una Asamblea Arabe en Jusestán para fiscalizar los decretos locales, establecimiento de entidades administrativas árabes para resolver problemas sobre la base de la ley islámica, programas árabes independientes en la radio y TV, contratación preferencial de árabes tanto en el sector público como en el privado, derecho de propagar la cultura árabe, becas y distribución equitativa de las rentas del petróleo para el pueblo de Jusestán, selección de representantes árabes en la Asamblea Nacional Consultiva y nombramiento de árabes como ministros, un papel para los árabes en el ejército nacional y entrenamiento de oficiales árabes en las academias militares, recuperación de los antiguos nombres árabes en ciudades y pueblos del Jusestán, e incorporación de todas estas medidas en la Constitución de la República Islámica de Irán."

«Separatismo»: acusación utilizada para justificar la opresión de los árabes

El gobierno Bazargan no sólo ha sido incapaz de responder hasta ahora positivamente a la reivindicación de justicia de los árabes, sino que ha recurrido a la persecución e incluso la represión de las diversas organizaciones y personalidades árabes. También ha atacado las reuniones de los árabes.

El llamamiento a "combatir el separatismo" —utilizado en tiempos del antiguo sha para sofocar las justas exigencias de los pueblos oprimidos de Irán— vuelve a utilizarse ahora para justificar la denegación de los derechos nacionales y humanos justos del pueblo árabe. Las masas de las nacionalidades oprimidas de Irán ya conocen estos métodos. El mismo pretexto se utilizaba para organizar las masacres de los kurdos en Sanandaj y de los turcmenos en Gonbad-e Kavus.

Pero dada la localización geográfica y la composición de clase de los árabes, el gobierno ha respondido incluso con mayor rapidez y violencia a su reivindicación de justicia. Hace una semana, en un discurso ante los empleados municipales en Ajvas, el almirante Madani, gobernador del Jusestán y jefe de la marina, dijo:

"Hoy hemos alzado el puño nacional de Irán. No permitiremos la separación de un centímetro del territorio de Irán. Nuestro puño aplastará las cabezas de todos los que intenten separar cualquier parte de Irán."

Ninguna de las reivindicaciones planteadas hasta ahora por los árabes han propuesto separar "un centímetro del territorio de Irán". Así, ¿contra quién estaba levantando su puño el almirante Madani? La respuesta viene dada por la forma en que el gobierno ha contestado a la lucha de los árabes.

Los Comités del Imán, constituidos por no árabes y no sometidos a ningún control, ni siquiera influencia, por parte de la población árabe, han lanzado una campaña de ataques diarios contra las organizaciones árabes. Constantemente detienen, torturan y persiguen a jóvenes árabes. Las publicaciones de las organizaciones árabes son eliminadas. Atacan los mitines y manifestaciones árabes.

Fue en respuesta a tales actividades antidemocráticas que el jeque Mohammad Taher al-Shobeir Khaqani, uno de los dirigentes nacionales y religiosos de los árabes, advirtieron que si se continuaba observando tal conducta, tendría que abandonar Irán... La razón de esta decisión, dijo, era *"la interferencia ilegal de los comités... los ataques de algunos brutos a las casas de la gente, aterrorizando a las familias; las detenciones y malos tratos de la gente sin justificación alguna."*

¿Qué quieren los árabes?

30 representantes de la población árabe se trasladaron a Teherán a finales de abril para informar al Gobierno sobre las reivinicaciones de los árabes. En una entrevista publicada en la prensa, uno de ellos dijo:

"Queremos el reconocimiento oficial del derecho de autodeterminación de aquellos que viven en áreas donde existe una mayoría árabe..."

Otro representante dijo en la misma entrevista:

"Todo el mundo sabe qué significa autodeterminación y casi todo el mundo lo interpreta de la misma manera. Significa tener poder en la región. Actualmente, los árabes del Jusestán no tienen ningún poder sobre el gobierno de la región, y por tanto quieren la autodeterminación —es decir, poder sobre los asuntos políticos, económicos y culturales de la región."

Esta especie de reconocimiento de la "igualdad" no resolverá ninguno de los problemas a que se enfrentan las naciones oprimidas de Irán, incluidos los árabes. Tras 50 años de continua discriminación y opresión, de verse reducidos al estado de ciudadanos de segunda clase en sus propias tierras nativas, los árabes quieren ahora sus derechos. Para liberar a los árabes de su pasada opresión, no basta con asegurarles los derechos lingüísticos y culturales. Se requieren vastos programas de acción afirmativa para erradicar los resultados de la vieja opresión.

Esto significa dar preferencia a la juventud árabe en las Universidades de la región. Significa crear importantes centros de enseñanza bajo el control de los propios árabes. Significa contratar preferentemente a árabes en todas las empresas públicas y privadas. Significa realizar amplias obras públicas para construir viviendas y mejorar ciudades, construir carreteras, parques y hospitales.

Puesto que no existe ningún Comité del Imán bajo el control de los árabes, habría que formar comités árabes para tratar de todas las cuestiones de orden público en las áreas árabes.

En los distritos árabes, los funcionarios municipales no árabes y los de los Comités del Imán actúan como un ejército de ocupación. Todas estas fuerzas deben retirarse.

Todos los trabajadores de Irán deben apoyar a los árabes

La revolución iraní ha abierto el camino para acabar con más de 50 años de opresión. Representó un doble motivo de esperanza para las nacionalidades no persas —los árabes, kurdos, baluchis, aserbaichanos y turcmenos.

Sólo por medio de esta acción los trabajadores persas podrán eliminar los temores de sus hermanos y hermanas árabes, kurdos, aserbaichanos, turcmenos y baluchis, oprimidos en su nombre por el gobierno central. Sólo de esta manera podrán superar la división fomentada por la monarquía Pahlavi y establecer la unidad indestructible de los pueblos trabajadores iraníes de todas las naciones.

Hay que organizar reuniones en las Universidades, en otras instituciones de enseñanza, en las empresas y lugares de trabajo. Hay que organizar mítines y manifestaciones para llevar la verdad sobre la lucha del pueblo árabe a todos los trabajadores de Irán. Este es el camino para impedir que se repitan las atrocidades como las que ocurrieron en Sanandaj, Gonbad-e Kavus y Naqadeh.

México

La alternativa de López Portillo

M. AGUILAR MORA

LAS elecciones para la renovación de la Cámara de diputados que se realizarán el próximo mes de julio en México, tienen una importancia particular. Son las primeras elecciones federales que se dan dentro del curso de la «reforma política» del Presidente López Portillo y en plena recuperación económica del país con motivo de la explotación a fondo de los yacimientos petroleros recientemente descubiertos.

Estas particularidades hacen de estas elecciones diferentes a las rutinarias prácticas de cada tres años que tenían como objetivo renovar una Cámara de diputados con los partidos «oficiales», esto es, los partidos reconocidos como legítimos según el gobierno y su Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Con la actual «reforma política», la fuerza electoral de la izquierda mexicana, puesta en sordina e ilegalizada durante décadas, se hará sentir. El reconocimiento del Partido Comunista y del Partido Socialista de los Trabajadores así lo indica. Como también lo indica, aunque en forma indirecta, la legalización del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), sección mexicana de la IV Internacional, al que, sin embargo, no se le concedió el registro completo sino de «asociación política», un nivel intermedio entre la ilegalidad completa y la legalidad plena.

La hora política que vive México se hace tanto más contradictoria cuanto confluye con el inicio de un curso económico de envergadura histórica que está cambiando la fisionomía económica y social del país. En efecto, el proceso de la «reforma política», en especial a partir de la segunda mitad del año pasado, se ha combinado con la neta recuperación económica que López Portillo ha conseguido apostando todo a la carta petrolera.



De hecho, puede afirmarse que las elecciones de Julio coincidirán con la «internacionalización» de la cuestión mexicana, que se ha hecho nítida a raíz de la revolución en Irán. El carácter estratégico que reviste México para Estados Unidos se ha multiplicado con los descubrimientos de enormes yacimientos petroleros que, según el gobierno mexicano, ascienden a 200 mil millones de barriles, que colocarían al país en el sexto lugar de los países productores del crudo.

El crecimiento económico de 1978 superó el 6%, y en este año se considera posible alcanzar el 7%. Todo indica que en 1980, en un mundo azotado por la recesión económica generalizada en los principales países imperialistas, la economía mexicana experimentará una tendencia un tanto diferente. Esta situación ha provocado el interés creciente de los capitalistas de los países imperialistas, que se han precipitado para lograr contratos y hacer inversiones. El gobierno calcula que las inversiones extranjeras crecerán este año en 70% y que en 1982 llegarán a la cantidad de 1.5[illegible] millones de dólares. **Financial Times** (5/6/79) agrega que existen 260 proyectos de inversión extranjera en consideración en las agencias gubernamentales.

Al nivel financiero igualmente, la economía mexicana se integra más y más, con cada nuevo descubrimiento petrolero, a la red internacional del capital imperialista. Con el anzuelo del petróleo, el gobierno mexicano ha logrado atraer nuevamente a las agencias de crédito, dispuestas a ofrecer sus capitales. PEMEX (Petróleos Mexicanos), la compañía estatal petrolera, abre, uno tras otro, trámites crediticios en los mercados europeos y norteamericanos.

Incluso los bancos japoneses se apuntan en la lista. El caso del Japón es aún más significativo por el hecho de que a pesar de que el petróleo mexicano le costaría 40% más caro que el proveniente de los países de la OPEP, este país está dispuesto a conceder grandes créditos para acondicionar la infraestructura de la exportación de los puertos mexicanos del Pacífico, con el fin de contar pronto con una fuente de abastecimiento más segura.

Como dice el **Financial Times (5/6/79)**, resumiendo la situación, **«así como los banqueros extranjeros hacen cola para ofrecer crédito a un gobierno cuyo ya alto prestigio internacional parece elevarse aún más con cada nuevo pozo petrolero descubierto, asímismo los inversionistas extranjeros, anteriormente críticos de los controles mexicanos a las inversiones, están ahora aceptándolos con menos reticencias»**. La deuda exterior se eleva así de tal forma que se calcula cercana a los 35.000 millones de dólares, los cuales, con los cerca de 40.000 millones de dólares de la deuda exterior de Brasil, representan casi el 80% de la deuda exterior de América Latina.

Las consecuencias políticas de este giro de la estrategia económica en México son de importancia mayúscula. Cierto es que desde

los años cincuenta el gobierno mexicano estaba dispuesto a orientarse hacia la absorción creciente de capitales extranjeros (imperialistas) para desarrollar la economía, abandonando en la práctica el curso promovido por el nacionalismo burgués de la época de Cárdenas. Pero incluso los presidentes más pro-imperialistas (tipo Díaz Ordaz) habían respetado tácitamente el dogma impuesto por Cárdenas, «el petróleo mexicano para los mexicanos».

El gobierno y la burguesía mexicanos, como es el caso de todos los de los países petroleros, se aprovechan inmediatamente del cambio que a nivel mundial se da a expensas del imperialismo, logrando quedarse con una parte creciente de una plusvalía que antaño se iba casi íntegra a las grandes compañías imperialistas. La renta (ganancias extraordinarias) petrolera amplía el margen de maniobra del gobierno mexicano. La visita de Carter a México, el mes de febrero, mostró al mundo entero que López Portillo podía tener un trato diferente con el presidente de EUA que no fuera el de mero servidor incondicional de la metrópoli, tal y como había sido el caso hasta hoy.

López Portillo basaba en dos ejes su política petrolera: salir de la precaria situación económica por la que atravesó el país en 1976-77, y fortalecer su posición internacional, ante todo con respecto a EUA.

Un tercer elemento que hoy emerge a la política nacional, a saber, la política gubernamental con respecto a las masas trabajadoras, López Portillo había creído que se había resuelto con las exhortaciones a la «alianza para la producción», apoyadas por los dirigentes sindicales («charros») que controlan la mayoría de las organizaciones de los trabajadores en México.

Pero ha sido tan grande la propaganda que el gobierno ha realizado sobre las ganancias petroleras y prometido tantas potencialidades para la recuperación económica (¡y las grandes sumas de ganancias en 1978 de los negocios privados muestran que la época de las vacas gordas ha vuelto para los capitalistas!), que los trabajadores han comenzado a movilizarse y protestar por la política económica de López Portillo.

La poco táctica intervención de éste último en el enorme desfile del 1° de Mayo en la ciudad de México, en el que participaron cerca de un millón de trabajadores, ha sido una real efemérides. En esa ocasión, el presidente López Portillo declaró que, pese a todo, el tope salarial del 13,5% se mantendría. Ahora bien, según los cálculos de diversos bancos, la inflacción en México ha superado el índice del 20% anual, y el propio gobierno considera que el 17% sería el índice más apropiado para lograr este año. (¡A diferencia del 13% que se habría fijado como meta a principios de año!).

Esta inflacción, el millón de mexicanos que anualmente cruzan la frontera norte en busca de trabajo, el 40% de desempleo existente, el millón de jóvenes que anualmente entran al mercado de trabajo, y una serie de fenómenos igualmente complicados se añaden para hacer de México un país no sólo con una economía sobrecalentada, sino con una política y una sociedad extremadamente dinámicas y tensas.

El gobierno de López Portillo se encuentra así ante un dilema: el proyecto escogido, a saber, hacer de la economía mexicana una estructura «bien equipada» con los bienes de capital más modernos y utilizar los ingresos petroleros para una importación creciente de estos últimos, ha producido un rápido «reciclaje» de los petrodólares conseguidos. Los términos en que se realiza la acumulación de capital en este modelo deja poco margen a concesiones populistas.

Ante él, es evidente que las fricciones sobre cuál curso tomar en las más altas cúspides no se dejarán sentir. De hecho ya se comienzan a sentir. En mayo, después del gigantesco desfile obrero, se produjo una «pequeña» crisis política con motivo de la renuncia de tres secretarios, de los cuales la más importante fué la de Reyes Heroles, encargado de Gobernación. Reyes Heroles, el personaje político más importante del gobierno después del presidente, había sido el conspicuo arquictecto de la «reforma política», un proyecto de «liberalización» del régimen que ha ido demasiado lejos para ciertos sectores del PRI y el gobierno.

El nuevo presidente del PRI, en lugar de «reformar» al partido todopoderoso, retrocede hasta hacer llamar a alguno de los más reaccionarios políticos del «establishment». En el Congreso se rechaza una ley de reglamentación interna tendente a hacer más flexible su funcionamiento. Pero, lo que es más importante, la «reforma política» ha comenzado a producir conflictos en el propio aparato oficial. Los «charros», el grupo oficial más directamente ligado a las masas, se percata del descontento que se extiende entre ellas y exige medidas más drásticas del gobierno para paliar parcialmente este malestar.

La renuncia de este ministro liberal consecuente representa, si no un giro en toda la línea de la «reforma política», sí una consciencia más clara de la burguesía de que las condiciones políticas se hacen cada vez más difíciles para ella.

Los triunfos electorales importantes que son seguros para la izquierda definirán aún más claramente esta situación. Estos triunfos, aún antes de que se den, asustan a sectores influyentes del gobierno y la burguesía.

Estos triunfos, a pesar del carácter reformista de los partidos, están destinados a filtrarse en el seno de las masas y ayudarán a definir con certeza la ofensiva de los trabajadores contra el curso de la austeridad, el cual converge ineludiblemente con una línea política contra el PRI y el gobierno de López Portillo.

Los sectores revolucionarios, tal y como lo dice una declaración del BP del PRT (Sección mexicana de la IV Internacional), correspondiente al 21 de mayo, deben consolidar y afinar sus organizaciones para prepararlas a los próximos cambios bruscos que anuncian todos los últimos acontecimientos. Especialmente es necesário que se preparen para intervenir en los futuros movimientos de masas contra la política de austeridad de López Portillo que, a pesar de ciertos éxitos, no ha logrado aplastar la resistencia de los trabajadores.

Todo lo anterior explica la importancia de los comicios del próximo julio. Aunque el aspecto cuantitativo es muy importante, su papel fundamental en la historia política contemporánea de la lucha proletaria en México está en el hecho de que en forma embrionaria, es cierto, anuncian el inicio del desarrollo de la independencia y la autonomía de clase del proletariado. Un sector fundamental de él votará por primera vez en el país por una alternativa socialista, diferente al PRI, que ha logrado la conquista de su legalización. Estos partidos que hoy aglutinarán este voto son reformistas, entre ellos el PC mexicano. Pero dada la explosividad potencial de los ingredientes que hoy se combinan en la política mexicana, explosividad que el sobrecalentamiento y la inflacción económica producidas por el petróleo aceleran, estos partidos se mostrarán sólo instrumentos secundarios de ese proceso histórico hacia la autonomía e independencia de clase que tiene sólo signos revolucionarios.

Cuba:

Veinte años después

Livio MAITAN

EL XX aniversario de la revolución cubana se ha celebrado en una situación un tanto paradógica. Quienes en los años 60 eran sus admiradores más entusiastas, ahora han mantenido silencio o han expresado posiciones cuyo leitmotiv es: La Habana es lo mismo que Moscú. En cambio, los cantos de alabanza a Cuba y sus dirigentes provienen ahora de quienes durante años no hábian ocultado su desconfianza, incluso su hostilidad: en primer lugar, los burócratas de Moscú, Praga o Berlín-Este, así como aquellos dirigentes de los partidos comunistas de América Latina que no dejan de defender las concepciones estalinistas más ortodoxas.

No obstante, el balance real de veinte años de Estado obrero no justifica ni las condenas inapelables ni los juicios apologéticos. Trataremos de demostrarlo en estas notas.



Un balance sintético

No hay que olvidar, en primer lugar, el alcance de una revolución que en la historia de nuestro siglo sólo podría compararse con la revolución rusa o china. La victoria del Movimiento del 26 de Julio ha transformado cualitativamente las estructuras socioeconómicas del país, barriendo a las viejas clases dominantes y poniendo fin a toda forma de opresión y explotación por parte del imperialismo. Lo que queda de las clases del antiguo régimen, fundamentalmente en la agricultura y el comercio, no goza en modo alguno de tanto peso específico como para poner en peligro la economía colectivizada nacida de la destrucción del antiguo Estado y de las medidas radicales de expropiación de los capitalistas extranjeros y autóctonos.

En segundo lugar, no hay que subestimar el hecho de que la propia existencia del Estado obrero cubano ha implicado e implica para el imperialismo en esta región del mundo un debilitamiento estructural. Tampoco puede minimizarse —a posteriori— el impacto que tuvo la revolución cubana en el conjunto de América Latina, en la evolución de la relación de fuerzas políticas y en la maduración subjetiva de considerables sectores de la clase obrera, del campesinado, de la pequeña burguesía radicalizada. No hay que perder de vista que la victoria del **Ejército Rebelde**, las movilizaciones de masas que le acompañaron y las medidas sociales revolucionarias adoptadas en 1959 y 1960, dieron una respuesta práctica inequívoca al problema —discutido durante decenios en el movimiento obrero latinoamericano— de saber si era posible desencadenar una revolución en una región directamente controlada por el imperialismo estadounidense, y asegurar la victoria de esta revolución.

Finalmente, recordemos de nuevo que pese a todas las dificultades que hemos analizado en otras ocasiones y sobre las que volveremos más adelante, Cuba ha conocido un crecimiento económico y cultural que no tiene parangón en otros países subdesarrollados, ni en América Latina ni en otros continentes, que han permanecido en el marco del sistema capitalista. En el Cuadro 1 reproducimos brevemente algunas cifras relativas al aumento de la producción de 1958 a 1977.

Hay que añadir que partiendo del índice 0 en 1958, determinadas operaciones de la producción azucarera han empezado a ser mecanizadas (los índices van de un mínimo de 39 a un máximo de 98 en el año 1978).

Lo conseguido es aún más sustancial desde el punto de vista social: antes de la revolución, el 33% de la fuerza de trabajo del país estaba condenada al paro o al subempleo; ahora existe el pleno empleo. El número de horas trabajadas por semana, en promedio, ha descendido sensiblemente. Además, los trabajadores cuentan con el seguro de enfermedad, la jubilación, etc., lo que implica un cambio radical con respecto a su situación anterior. Los alquileres, que antes de 1959 absorbían en promedio el 30% de los ingresos, ahora sólo llegan al 10% como máximo.

En cuanto a la educación, basta recordar que antes de la revolución había 85.000 estudiantes secundarios y 15.000 universitarios. En 1978, eran 1.043.000 y 145.000, respectivamente.

Queremos subrayar un factor de importancia capital: Cuba no ha podido superar su condición de país fundamentalmente monocultor, a pesar de los resultados obtenidos en la exportación de níquel, de tabaco y de pescado: el azúcar representa todavía más del 80% de las exportaciones (el 90% de la producción azucarera se destina a la exportación). Y, particularmente en los últimos 5 años, el precio del azúcar en el mercado mundial ha conocido unas fluctuaciones espectaculares (en 1970 costaba, en virtud de los acuerdos internacionales, de 3,25 a 5,15 céntimos la libra, alcanzando al año siguiente los 70 céntimos, volviendo a descender en 1977 a un nivel que va de 6 a 11, con una gama de fluctuación de 11 a 21, como base de los acuerdos internacionales).

En un país colonial o semicolonial, con una economía «libre» de mercado, se-

mejantes fluctuaciones habrían provocado desastres económicos y sociales terribles. Si Cuba, en cambio, ha podido evitar que su economía quedara completamente desorganizada y una parte importante de su población condenada a la miseria, es precisamente porque la revolución instauró unas relaciones de producción colectivistas y porque el país estableció relaciones económicas con otros Estados obreros, en primer lugar con la Unión Soviética, que en general le compraba el azúcar a precios superiores y le vendía petróleo a precios inferiores a los del mercado mundial.

Desarrollo económico: cuellos de botella y tensiones

De todas maneras, la evolución desfavorable de los términos de intercambio, consecuencia de la recesión mundial, no ha dejado de tener repercusiones negativas en la economía cubana, cuya capacidad de importación ha disminuido evidentemente. Para dar un ejemplo: los progresos de la productividad del trabajo en determinados sectores industriales no han podido ser explotados a fondo debido a los cuellos de botella creados por la penuria de ciertos materiales de importación.

Las previsiones avanzadas en 1975 —un ritmo de crecimiento medio anual del 6% (entre 1970 y 1973, este ritmo fue globalmente del 26%, con un 10% en 1973)— no se han realizado en 1976 (+ 3,8%), ni en 1977 (+ 4%). En 1978, en cambio, los resultados fueron superiores a lo previsto: 9% frente al 7,4%. El año 1978 fue también un año favorable en lo que respecta a la producción azucarera: se registró la segunda cosecha «histórica» de caña (inferior tan sólo a la de 1970, que sin embargo se había logrado a costa de esfuerzos desmesurados en las excepcionales condiciones conocidas), con 7,3 millones de toneladas.

La industria ha progresado globalmente un 9%, la producción de cobre un 8%, la construcción de maquinaria un 14%. El turismo, actualmente estimulado después de muchas reticencias, con el fin de incrementar la reserva de divisas extranjeras, ha conocido un crecimiento considerable. En cambio, determinados sectores de servicios no han logrado alcanzar los objetivos del plan.

Para 1979, el plan prevé un crecimiento del producto nacional bruto (**producto social global**) del 6%, y de la productividad de la economía en su conjunto del 4%.

La conclusión que podemos extraer sobre la base de las propias estadísticas oficiales, es que el crecimiento económico sigue siendo desigual, incluso después del giro operado en 1970, y en su conjunto ha permanecido relativamente lento. Como ya hemos señalado, el obstáculo básico que es el monocultivo no ha sido superado.

En lo que se refiere a las dificultades con las que no deja de chocar la economía cubana, sus cuellos de botella y sus tensiones, nos limitaremos aquí a mencionar algunos problemas significativos en distintos terrenos.

Si consideramos en primer lugar el sector de la construcción, constataremos que no está previsto satisfacer las necesidades —estimadas en 100.000 viviendas al año— hasta 1985. En 1978 ni siquiera se alcanzó el objetivo de construir 24.500 viviendas. Sólo se construyeron poco más de 16.000 (el fracaso se atribuye tanto a las malas condiciones atmosféricas como a los retrasos habidos en el suministro de materiales provenientes del extranjero).

Es sabido que para estimular la construcción de viviendas se habían creado las **microbrigadas**: brigadas que dependían de los lugares de trabajo y que en principio debían realizar un trabajo suplementario. Pero en la práctica, en numerosos lugares las **microbrigadas** se formaron con la mano de obra excedentaria. Así, retomando la fórmula de Fidel Castro, en lugar de haber **plustrabajo**, hubo **plustrabajadores**. Entonces se esbozó una solución que iba en el sentido de transformar las **microbrigadas** en brigadas dependientes del Estado, con la ventaja de que las viviendas construidas por ellas podrían ser distribuidas a cualquier ciudadano, miembro o no de un determinado centro de trabajo. Sin embargo, ha habido múltiples resistencias, sobre todo por parte de los trabajadores, que no querían abandonar los centros de trabajo donde ganaban salarios más altos.

Cabe añadir que otra dificultad en materia de vivienda reside en el hecho de que los alquileres no bastan para amortizar los precios de coste ni los gastos de mantenimiento corrientes. Las cosas han ido tan lejos que, de acuerdo con cálculos oficiales, a causa de la ausencia de las reparaciones necesarias, cada año hay unas 25.000 viviendas más que son inhabitables. Es por esto que se ha decidido cambiar uno de los criterios básicos de la ley de reforma urbana: para que las viviendas nuevas ya no se aplicará el sistema de fijar el alquiler según un porcentaje del salario del cabeza de familia. La consecuencia de esta medida será, entre otras, un aumento de las diferencias del nivel de vida entre los propios trabajadores.

En el terreno de la gestión de las empresas y de la organización del trabajo no han dejado de plantearse toda una serie de problemas.

Como ya hemos mencionado en otro lugar, el criterio vigente es el de la **«responsabilidad individual combinada con la dirección colectiva»**. De hecho, el director es la autoridad suprema, es nombrado por los organismos superiores y cuenta con la asistencia de un consejo de dirección en que está representada la dirección sindical. La participación de los trabajadores en las discusiones sobre el plan, el análisis de los resultados, la utilización de los fondos para los estímulos materiales, etc., quedan garantizados **«por vías y formas diversas»** (sobre todo las asambleas de producción). En última instancia, no tienen ningún poder de decisión en torno a las cuestiones cruciales: estamos más cerca del «modelo» soviético que del «modelo» yugoslavo. Esto parece venir confirmado por el hecho de que ni siquiera se respeta el marco establecido de consulta a los trabajadores: de acuerdo con un reciente informe del presidente de la **Juceplan**, el 34% de las empresas no habían discutido nada con los obreros sobre el plan para 1979, y el 58% no habían aceptado ninguna de las propuestas formuladas por los obreros. Recordemos, por lo demás, que al tiempo que tienen su propia personalidad jurídica, las empresas son responsables ante el Estado, que les suministra los medios de producción básicos y los fondos de operaciones, en el marco de un funcionamiento centralizado.

Uno de los rasgos del nuevo curso emprendido desde 1970 había sido, junto a la prioridad dada a los estímulos materiales, la introducción generalizada del sistema de topes. Es evidente que el sistema de topes puede asegurar aumentos de la productividad del trabajo, pero comporta serios invonvenientes, tendencias susceptibles de originar tensiones. En su discurso ante el Congreso Sindical en 1978, Castro dio una idea bastante clara de los problemas que se plantean.

En primer lugar, los topes son muy desiguales —en determinados casos son **«suavecitos»** (como por ejemplo en los trabajos agrícolas), y en otros son dema-

siados severos. En segundo lugar, subsisten sensibles diferencias salariales, e incluso se acentúan: por consiguiente, de un lado es difícil encontrar obreros disponibles para determinados trabajos (ayudantes de tornero, por ejemplo), y de otro lado, se producen traslados en un único sentido (por ejemplo, tras el aumento de las retribuciones de los profesores universitarios, resulta difícil encontrar ahora economistas para la **Juceplan**, donde las retribuciones son inferiores). En tercer lugar, se perfila una tendencia al surgimiento de nuevos «salarios históricos», es decir, salarios privilegiados con respecto a la media. En la práctica sucede además, que se pagan salarios que o bien son superiores, o bien inferiores a los que corresponden a las funciones que se ejercen afectivamente. Finalmente, una de las consecuencias de estas dificultades y de estas tensiones reside en lo que en otras latitudes se denomina el «absentismo laboral», es decir, la tendencia a llegar tarde y a faltar al trabajo, muchas veces sin justificación. Ni Castro ni el ponente Roberto Vega escatimaron sus críticas a los responsables y cuadros que, para vivir tranquilos o no perturbar sus relaciones amistosas, hacen la vista gorda.

Ya hemos recordado —en relación a la agricultura— que la producción de azúcar sigue teniendo un peso decisivo. Pero la economía cubana choca aún con otros obstáculos de naturaleza estructural. El 30% de las tierras cultivables pertenecen todavía al sector privado. Constituye en parte una agricultura de subsistencia. Sin embargo, este sector produce casi todo el café y el té, y contribuye con un 25% aproximadamente a la ganadería, con un 20% a los suministros de la industria azucarera, con un 50% a la producción de fruta, ver dura, etc. El último congreso de la Asociación de Campesinos (ANAP), en mayo de 1977, denunció los inconvenientes que se derivan de esta situación, particularmente la dificultad de estimular una mecanización eficaz. Se decidió impulsar las cooperativas, pero sin resultados muy apreciables: las cooperativas se forman con un ritmo bastante lento (hasta el congreso no había sino 43 cooperativas, un año más tarde había 136, para un total de 21.500 hectáreas y 3.650 campesinos).

Finalmente, Cuba podrá verse enfrentada, dentro de algunos años, a un problema que China tiene planteado desde hace un decenio, a saber, un desequilibrio entre el número creciente de estudiantes diplomados y la penuria relativa de plazas disponibles. Esto preocupa a Castro: evocó los invonvenientes que se daban ya (por ejemplo, la imposibilidad de admitir en las universidades a todos aquellos que han obtenido el diploma de la **Facultad Obrera**), y explica que es algo excelente que todo el mundo pueda cursar estudios universitarios, pero que ello no implica que todos puedan tener un trabajo de acuerdo con sus diplomas.

El grupo dirigente trata de resolver las múltiples tensiones que acabamos de mencionar y, en general, las dificultades del crecimiento económico, haciendo hincapié en la necesidad de estimular más la producción. Insiste particularmente en la necesidad de aumentar aún más la productividad del trabajo, tanto observando una disciplina más rigurosa y realizando un control más estricto por parte de los responsables y los cuadros, como reforzando los estímulos materiales. Declara explícitamente que el consumo debe subordinarse a las necesidades de la acumulación. De hecho esboza una perspectiva de sacrificios y de mejora muy limitada del nivel de vida para la generación actual, que —según señala el reciente congreso sindical— debe consagrarse al desarrollo. La limitación del consumo permitirá exportar más productos industriales (por ejemplo, cemento y productos textiles), en la óptica de la planificación vigente, v desarrollar por tanto las importaciones necesarias.

Para retomar una expresión de Castro, es indudable que **«la revolución ha dejado atrás ciertas etapas idealistas, ciertas etapas utópicas, irreales»**. Desgraciadamente, lo ha hecho, y lo hace cada vez más, adoptando en la teoría y en la práctica **unas concepciones y métodos** que ya se han experimentado —¡y con qué resultados!— en la URSS y otros países de Europa oriental.

La institucionalización

A partir de 1976, las estructuras institucionales previstas por la nueva Constitución han empezado a ponerse en marcha. Por consiguiente es posible trazar un primer balance, aunque aproximado, del funcionamiento de estos organismos (asambleas comunales, asambleas provinciales y asamblea nacional, elegidas estas por las asambleas comunales). Las elecciones se celebraron con listas uninominales y un número de electores relativamente reducido para cada una (de un mínimo de 250 a un máximo de 3.000). Se eligieron 10.725 delegados. los que obtuvieron más del 50% de los votos en la primera vuelta fueron proclamados inmediatamente; cuando no se alcanzó esta cota, se celebró una segunda vuelta. La primera variante se dió en 7.888 casos. Había 30.000 candidatos, es decir, tres veces más que los escaños a cubrir. Dos detalles significativos: el 70,4% de los elegidos eran miembros del partido o de la organización de juventudes; los delegados tenían que pronunciar un juramento en el que



Tropas cubanas junto a combatientes del MPLA en territorio de Angola, en una operación antiaérea.

se comprometían a **«someterse conscientemente al papel dirigente que desempeña en la sociedad el Partido Comunista de Cuba»**.

La Asamblea Nacional —cuyos miembros, al igual que los de las demás asambleas, son revocables— es, de acuerdo con la Constitución, el órgano institucional supremo. Pero ¿cuál es su funcionamiento real?

En 1977 celebró dos sesiones (en julio y diciembre), que duraron tres días cada una, durante los que se trató una enorme cantidad de problemas. Por ejemplo, en la sesión de julio, después de haber elegido una veintena de comisiones, aprobó por unanimidad, durante una mañana, toda una serie de proyectos sobre la protección del legado cultural, los monumentos nacionales, los tribunales militares, la organización del sistema jurídico. En una segunda jornada aprobó cuatro proyectos de ley, uno de ellos sobre el código de la familia. En la misma sesión se decidió que la rendición de cuentas de los delegados ante sus electores tendría lugar cada cuatro meses —en lugar de los tres meses previstos anteriormente— y, que las sesiones plenarias de las asambleas comunales se celebrarían cuatro veces al año, en lugar de seis. A veces hubo enmiendas votadas por mayoría.

En la sesión de diciembre se discutieron 17 puntos del orden del día, entre otros el plan de desarrollo económico, el presupuesto del Estado para 1978 y el nuevo código penal.

En estas condiciones —e incluso teniendo en cuenta el trabajo de las comisiones—, la Asamblea no puede ejercer efectivamente su poder de decisión en terrenos que, sin embargo, deberían ser de su competencia. El hecho de que el Comité Central del Partido —que también se reúne dos veces al año, en la misma época— decida de antemano en torno a los mismos temas, al menos en los casos de mayor importancia (por ejemplo, a propósito del plan), es revelador en cuanto al papel real de la Asamblea. Hay que añadir que las tres úlitmas sesiones plenarias del Comité Central no duraron más de un solo día; lo que demuestra que este órgano «supremo» tampoco goza de poderes sustanciales.

Las asambleas y los delegados a niveles inferiores mantienen indudablemente lazos más directos con las bases y adoptan efectivamente deciciones en sus respectivos terrenos. Por otro lado, los Comités de Defensa de la Revolución, donde participan, según cifras oficiales, más de 4 millones de ciudadanos, siguen funcionando. De todos modos, cumplen tareas limitadas, cuya realización implica tan sólo unas formas de democracia horizontal. Resulta significativo, a este respecto, que el primer congreso nacional de los CDR sólo se haya celebrado en 1977, es decir 17 años después de su creación (!).

En un artículo publicado en la época (18 de marzo de 1976), analizamos cómo se preparó y desarrolló el congreso del Partido Comunista Cubano, que se celebró por vez primera a finales de 1975. Lo menos que puede decirse es que los aspectos propagandísticos y rituales prevalecieron sobre los debates democráticos reales. En 1977 se convocó el tercer congreso de la Unión de Juventudes Comunistas, cuyo número de miembros había pasado, desde el congreso anterior (1972), de 123.000 a 400.000. El Papel que podría desempañar esta organización queda reflejado en el simple hecho de que el 45% de la fuerza de trabajo del país se compone de personas menores de 30 años. En realidad, el congreso de la UJC no tuvo mucho interés desde el punto de vista político. Las intervenciones de los representantes del Partido —Pérez y Raúl Castro— se caracterizaron por sus peroratas moralistas y paternalistas y por la preocupación ante los peligros que amenazarían a la revolución dentro de 20 o 30 años si no se libra una lucha encarnizada contra todas las tendencias «revisionistas» y «antisociales» de que podrían ser víctimas las nuevas generaciones.

Raúl aprovechó la ocasión para ilustrar su concepción de los **«tres pilares de la revolución cubana»**, a saber, **«la unidad interna del Partido bajo la dirección de su primer secretario, el camarada Fidel; la unidad indisoluble entre el Partido y el pueblo; y la unidad de todos los cubanos con la URSS, patria del gran Octubre y del genial Lenin.»** Un burócrata estalinista o breshneviano no habría adoptado una fórmula distinta.

El congreso de la Central sindical (CTC), celebrado a finales de noviembre del año pasado, no ha comportado ninguna novedad ni ninguna rectificación de las concepciones o de la práctica alumbradas en el congreso anterior. De las actas oficiales se deriva que la escenificación y la propaganda ocuparon un lugar desmesurado (Fidel Castro presidió personalmente la mayor parte de las sesiones). Un detalle cuyo alcance exacto es difícil de medir: en la elección de la dirección, realizada mediante voto secreto, ciertos dirigentes conocidos tuvieron votos en contra. El anuncio de esto fue acogido en la sala con algunos murmullos, pero Castro comentó que lo sucedido era positivo.

En cuanto al papel de los sindicatos y sus relaciones con el Estado, los textos y las intervenciones retomaron las fórmulas consagradas por el congreso anterior, combinando puntualizaciones correctas sobre la necesidad de distinguir entre sindicato y Estado y sobre la tarea propia de los sindicatos, de proteger los derechos de los trabajadores contra **«toda incomprensión, arbitrariedad e injusticia»**, con la reafirmación tajante del papel dirigente del partido con respecto a los sindicatos y demás organizaciones de masas y la idealización del Estado «socialista» tal como existe.

«Lo que sucede, dijo Fidel Castro, **es que en el socialismo se realiza una identidad y una identificación milagrosa entre los intereses de los trabajadores y los intereses de todo el pueblo, que es por supuesto un pueblo de trabajadores.»** Con esta óptica, evocó a continuación el fantasma del economicismo, añadiendo que en Cuba el problema no se plantea, y excluyó como absolutamente fantástica la posibilidad de que se produzcan huelgas. **«¿Huelgas? ¿Quién habla de huelgas en un proceso revolucionario, en un proceso socialista?»**.

Desgraciadamente para Castro, la experiencia de todas las sociedades de transición, incluída la de Cuba, demuestra que las cosas no son tan simples y que no siempre se produce el «milagro» de la identificación de los intereses de los obreros con los de «su» Estado.

La conclusión que podemos sacar es que el proceso de institucionalización y de reestructuración de las organizaciones de masas no ha desembocado en una situación idéntica a la que existe en otros Estados obreros. Por ejemplo, a pesar de las analogías, el funcionamiento de las asambleas no se caracteriza por la misma rigidez burocrática que conocen las «asambleas» en la URSS o en Bulgaria. De hecho existe un contacto mucho más vivo entre electores y elegidos —gracias también a las pequeñas dimensiones de las circunscripciones—, y pueden enfrentarse distintas candidaturas. Otro ejemplo: la ideología y la práctica de las organizaciones sindicales no se identifican tampoco con las de

los Estados obreros degenerados o deformados: como hemos subrayado, se combinan concepciones y métodos que comportan, sinó distintas interpretaciones, sí diferentes acentos, lo que en la práctica permite unos mayores márgenes de maniobra.

El resultado de todo ello es que en Cuba existen formas de «democracia horizontal», que en otros estados obreros, o bien no existen, o bien sólo han existido coyunturalmente y por sectores (por ejemplo, en tiempos del auge de la autogestión en Yugoslavia o en la época de las crisis más gráves de la dirección y cuando las grandes movilizaciones de masas en China), y que los lazos entre los dirigentes y las masas son más directos y vivos que en ningún otro país.

De todas maneras, a la pregunta de si existen en Cuba estructuras políticas y organizaciones de masas susceptibles de asegurar una auténtica democracia socialista, es decir, el poder de decisión de las masas con confrontaciones democráticas efectivas en torno a las grandes opciones económicas y políticas, la respuesta sólo puede ser negativa. Ni que decir tiene que la ausencia de estas estructuras democráticas revolucionarias tiene hoy un significado y un alcance mucho más graves que inmediatamente después de la victoria de la revolución en 1959-1960.

No cabe duda que las alabanzas incondicionales que expresan constantemente los dirigentes y la prensa cubana para con la URSS y los demás Estados obreros burocratizados, del mismo modo que las condenas sumarias e indiscriminadas de todos los opositores de los países del Este, tachados con los típicos epítetos de las agencias de prensa de Moscú, Praga o Berlín-Este, no mejoran las cosas. Máxime cuando Cuba no deja de recurrir sistemáticamente a textos soviéticos, estalinistas y postestalinistas, para la formación ideológica de los cuadros y militantes. La simple lectura de la prensa basta para comprenderlos.

Al mismo tiempo, cualquier concepción o actitud que refleje un punto de vista marxista revolucionario o de extrema izquierda (o presentadas como tales), es objeto de denigraciones o falsificaciones en un estilo rigurosamente estalinista. Trotsky mismo sigue siendo el blanco de virulentos artículos polémicos que deforman monstruosamente su pensamiento. La concepción policiaca de la historia, que en todas partes ve agentes y espías, también ha encontrado fervientes adeptos en Cuba.

Cuba, Moscú y Africa

No podemos analizar aquí en detalle la política internacional de Cuba en los diversos sectores del mundo. Nos limitaremos a algunos aspectos centrales.

Recordemos en primer lugar que ya en 1972 Castro había explicado sin ambiguedades el giro operado. **«Pequeño país rodeado de capitalistas, bloqueado por los imperialistas yanquis»**, Cuba no podía esperar a su integración en una América Latina ganada para la revolución dentro de «10, 20, 25 ó 30 años», y se veía obligada a integrarse en el «campo socialista» y a efectuar maniobras políticas y diplomáticas con los gobiernos burgueses de América Latina y otros lugares. Esta política ha seguido aplicándose sistemáticamente desde entonces.

Se podía explicar que en el plano teórico, los textos de los dirigentes cubanos han afirmado la necesidad de asegurar una dimensión internacional a la construcción del socialismo y, sobre todo, que las iniciativas más importantes de la política exterior de La Habana, en los últimos tres o cuatro años, han venido inspiradas por una concepción internacionalista de la lucha contra el imperialismo. No negamos ni minimizamos estos aspectos; en especial, no negamos que la intervención cubana en la guerra de Angola y la ayuda a la revolución en Etiopía han contribuido a debilitar las posiciones del colonialismo, del neocolonialismo y, de una manera general, del imperialismo en Africa. Pero una apreciación global no puede hacer abstracción de una serie de otros elementos:

1. La política exterior cubana está en la misma línea que la de la URSS, en lo que se refiere a los problemas más importantes. Desde hace años es imposible detectar la menor crítica o la menor reserva cubana hacia Moscú. La Unión Soviética y sus fieles aliados son ensalzados en términos ditirámbicos y presentados como faros del internacionalismo y de la democracia socialista. Dos ejemplos de los centenares que podríamos citar. **Granma** no dudó en definir la constitución soviética como un «**monumento a los derechos fundamentales del hombre**», sin preocuparse de precisar si lo que proclama esta constitución se lleva a la práctica. Durante su estancia en Moscú, en febrero de 1979, Raúl Castro declaró, dirigiéndose al jefe de la burocracia soviética: **«Sois el máximo dirigente del Partido que conduce al Estado soviético hacia nuevas y más altas cumbres de progreso y de prosperidad para el pueblo, y que practica una política exterior leninista en interés de los pueblos, de la paz, de la seguridad y del futuro de la humanidad.»** Al mismo tiempo, los dirigentes cubanos han ocupado el primer puesto en los ataques a la burocracia china, sin economizar insultos y epítetos. El propio Fidel Castro ha denunciado a la dirección china como fascista, estableciendo un paralelismo entre la Alemania nazi y China, y ha acusado a Pekín de querer hundir el mundo en una guerra nuclear (discurso del 21 de febrero de 1979).

Las actitudes adoptadas en un periodo más reciente, frente a los Estados Unidos, no han implicado ninguna concesión que pueda ser criticada legíticamente. Pero se insertan en el marco de esa coexistencia pacífica que es el leitmotiv tradicional de la política de la burocracia soviética

2. Los dirigentes cubanos han renunciado a toda crítica a los partidos comunistas de América Latina, cuyas concepciones estratégicas y enfoques tácticos presentan bajo una luz favorable, y con quienes han firmado textos conjuntos. Las reticencias puntuales —por ejemplo, a propósito de la actitud del PC argentino ante Videla— no se han traducido nunca en críticas explícitas, y en todo caso no cambian en nada el cuadro de conjunto. Este cuadro se caracteriza por la adhesión del PC cubano a la política de colaboración con sectores de la burguesía «nacional» y con gobiernos que expresen esta colaboración, y, lo que es todavía peor, por la exaltación de movimientos, gobiernos y personalidades burguesas como si fueran revolucionarios (el caso del Perú sigue siendo clásico en la materia).

3. Mientras que en los años 60 la dirección cubana explicaba claramente que el conflicto chino-soviético, debido a las formas que había adquirido y a su dinámica, tenía repercusiones negativas para la lucha antiimperialista, particularmente sobre la lucha de los vietnamitas contra el imperialismo norteamericano, posteriormente se ha alineado sin reserva del lado de la burocracia soviética, participando en primera fila en la polémica contra Pekín (en su discurso en torno al XX aniversario, Castro comparó a China con la Alemania hitleriana).

4. La dirección cubana no sólo mantiene relaciones cordiales con los países capitalistas de Europa occidental, sino que extiende también certificados de



buena conducta a algunos de sus representantes. Por ejemplo, durante la visita del presidente del gobierno español en Cuba, Castro dijo textualmente: «**La transición en España está realizándose de una forma brillante y progresista. Al comienzo se dudaba del futuro de España, pero ahora está claro que allí no pasa nada... Suárez es un hombre capaz, brillante, y junto con Juan Carlos ha escrito una página muy importante de la historia de España**». Esto indica, entre otras cosas, que Castro ya no tiene reserva alguna en cuanto a la política de los partidos comunistas de Europa occidental, particularmente del PC español (salvo en lo que se refiere, por supuesto, a su actitud hacia Moscú).

Pero veámos la política de Cuba en Africa. La apreciación de Castro de que Africa es actualmente el eslabón más débil de la cadena imperialista, es cuando menos discutible. Pero esta es una cuestión secundaria. Lo que no es secundario es que los cubanos presentan como socialistas o que **«obran a favor del socialismo»**, no sólo a Argelia, Mozambique, Angola y Etiopía, sino también a Dahomey y Guinea (en lo que se refiere a Etiopía, Castro ha caracterizado la revolución en este país como una combinación de la revolución francesa y de la revolución bolchevique). Y todavía más grave es la adhesión a uno de los principios fundamentales de la Organización para la Unidad Africana (OUA), auténtica Santa Alianza africana, a saber: el principio de la intangibilidad de las fronteras, delineadas, como es sabido, por los intereses colonialistas y neocolonialistas, sin consultar a los pueblos o nacionalidades afectados.

La intervención en la guerra de Angola tuvo, repetimos, una función progresista; se inspiró en un reflejo internacionalista. Pero no puede decirse lo mismo en cuanto a la presencia actual de las tropas cubanas en Angola. El régimen angoleño, que ha concluido acuerdos con regímenes neocoloniales de los más reaccionarios y establecido un **modus vivendi** con el propio imperialismo, particularmente en lo que se refiere al petróleo de Cabinda, es un régimen neocolonial y de ningún modo un Estado obrero. No ha dudado ni duda en ejercer una dura represión contra los opositores de izquierda, vinculados a sectores de masas, y contra sus portavoces, en su lucha legítima por las reivindicaciones económicas y los derechos democráticos. Independientemente de las intenciones subjetivas de los dirigentes —con tanta mayor razón, de los sentimientos de las masas cubanas—, el contingente cubano ayuda objetivamente a este régimen.

Al caso de Etiopía se aplican unas consideraciones análogas. Hay que inscribir en el haber de los cubanos que hayan intervenido, al precio de graves sacrificios, en apoyo a la lucha de un país neocolonial contra las agresiones o maniobras del imperialismo, directas e indirectas. Pero su participación en operaciones militares en Ogaden ya planteaba problemas en la medida en que podía existir un problema nacional (se trataba de ver qué autonomía tenía o podía tener la cuestión de Somalia en el contexto más general de una operación en que las fuerzas reaccionarias, hostiles a la revolución etiope, estaban indudablemente implicadas).

En todo caso, cuando la guerra se desplazó hacia el norte, con el objetivo de aplastar a los combatientes eritreos, ya no había lugar a dudas. El régimen de Addis Abeba negaba el derecho de autodeterminación a un pueblo que luchaba con las armas, por su independencia, desde hace unos veinte años. Es cierto que Cuba tomó parcialmente sus distancias, al no participar directamente en las operaciones y declarando repetidas ve-

ces que el problema de Eritrea debía resolverse en el terreno político. Pero tales declaraciones no dejaban de ser harto platónicas, en la medida en que por un lado Cuba mantenía su apoyo militar al régimen etíope, permitiéndole concentrar sus fuerzas en el norte, y que por otro lado, proclamaba que dicha solución política no podría poner en tela de juicio la unidad de Etiopía. Dado que el meollo está precisamente en que los eritreos no quieren permanecer en el marco de este Estado y que luchan por su independencia, de hecho la posición cubana favorecía al régimen de Addis Abeba.

El problema de saber si su acción es o no autónoma con respecto a Moscú es, desde este punto de vista, relativamente secundaria. En este caso concreto, las posiciones de Moscú y La Habana no se identifican totalmente. Es probable, por otro lado, que la decisión de intervenir en Angola haya sido tomada, al principio, independientemente de Moscú. Sin embargo, en primer lugar, una decisión independiente no significa una decisión conflictiva. En segundo lugar, lo que es más importante, Cuba no puede comprometerse tan a fondo como lo ha hecho sin el acuerdo de Moscú, de quien depende en gran medida, tanto en el aspecto económico como militar.

En última instancia, independientemente de las diferenciaciones parciales, la política internacional de Cuba está integrada hoy en día en la política de la burocracia soviética. Las reiteradas proclamaciones de amistad y fidelidad van más allá de la pura retórica circunstancial, y reflejan una situación real.

Cuba y los demás Estados obreros: analogías y diferencias

En nuestro artículo **«De la autocrítica a la nueva constitución»** (1975) habíamos insistido en el hecho de que **«por encima de las diferenciaciones derivadas de factores específicos..., en las sociedades de transición surgidas hasta ahora tienden a prevalecer unas concepciones y unos métodos en buena medida análogos. No nos referimos solamente a las similitudes estructurales (estatalización de la industria, supervivencia de un sector no colectivizado en el campo, etc.), sino también a rasgos más concretos...»**. Desde entonces, esta tendencia se ha acentuado aún más: no sólo en el caso macroscópico de China, sino también en lo que se refiere a Cuba.

No hablaremos de los rasgos típicos de un Estado obrero, que implican naturalmente una identidad entre Cuba y los demás Estados obreros. Existen afinidades cada vez más estrictas en otros aspectos: formas de gestión económica sin participación real de las masas en las decisiones capitales; prioridad a los estímulos materiales; aceptación e incluso teorización de una pretendida viabilidad de la diversidad de retribuciones y de nivel de vida en el seno de la clase obrera y todavía más entre las clase obrera y otras capas sociales. **Todavía más importante** es el hecho de que Cuba se caracteriza, al igual que los demás Estados obreros, si bien en un grado distinto y como fruto de un proceso diferente, por la ausencia de una democracia socialista institucionalizada. Las grandes opciones son privativas de los grupos dirigentes restringidos que dominan en el Estado y en el partido.

Además, al igual que en los demás Estados obreros, Cuba teoriza y practica el principio del partido único y del papel dirigente del mismo en relación a todas las organizaciones de masas y estructuras políticas y sociales. En este partido —como en los sindicatos— está prohibido formar tendencias o agrupamientos.

Finalmente, y al margen de los matices que haya en las formulaciones, la construcción del socialismo se concibe, también por parte de los dirigentes cubanos, en el marco de un Estado nacional. De ahí la tendencia inevitable a subordinar los intereses de las masas en lucha en el mundo a las necesidades del mantenimiento y de la defensa de este Estado.

Algunos podrán oponer a este balance la necesidad de recordar el origen histórico específico de la revolución cubana y de la dirección castrista, el papel que desempeñaron en los años sesenta, las intenciones subjetivas del grupo dirigente, incluso en la etapa actual. Pero el criterio decisivo es el siguiente: ¿qué mecanismos han operado, y siguen operando, qué resultados han dado, cuál es la dinámica que se desarrolla?.

Repitámoslo: es una constatación primordial que veinte años después de la victoria de la revolución no existe ninguna auténtica democracia socialista. La experiencia histórica nos ha demostrado que es precisamente la ausencia de órganos de democracia socialista, o su eliminación, la que abre el camino a la burocratización. Sobre todo en un país que sigue sufriendo la penuria, a pesar de los progresos realizados, en el marco del Estado nacional y en las condiciones políticas dadas, es inevitable una burocratización.

El problema consiste en saber qué dimensiones ha alcanzado este fenómeno, si la burocracia se ha convertido o no en una verdadera capa social cristalizada, separada de la clase obrera y de las demás capas de trabajadores, si está condicionada esencialmente por la voluntad de defender por todos los medios sus posiciones de poder y sus privilegios.

Los marxistas revolucionarios se han esforzado siempre en distinguir entre las distintas fases de un proceso, en no confundir los gérmenes potenciales con el pleno desarrollo de un fenómeno, las tendencias nacientes con su resultado final. Al mismo tiempo han rechazado toda actitud fatalista: los procesos sociopolíticos no son ineluctables como los fenómenos metereológicos. Es sabido que Trotsky empezó a denunciar las tendencias a la burocratización desde 1923 (Lenin también lo había hecho por su parte), pero sólo a comienzos de los años treinta teorizó la degeneración cualitativa del Estado obrero y afirmó acto seguido la necesidad de una revolución política contra el poder burocrático. Lo hizo sobre la base de una valoración global que tenía en cuenta todos los factores de un proceso combinado.

Afirmamos explícitamente que de momento no disponemos de todos los elementos analíticos necesarios. Esta carencia se refiere particularmente a un punto crucial: el alcance de los privilegios burocráticos. En todo caso es innegable que tales privilegios existen y que los burócratas —no necesariamente los dirigentes más destacados— disfrutan de un nivel de vida superior en todos los aspectos al de las masas.

También nos parece evidente que los burócratas tienden en general a defender sus posiciones de poder o de control, que son la fuente de sus privilegios. El hecho de que sean los burócratas intermedios los que desempeñen el papel más conservador sólo tiene una importancia relativa: ese mismo fenómeno se había producido también al principio en la Unión Soviética.

Pero consideramos que en la etapa actual los privilegios no han adquirido las dimensiones que tienen en los demás Estados obreros, y —lo que es más importante— el grado de cristalización de las capas burocráticas y de su poder es incomparablemente más reducido Esto se explica también por

el hecho de que los dirigentes mantienen y tienden a conservar unas relaciones con las masas que, aunque caracterizadas por el paternalismo, no revisten los mismos rasgos autoritarios que en los demás Estados obreros, y que las masas no consideran a sus dirigentes como una fueza extraña u hostil.

Además, en Cuba no ha habido ni hay una represión de la misma naturaleza que en la URSS, en Europa oriental o en China. Casi en su totalidad, los presos políticos, cuyo número decrece rápidamente, son efectivamente contrarrevolucionarios, en la mayoría de los casos culpables de acciones concretas contra el Estado obrero.

Y como ya hemos mencionado, las estructuras políticas no se han esclerotizado completamente, y permiten ciertas formas parciales de vida democrática.

Finalmente, pese a alinearse con Moscú y a una serie de actitudes observadas durante el último decenio, la dirección cubana no ha sido insensible a las exigencias de las luchas internacionalistas. Es más, jamás ha cometido un crimen o una traición comparable a los perpetrados por las direcciones de otros Estados obreros y partidos comunistas burocratizados.

¿Qué perspectiva?

Se dirá que si las tendencias que hemos señalado no dejan de desarrollarse, la degeneración burocrática en sentido estricto es inevitable, y que no hay muchos indicios que apoyen la hipótesis de que la tendencia vaya a invertirse a corto o medio plazo.

Repitámoslo: hay que rechazar todo enfoque fatalista.

En un texto sobre la naturaleza del Estado soviético, Trotsky escribió: «**¿Es curable? Proseguir con los intentos de someterlo a tratamiento, ¿no significa perder un tiempo precioso en vano?. La pregunta está mal planteada. Por tratamiento no entendemos unas medidas artificiales, separadas del movimiento revolucionario mundial, sino la continuación de la lucha bajo la bandera del marxismo. La crítica despiadada de la burocracia estalinista, la educación de los cuadros de la nueva Internacional, la regeneración de la capacidad de lucha de la vanguardia proletaria mundial, esta es la esencia del 'tratamiento'. Coincide con la dirección fundamental del proceso histórico. Estos últimos años —dicho sea de paso—, algunos adversarios nos han dicho más de una vez que 'perdemos el tiempo en vano' al ocuparnos del tratamiento de la Internacional Comunista. Jamás le hemos prometido a nadie que curaríamos a la I.C. Solamente nos hemos negado, hasta la verificación definitiva, a declarar que el enfermo estaba muerto o sin esperanzas**». (En la época en que Trotsky escribió este texto, aún no había llamado a la revolución política contra la burocracia estalinista).

Este tipo de enfoque metodológico se impone hoy en relación a Cuba. No se trata de sacar conclusiones sobre la base de elementos analíticos insuficientes o de proclamar que en todo caso el proceso de burocratización es irreversible. Es la práctica la que zanjará, y existe la posibilidad de hacer —precisamente— la verificación en la práctica.

La caracterización de Cuba, no como Estado obrero degenerado, sino como Estado obrero con graves deformaciones burocráticas, no impide en absoluto afirmar la necesidad de luchar contra las tendencias y los métodos burocráticos, que son un hecho desde hace un periodo ya largo. No impide desarrollar una crítica en torno a los problemas cruciales, denunciando todo lo que obstaculice la construcción de una auténtica democracia socialista, ni luchar por la realización de cambios sustanciales.

Esto significa que en la propaganda, los marxistas revolucionarios deben avanzar todas sus concepciones sobre la estructuración y el funcionamiento de una sociedad de transición y, por tanto, en primer lugar, sobre la libertad de expresión, de prensa, de asociación, etc. Por lo demás, afirmar el derecho de asociación —en el marco de la nueva sociedad y respetando las leyes fundamentales— no implica estar automáticamente a favor de la formación de un nuevo partido comunista, del mismo modo que estar a favor del derecho de autodeterminación no implica automáticamente la lucha por la separación.

En el terreno de la lucha más inmediata, habrá que combatir por la libertad de debatir en torno a todos los problemas económicos y políticos a todos los niveles (lo que comporta el derecho de información sobre los debates en curso, incluso en las instancias dirigentes más altas), y por la libertad de publicar, sin ningún tipo de censura, periódicos, libros, revistas, etc. Habrá que luchar al mismo tiempo por una democratización real de los sindicatos, por su independencia efectiva con respecto al Estado, por el derecho a constituir tendencias respetando la disciplina en la acción. El mismo derecho deberá ser reivindicado en el Partido.

En el terreno internacional, habrá que luchar por una clara distinción entre la política exterior del gobierno y la política internacional del partido. Si por ejemplo el gobierno estima que es tácticamente útil establecer buenas relaciones con Perú o con Panamá, ello no debe comportar una exaltación de los gobiernos o los dirigentes de esos países en la propaganda del partido. **Cuba deberá seguir participando en las acciones internacionalistas contra el imperialismo y las clases dominantes indígenas, pero deberá rechazar toda ayuda militar y política que contribuya a consolidar regímenes neocolonialistas.** En el caso de Etiopía, deberá reconocer que el derecho a la autodeterminación del pueblo de Eritrea tiene prioridad sobre el mantenimiento de la unidad del Estado etíope y, con más razón aún, sobre el «principio» de la intangibilidad de las fronteras en Africa.

Finalmente, Cuba deberá establecer relaciones normales con todos los Estados obreros y, prosiguiendo la batalla del Che Guevara en los años sesenta, tomar la iniciativa de una batalla por la recomposición del frente único de los Estados obreros contra el imperialismo, que ponga fin a una división que ya ha tenido consecuencias dramáticas y conlleva una dinámica aún más peligrosa.

La lucha por estos objetivos permitiría realizar la verificación práctica de que hemos hablado. Si llegara a ejercer impacto en sectores de masas, tendría repercusiones inevitables, incluso al nivel de los cuadros y de la propia dirección, provocando diferenciaciones y posicionamientos. Es una perspectiva extremadamente difícil de realizar desde el punto de vista de las fuerzas subjetivas. Pero se trata de una posibilidad inscrita en las condiciones objetivas. Sería erróneo ignorarla, resignándose de un modo fatalista a una «irreversabilidad» del proceso de burocratización.

Entre 1958 y 1977: la producción de:	**se ha multiplicado**
Acero	11,5
Electricidad	4,3
Cemento	3,6
Refinado de petróleo	1,7
Abonos	5,0
Níquel	2,0
Agrios	4,3
Huevos	10,4
Leche	4,0
Vidrio	7,6
Tractores	6,0
Construcciones	6,5
Pesca	8,8
Marina mercante	14,2
Exportaciones	5,4
Importaciones	6,4

Cuba: veinte años de revolución socialista

Jack BARNES

Esta celebración del vigésimo aniversario de la revolución cubana es una ocasión única. En la historia moderna, los vigésimos aniversarios de las revoluciones no han sido siempre eventos felices. Justamente han sido lo contrario.

Veinte años después de la victoria de la primera revolución en Estados Unidos [la guerra de independencia contra Gran Bretaña], el país se encontraba bajo el yugo de la alianza entre los esclavistas y los capitalistas mercantiles. Ellos habían impuesto su constitución sobre el país y consolidado su dominio.

Veinte años después de la segunda revolución en Estados Unidos —la Guerra Civil y sus consecuencias— la Reconstrucción Radical había sido destruida por completo. La reconstrucción, en la cual los negros habían luchado por derechos iguales y poder político y en la que los lograron en gran medida, fue derrocada por la fuerza y la violencia. Los líderes negros que habían surgido fueron reprimidos. Se comenzó a imponer e institucionalizar el racismo. El imperialismo norteamericano levantaba su horrenda cabeza. El movimiento obrero en Estados Unidos había sido obligado a retroceder. Este período de nuestra historia marcó el fin de todo papel progresista para la burguesía norteamericana o cualquiera de sus alas o partidos.

En Francia, veinte años después de 1793, el punto culminante de la revolución francesa, el dominio de Napoleón había eliminado todos los logros democráticos del movimiento. Todos los líderes populares de la revolución habían sido asesinados, suprimidos o habían hecho las paces con la reacción. El reino de Napoleón terminó poco después con la restoración abierta de la monarquía Borbona.

No han sido solamente estas revoluciones burguesas cuyos vigésimos aniverarios had sido fechas menos que felices. Esto ha sido igualmente cierto de las revoluciones proletarias de nuestra época.

¿Cómo fue el vigésimo aniversario de la revolución china? ¿Cuál era la situación en China en 1969?

Ahora el mundo se está enterando en parte de la verdad sobre los arrestos y el exilio de centenares de miles de personas perpetrados por la burocracia estalinista en Pekín. Se habla del asesinato de oposicionistas, del mantenimiento de un bajo nivel de vida de las masas, y del exilio forzado de millones de jóvenes enviados al campo. La política exterior del régimen perseguía un solo objetivo: maniobrar para lograr un acercamiento a Nixon y abrir relaciones con el imperialismo yanqui. Para esto estaban —y están— dispuestos a ayudar al imperialismo a aplastar revoluciones.

Rusia en 1937

¿Y el vigésimo aniversario de la revolución rusa, la revolución más poderosa de la historia?

En 1937, la totalidad de la dirección de la revolución bolchevique ya había sido asesinada o estaba a punto de serlo por los que habían traicionado a la revolución. Los monstruosos procesos de Moscú montados por Stalin y las purgas masivas estaban en pleno auge. El Gulag ya existía y crecía, encarcelando a los mejores luchadores proletarios.

Las relaciones entre el campo y la ciudad habían llegado a un punto bajo. El régimen brutalizaba a los campesinos. Lejos de tener orgullo en la diversidad nacional de la Federación Soviética, y respeto por las nacionalidades oprimidas, crecía la opresión nacional y el burdo chovinismo gran ruso.

Los soviets, los organismos de la democracia obrera, existían sólo formalmente. Stalin gobernaba mediante el terror y las medidas propias a un estado policíaco.

El internacionalismo que había sido la marca del partido bolchevique bajo Lenin y Trotsky fue destruido. Stalin se opuso a los intentos de los pueblos coloniales por liberarse del imperialismo si su lucha iba en contra de las potencias imperialistas "democráticas" con quienes Stalin buscaba establecer alianzas. Veinte años después de la revolución rusa, Stalin, conscientemente y a sangre fría, clavaba un puñal en la espalda de la revolución obrera en España.

El estado mayor del otrora poderoso Ejército Rojo había sido de capitado, gravemente debilitado y virtualmente paralizado. La burocracia entera rezaba porque nunca tuvieran que utilizarlo, ni para defender su propio dominio como una casta privilegiada.

Lejos de siquiera algunos residuos de internacionalismo, la política de la buro-

cracia puede ser —y fue— resumida en una sola frase: "el socialismo en un solo país". La burocracia no quería para nada extender la revolución, sino todo lo contrario: su único deseo era extender las relaciones con las burguesías de los países poderosos, y estaban dispuestos a llevar a cabo cualquier traición con tal de lograr esto.

Lejos de decirle la verdad al pueblo soviético sobre las necesidades de la revolución, Stalin institucionalizó la mentira. Una casta privilegiada, uno de los grupos gobernantes más rapaces en la historia de la humanidad, tenía el poder total. En lugar de servir de guía a los revolucionarios alrededor del mundo, como lo había hecho el régimen leninista, el gobierno soviético se convirtió en un centro consciente para la contrarrevolución.

Estas son algunas de las verdades que tuvieron que decirse en el trágico vigésimo aniversario de la revolución rusa.

Una revolución viva

Así que ésta es una ocasión única. ¿Qué podemos decir veinte años después de la victoria de nuestra revolución en Cuba?

La revolución no ha devorado a sus líderes y a sus hijos. Por el contrario, la dirección revolucionaria que llevó a la revolución a la victoria permanece intacta, con la excepción de Camilo Cienfuegos, quien murió en un accidente de avión y del Che Guevara, quien murió en el campo de batalla en Bolivia.

En vez de girar hacia la "coexistencia pacífica" de tipo estalinista y hacia la distensión, la dirección cubana dice abiertamente, nunca tranzaremos nuestro apoyo a la lucha independentista puertorriqueña; nunca negociaremos nuestra soberanía; y nunca tranzaremos nuestro derecho a responder a oportunidades revolucionarias alrededor del mundo con cualquier medio que sea necesario, incluso utilizando a las fuerzas armadas cubanas si se nos pide.

En vez de devastar el campo y decapitar al proletariado, la alianza revolucionaria de los trabajadores y de los campesinos, que ha sido clave en la revolución cubana, se mantiene sobre bases sólidas. La alianza del proletariado y del campesinado en Cuba es la más firme en todo el mundo.

Conciencia igualitaria

Lejos de fomentar el desarrollo de una casta privilegiada, de un grupo conscientemente contrarrevolucionario que domine el resto de la sociedad, la revolución continúa avanzando una conciencia igualitaria, pese a que existen serias deformaciones y privilegios burocráticos.

Lejos de tener gigantescos campos de concentración y crecientes Gulags, Cuba es el único estado obrero que ha permitido la visita de una delegación de Amnistía Internacional al país. La delegación visitó las prisiones y se le permitió entrevistarse con los presos. Recibieron la plena cooperación del gobierno cubano.

Tuvieron algunas críticas, por ejemplo, que los cubanos no deberían haber ejecutado a tantos torturadores batistianos. También tuvieron algunas críticas que parecen ser válidas: deberían de existir reglas claras sobre cómo una condena puede ser reducida por buen comportamiento para evitar arbitrariedades.

Pero el equipo de Amnistía Internacional llegó a una conclusión importantísima: no se manifestaron en contra de la caracterización que hace el gobierno cubano de los presos políticos como contrarrevolucionarios que han sido encarcelados por cometer *actos* específicos contra la revolución o por pertenecer a organizaciones contrarrevolucionarias armadas. Amnistía Internacional no los considera "prisioneros de conciencia".

Y ahora Castro le ha dicho a Carter: Estos criminales son tus estudiantes. Si ellos quieren vivir en Estados Unidos, ¡entonces acéptalos!

Extender la revolución

¿Por qué están los cubanos en Africa? Están atraídos por la revolución negra africana —al igual que todo revolucionario y toda persona descendiente de africanos alrededor del mundo. Sienten que una batalla decisiva se dará en Africa Negra y están empeñados en ser parte de ella y en ayudarla.

Los cubanos respondieron con entusiasmo a la revolución etíope. Todo tipo de socialistas en Estados Unidos no han comprendido plenamente el alcance y el significado de lo que se ha desarrollado en Etiopía.

Los cubanos no cometen ese error. Se identifican profundamente con la revolución etíope. Saben que la reforma agraria, la eliminación del feudalismo y de la esclavitud en uno de los últimos imperios de este tipo, el rompimiento de los lazos entre el estado y la iglesia, el comienzo de la erradicación del analfabetismo, las nacionalizaciones —todo esto marca una profunda revolución en marcha, uno de los trastornos sociales más profundos que el continente ha visto.

Los revolucionarios cubanos han respondido ante estas acciones revolucionarias.

Pero por sobre todo, los cubanos están en Africa por una razón muy sencilla. Están allá porque para ellos hay una ley por encima de todas las demás: extender la revolución.

¿Qué es lo que explica el carácter único de esta revolución y de esta dirección revolucionaria? Nunca hemos visto a una dirección revolucionaria permanecer en el poder por tanto tiempo. Sólo hemos visto una dirección revolucionaria más grande en el poder —el núcleo central del partido bolchevique.

Dejando de lado a los estalinistas

En primer lugar la dirección castrista condujo su revolución en contra de las objeciones y la oposición del Partido Socialista Popular [el antiguo partido comunista pro-Moscú]. Dejaron de lado a los estalinistas y al estalinismo. Actuaron como revolucionarios y al hacerlo probaron a todo el mundo que los estalinistas no están destinados a estar a la cabeza de los ascensos revolucionarios. Probaron que los estalinistas son un obstáculo a una dirección revolucionaria y que tienen que ser arrastrados por el cuello.

Los líderes cubanos estaban completamente conscientes de esto. Construyeron el Movimiento 26 de Julio oponiéndose a todas las demás organizaciones existentes en Cuba. Los burgueses liberales tenían sus propias organizaciones con las cuales los fidelistas rompieron decisivamente. Los estalinistas y los típicos corruptos burócratas sindicales similares a los norteamericanos tenían dominado al movimiento obrero cubano.

Para dirigir la revolución, el grupo castrista tuvo que encontrar un camino alrededor de estos obstáculos. Y lo encontró.

En segundo lugar debemos tomar en cuenta el carácter político de la dirección cubana. Existe el gran mito de que la dirección revolucionaria cubana era simplemente unos barbudos en armas, el ejército guerrillero. Esta es la imagen proyectada por gente como el escritor francés Régis Debray.

Gente política

Pero éste no era el aspecto más importante. La dirección castrista estaba compuesta por gente política, en el mismo sentido que nosotros somos gente política. Piensan políticamente de principio a fin. Las tácticas militares siempre estaban subordinadas a la estrategia política y a los objetivos políticos. Desde el comienzo, hubo una constante interacción en cada paso tomado por la revolución entre las iniciativas políticas de la dirección y las iniciativas tomadas por las masas en las calles, en las fábricas y en el campo, llevando adelante el proceso revolucionario.

La dirección comenzó su lucha no tomando las armas, sino haciendo algo que nosotros emulamos veinte años después: entablaron una demanda judicial contra el gobierno. Cuando Batista dio su golpe de estado en 1952, Fidel se presentó ante los tribunales, diciendo que Batista había violado la constitución.

¿Cómo fue derrotado Batista?

Exigimos reparaciones, dijo Fidel. Ante todo, que boten a Batista y lo metan en la cárcel. Y si este tribunal no toma esta medida elemental, significa que el tribunal es totalmente corrupto y no merece ningún respeto como corte legal. Significa que las masas tendrán que encargarse del asunto y que este tribunal no estará en posición de juzgar las acciones que tenemos que tomar. De esta manera establecieron frente a las masas la legitimidad legal y política de la lucha que preparaban.

De ahí siguieron avanzando. Siempre estaban dispuestos a actuar —sobre todo con las armas. Esto es lo que los apartó de los que tan sólo hablaban de revolución.

Pero siempre razonaban políticamente. Siempre explicaban al pueblo cubano qué es lo que hacían y por qué. En 1956, Fidel anunció desde México que regresaría a Cuba antes del fin del año a reiniciar la lucha. Se les consideró unos tontos por hacer esto. Se consideró que como táctica militar era una tontería. Pero rara vez hicieron algo por razones de la táctica militar. Lo hicieron por razones de estrategia política.

En la sierra su principal acción no consistió en realizar tácticas militares brillantes. De hecho, nunca hubo una batalla frontal entre el Ejército Rebelde y el ejército batistiano. La caída de Batista no se debió principalmente a la acción militar.

Actividades de propaganda

El Ejército Rebelde llevó a cabo actividades de propaganda de cualquier forma posible. Hablaban con los campesinos, montaron Radio Rebelde en las montañas para transmitir su programa político por toda la isla. Publicaron periódicos. Se esforzaron por obtener entrevistas en el *New York Times*. Buscaron organizar a la clase obrera urbana. Hasta consideraron seriamente enviar al Che a Santiago a dirigir la resistencia urbana. El Movimiento 26 de Julio tenía operaciones clandestinas en ciudades por toda la isla.

No derrotaron a Batista militarmente. Conquistaron los corazones y las mentes de las masas cubanas, y esto desmoralizó por completo al ejército batistiano, que al final ya no era una fuerza capaz de luchar.

Hace veinte años, el Ejército Rebelde entró a La Habana sin encontrar oposición alguna después de haber convocado a una exitosa huelga general que acabó con los últimos rezagos del régimen de Batista. Llegaron a la capital luego de un calmado paseo político a través de Cuba que duró casi una semana. Movilizaron a miles mientras iban de ciudad a ciudad con rumbo a La Habana.

Lograron esto actuando como revolucionarios, diciéndoles la verdad a los trabajadores y campesinos de Cuba. Sabían que el armar al pueblo con la verdad resultaría decisivo en la victoria de la revolución.

Sobre esta base establecieron el primer gobierno obrero y campesino, el primer estado obrero y la primera revolución socialista victoriosa en el hemisferio occidental.

La lucha contra el imperialismo yanqui

Un tercer punto que debemos tomar en cuenta es la capacidad de la dirección revolucionaria cubana para enfrentársele al poderoso imperialismo norteamericano. Cuba es un pequeño país que tenía una población de 6 millones en la época de la revolución. Carece de recursos estratégicos importantes y grandes ventajas militares. Sin embargo ha desafiado al imperialismo yanqui por dos décadas.

Derrotaron la invasión de Kennedy en Playa Girón en abril de 1961. Un año después realizaron una de las acciones políticas más audaces del siglo:

Convencieron a los rusos de que les proporcionaran armas nucleares, porque sabían que Estados Unidos estaba organizando otra invasión masiva. Tuvieron que tomar una decisión importante.

Su razonamiento era el siguiente: Una invasión que destruya y aplaste a la revolución cubana hará retroceder la lucha mundial por el socialismo. Cambiará la relación de fuerzas entre las clases a escala mundial. Le dará la señal a los reaccionarios para avanzar en el continente americano, en Asia, en Africa, en todo el mundo. Los imperialistas yanquis son absolutamente despiadados, no vacilarán en utilizar su poderío para incinerar a nuestro pequeño país. La única manera como podemos asegurarnos de evitarlo esta vez es obteniendo armas nucleares.

La crisis de octubre

Esto fue exactamente lo que hicieron. Esto estuvo al centro de la Crisis de Octubre de 1962. Pero Kennedy retrocedió. El y Jruschov hicieron un pacto —sin consultar a los cubanos— según el cual Estados Unidos no invadiría a Cuba y los rusos retirarían los cohetes. Cesó así el peligro inmediato de una guerra nuclear y de la destrucción de la revolución cubana por una invasión yanqui.

Los cubanos nunca olvidaron esta lección.

Su principal queja contra los estalinistas de Moscú y Pekín era la negativa de éstos de defender a la revolución vietnamita contra la embestida imperialista más rápidamente y con más armas. Los cubanos publicaron en varios idiomas y distribuyeron ampliamente los discursos de Fidel Castro y del Che Guevara en donde argumentaban con fervor que era preciso ayudar a la revolución vietnamita.

El Che explicó que si se declaraba a Vietnam "parte inviolable del territorio socialista" y si un ataque a éste fuera considerado como un ataque a la Unión Soviética, no habría ninguna Guerra de Vietnam y se pondría fin a la horrible brutalización del pueblo vietnamita.

Por la respuesta de los cubanos a pruebas históricas como ésta, el Tío Sam supo que no eran estalinistas contrarrevolucionarios —pese a que algunos supuestos socialistas en Estados Unidos no pudieron entender esto.

El papel de la ayuda soviética

El cuarto punto que debemos tomar en cuenta es el papel de la revolución rusa en hacer posible que la revolución cubana sobreviva.

Ayuda económica, petróleo, un mercado para el azúcar y, por último, armas, toda esta asistencia era esencial para la revolución cubana. Sin ella no hubiera podido hacerle frente a la guerra de agresión, al bloqueo económico o a la invasión organizada por Washington.

Es preciso notar que mencioné el papel de la *revolución rusa* —no el de los burócratas soviéticos. La ayuda fue posible gracias a la victoria de las masas rusas en 1917, una victoria que permanece viva a pesar de la burocracia estalinista que gobierna en el Kremlin hoy en día.

Sin embargo, la burocracia soviética controla esta ayuda, la cual no es proporcionada gratis a Cuba. Los traidores de Moscú exigen que se pague un precio político por cada barril de petróleo, por cada ametralladora, por cada crédito otorgado.

Esto ha puesto una presión continua sobre Cuba. Llevó a los cubanos a tomar muchas posiciones incorrectas, posiciones con las cuales tenemos un fuerte desacuerdo. Llevó a que los cubanos se callaran sobre todo tipo de crímenes que los estalinistas cometían alrededor del mundo. Contribuyó a la defensa que hizo Fidel de la invasión soviética de Checoslovaquia.

Dada la relación de fuerzas, era inevitable que los cubanos fueran obligados a pagar un precio político. Hasta la mejor y más consciente dirección revolucionaria habría pagado algún precio.

Lo inevitable fue el precio y el daño que resultó de pagar este precio. Lo que no fue inevitable fue la estalinización de la dirección revolucionaria. Esto no ha ocurrido.

Posición política constante

Lo último que debemos tomar en cuenta es que la posición política de la dirección cubana ha permanecido constante desde el principio. No ha cambiado.

Todo lo que me enseñaron cuando estuve

en Cuba hace veinte años sigue siendo la línea política fundamental. Ni sus puntos fuertes ni sus puntos débiles han cambiado.

Creen que los únicos revolucionarios de verdad son aquellos que *actúan* para avanzar la revolución. Realmente no les importa mucho lo que se dice. Les importa lo que se hace.

En general este no es un mal enfoque. Es mucho mejor que la posición opuesta. Pero contiene una debilidad política ya que tiende a pasar por alto la teoría, a subvalorar la importancia de las arduas lecciones y experiencias políticas acumuladas por el movimiento obrero.

La revolución en los países imperialistas avanzados

Otro aspecto de su enfoque es su juicio de que la revolución en los países imperialistas avanzados está muy, muy lejos en el futuro. Simplemente no creen que sea posible pensar seriamente en revoluciones victoriosas en Francia, Gran Bretaña, Alemania Occidental, Japón o Estados Unidos. No las consideran posibles en sus vidas ni en la de sus hijos. No creen en ellas, no piensan en ellas y por lo tanto no hacen muchas cosas que podrían hacer para avanzarlas.

Otra debilidad reside en que la dirección cubana nunca desarrolló una organización de tipo leninista, con el derecho de las minorías a presentar su punto de vista frente a todos los miembros de la organización. Esto no ha cambiado con la institucionalización del partido.

La revolución cubana ocurrio sin la creación a gran escala de comités democráticos de las masas obreras —lo que los rusos llamaron los "soviets"— que organizaran la sociedad acertadamente, resolvieran las diferencias de la manera más eficaz, y movilizaran a las masas con el objetivo de hacer todo lo posible por extender la revolución a otros países.

El resultado es que el partido y el gobierno están mezclados. Fidel actúa como jefe de estado en un momento dado, como ministro de relaciones exteriores en otro; otras veces como líder del partido o como entrenador de guerrillas.

Desde el principio, permanecieron en silencio ante los actos reaccionarios de algunos gobiernos, como el de México, que mantenían relaciones diplomáticas amistosas con Cuba. Frecuentemente han asumido una actitud de apoyo sin críticas hacia gobiernos que toman algunas posiciones o medidas antimperialistas, tales como Chile bajo Salvador Allende y Perú bajo Juan Velasco Alvarado.

Actitud sobre Eritrea

No entienden y no siguen la línea correcta sobre cuestiones como la lucha por la liberación nacional de Eritrea. Afortunadamente los cubanos se han diferenciado tajantemente del apoyo total proporcionado por el Kremlin a la guerra del Dergue contra los eritreos. Pero no se han manifestado en apoyo al derecho de Eritrea a su independencia.

Estas son algunas de las debilidades del castrismo. Han existido desde el comienzo de la revolución cubana. Y todavía no han sido superadas.

Pero detrás de estas debilidades hay algo más poderoso —el tremendo impulso igualitario de la revolución; la convicción sin vacilación de toda la dirección que hizo la revolución de que es preciso *actuar* en base de las convicciones revolucionarias; su disposición a decirle al mundo la verdad como ellos la ven; y, lo más importante, su negativa a renunciar a la lucha por extender la revolución como la clave de todo.

La 'coexistencia' pacífica

Nunca, ni por un minuto, han estado interesados los líderes cubanos en la línea de la "coexistencia pacífica", es decir, la total subordinación de los intereses de la revolución mundial a la búsqueda de acuerdos diplomáticos y económicos con el imperialismo. Ninguno de los líderes de la revolución cubana ha aceptado ésto alguna vez.

Han reconocido desde un principio que la única esperanza que tienen a largo plazo reside en la extensión exitosa de la revolución cubana. Esto es lo que nos ayuda a entender la particularidad de este aniversario de la revolución.

Los trotskistas hemos aprendido muchas cosas de la revolución cubana y de su dirección.

Ahora me doy cuenta lo simplista que fui cuando era más joven. Yo creía que si una persona respondía positivamente a la revolución cubana, esto implicaba que podrían ser miembros de la Young Socialist Alliance. Si respondían negativamente, creía que no valían la pena y francamente no los quería en la YSA.

He aprendido que esa no es la manera correcta de organizar porque de vez en cuando es posible descartar a alguien que hubiera podido ser un buen revolucionario. Pero todavía considero que en general no es un mal método. Aplicamos el mismo enfoque cuando surgió Malcolm X, al emerger la nueva ola de feminismo y con los inicios de la radicalización de la clase obrera norteamericana. Y no salió del todo mal.

Hay que saber conocer ›volución una revolución

Aprendimos a reconocer una revolución y a reconocer a una dirección revolucionaria. Esto suena sencillo. Cualquier idiota podría hacerlo.

Pero muchos que se consideraban no sólo progresistas, sino además socialistas y revolucionarios resultaron incapaces de hacerlo. Enfrentados con la realidad viva de una revolución, con todas sus contradicciones e imperfecciones, algunos no pudieron reconocer lo que en realidad ocurría. No encajaba exactamente con los esquemas que habían sacado de los libros.

Jim Cannon, dirigente fundador del Socialist Workers Party [SWP—Partido Socialista de los Trabajadores], consideró que la prueba número uno de nuestro movimiento sería tomar una posición correcta hacia la revolución cubana.

En cartas dirigidas a Farrell Dobbs y a Joe Hansen, Cannon expresó que la dirección del partido había demostrado no sólo que podía reconocer una revolución cuando ocurría frente a sus ojos sino que además podía reconocer a una dirección revolucionaria, y había dado un ejemplo de cómo luchar junto con ésta contra nuestros enemigos comúnes.

Desde un principio hicimos un bloque político con el equipo de Castro en contra de los estalinistas. Lo hicimos porque los estalinistas han sido el enemigo interno número uno de la revolución cubana.

Han habido y existen todavía, dos alas principales dentro del actual Partido Comunista Cubano: el ala castrista y el ala estalinista.

Hicimos un bloque con Castro contra los estalinistas cubanos en la lucha contra el curso burocrático de Aníbal Escalante al comienzo de los años sesenta y después en la lucha contra el estalinismo internacional sobre la defensa de la revolución vietnamita y los esfuerzos de la dirección cubana por extender la revolución a América Latina.

Aprendimos cómo formar un bloque con Castro contra los estalinistas en la lucha por defender y extender la revolución. Este conflicto entre los castristas y los estalinistas todavía persiste.

Así que aprendimos bastante. Y tuvimos suerte, porque revoluciones dirigidas por líderes revolucionarios no han sido muy frecuentes.

Todo lo que el Socialist Workers Party y la YSA hicieron en defensa de la revolución cubana fue hecho desde el punto de vista de la construcción de nuestro movimiento. Esto no tiene nada de contradictorio. Siempre estuvimos convencidos que todo lo que ayudaba a reforzar a la YSA y al SWP también ayudaba a reforzar a la revolución cubana, y todo lo que ayudaba a la revolución cubana ayudaba al partido y a la YSA.

La realidad y los libros de texto

También aprendimos la diferencia entre

la política de la vida real y la política de los libros de texto. Aprendimos a reconocer las verdaderas fuerzas, procesos y contradicciones revolucionarias cuando estaban muy confusas y no seguían nuestras normas al pie de la letra.

Aprendimos mucho sobre el estalinismo y el trotskismo al observar la manera cómo los estalinistas trataban de subvertir a la revolución cubana y la manera como los trotskistas la defendían y trataban de extenderla.

Descubrimos que la verdadera línea divisoria está entre los revolucionarios —es decir Castro y los que lo apoyan, incluidos nosotros— y los contrarrevolucionarios, incluyendo a los estalinistas y a los llamados social-demócratas del "tercer campo".

También aprendimos que debemos deshacernos de todo tipo de fatalismo, que en la política no es otra cosa que cobardía. Todos habrán escuchado el argumento que dice: "Pues, Cuba no es más que una isla pequeña, la dirección no es trotskista, de manera que es sólo cuestión de tiempo hasta que los aplasten, los derroquen o se degeneren y se conviertan en unos estalinistas. Entonces, ¿para qué esforzarnos tanto defendiendo a la revolución cubana? Sólo es cuestión de tiempo".

Esto nos suena asqueroso, pero es la línea típica de uno tras otro de los grupos socialistas pequeñoburgueses.

Yo había leído en los escritos de Lenin sobre los socialistas pequeñoburgueses. Solía pensar que era un insulto, un epíteto, ya descubrí lo que son los socialistas pequeñoburgueses y lo que es la palabrería revolucionaria pequeñaburguesa. Todos aprendimos esto en la lucha por defender la revolución cubana.

Había muchas personas que se llamaban a sí mismas socialistas pero que no reconocían a la revolución cubana como una revolución socialista. Supongo que muchos de los presentes esta noche nunca han oído de ellos. Se les conocía como la Young People's Socialist League [YPSL—Liga Socialista de la Gente Joven]. Hoy existen grupos igualitos tales como la Spartacist League [Liga Espartaquista], y algunas corrientes maoístas; gente con quienes uno se encuentra hoy en día.

En los primeros días de la revolución cubana la YPSL tenía mucha influencia en varias universidades. En ocasiones tuvimos que argumentar por y defender físicamente nuestro derecho a portar carteles en manifestaciones con consignas tales como "¡Manos fuera de Cuba!". Según la YPSL los carteles debían decir "*Todas* las manos fuera de Cuba". Equiparaban la ayuda soviética a la revolución cubana con los intentos de Kennedy de invadir la isla y aplastar a la revolución.

Para ellos la revolución rusa estaba muerta y la Unión Soviética ya no era un estado obrero. No había revolución socialista en Cuba ni existía allí una dirección revolucionaria.



Fidel en Tanzania:

Los nuevos casos anti-Cuba de Meany

Hace pocos días, George Meany anunció que la AFL-CIO [la principal central sindical obrera de Estados Unidos de la cual es presidente] iniciaría un boicot de productos chilenos. Se presentó esta acción como un paso progresista y Meany fue aplaudido en editoriales del *Washington Post* y del *New York Times*. Los editoriales explicaban que este era un paso desafortunado pero necesario en defensa de los derechos humanos en Chile. Pero al leer más cuidadosamente el comunicado de Meany, vemos que en realidad se trata de reforzar el bloqueo imperialista contra Cuba.

Meany está enviando delegaciones a reuniones con burocratas sindicales del hemisferio occidental y de Europa para dar los toques finales a un plan para un boicot hemisférico del comercio chileno *y cubano*. De manera que el boicot a Chile no es más que un disfraz para encubrir el boicot contra Cuba.

Menciono esto porque algunos de los que escriben discursos para Meany eran líderes del YPSL a fines de los años cincuenta y a principios de los sesenta. La YSA luchó contra ellos sobre la cuestión de Cuba. Durante la invasión de Playa Girón su línea fue muy simple: la apoyaron públicamente. ¡Instaban a los socialistas a apoyar una supuesta ala "sindical democrática" del ejército invasor!

Aprendimos también a combinar la comprensión de la realidad con nuestras normas. La realidad en Cuba era muy rica y complicada.

No habían personajes de cartón como los que uno encuentra en las novelas alegóricas. Personajes como Sara Santa, Memo Malo, Sabás Sabio y gente así. Estos no son seres humanos sino figuras de cartón que representan una idea, pasión o tendencia.

Así es como la mayoría de los socialistas pequeñoburgueses ven una revolución. Pero nosotros conocimos la revolución cubana, conocimos a los revolucionarios cubanos y conocimos a los trabajadores cubanos. Supimos que eran gente de carne y hueso y mucho más complicadas que Sara Santa y Memo Malo.

Aprendimos que lo principal es la realidad. Nuestra tarea no consistía simplemente en entender la realidad sino en participar en ella y tratar de cambiarla, hacerla avanzar trabajando junto con todos los que se están moviendo en una dirección revolucionaria.

Revolucionarios de acción

Los líderes cubanos eran revolucionarios de acción. En una de sus discusiones con miembros de nuestro partido a fines de los años treinta, Trotsky predijo que los próximos grandes líderes revolucionarios no serían teóricos de la estatura de Marx, escribiendo obras como *El Capital*. Estamos en una época en que veremos a grandes revolucionarios de acción avanzar, y nosotros debemos ir a su encuentro.

Esto es lo que vimos en Cuba: una muestra de lo predicho por Trotsky. En el congreso del SWP en 1961, Morris Stein, uno de los veteranos dirigentes con más experiencia en el partido, le explicó a una minoría dentro del partido que se oponía a reconocer la realidad cubana, que la dirección castrista era superior a la dirección bolchevique, sin contar a Lenin, Trotsky, Sverdlov y gente como ellos.

La importancia estratégica de las normas

Esto era con lo que estabamos bregando históricamente, estas eran y estas son nuestras responsabilidades.

Por otro lado, también aprendimos el supremo valor, lo irremplazable y la importancia estratégica de nuestras normas. Sólo con la estrategia correcta y las normas correctas, sólo mediante la asimilación *política* de la teoría, sólo así podemos defender y extender exitosamente la revolución.

En el primer informe que presentó Joe

Hansen sobre Cuba al Comité Político del SWP, señalamos tres cuestiones políticas centrales:

Primero. A largo plazo es absolutamente imprescindible desarrollar en Cuba formas de democracia proletaria para que la revolución continúe avanzando.

Segundo. La lucha por construir un partido revolucionario leninista a escala nacional e internacional es crucial para este proceso.

Tercero. La clave de todo es participar en la lucha por extender la revolución cubana y defenderla del imperialismo norteamericano.

Este tercer punto es también la clave para ayudar a los cubanos a entender los primeros dos puntos. Tal vez pueda explicar mejor lo que quiero decir relatando cómo me volví trotskista.

Enseñar con las acciones

Cuando por primera vez me encontré con nuestro movimiento no entendía del todo el papel de los soviets, el carácter exacto de la democracia obrera, la naturaleza de un estado obrero. Todas estas eran cuestiones algo abstractas.

No entendía del todo el papel de un partido leninista, de un partido trotskista. No creo que la mayoría de nosotros sabemos de esto cuando primero nos acercamos al movimiento.

Pero sí entendí una cosa. Sabía que nadie en este país defendía a la revolución cubana, una verdadera revolución socialista, ni luchaba por extenderla a Estados Unidos, como lo hacían el SWP y la YSA. Entonces me dije, este es mi partido, esta es mi organización. Después fui aprendiendo las otras cosas sobre la marcha.

Y es así como los cubanos aprenderán sobre estas cuestiones. Es el único camino. No escucharán a alguien sentado en las barras. Ellos *observan*. Y llegará el momento en que escucharán a los revolucionarios que muestran con sus acciones que merecen ser respetados y escuchados.

Sería más rápido y mejor si hubiera otro camino, pero no lo hay. Es la única manera de convencer a los cubanos, no sólo los líderes sino todos los revolucionarios cubanos.

Como defendieron a Cuba los trotskystas

En realidad se redujo a entender el hecho más importante de todos: la revolución cubana es *nuestra* revolución. Nuestro destino y el de ellos están completamente entrelazados.

La YSA escribió varios capítulos genuinamente heróicos en defensa de la revolución cubana.

La primera etapa seguramente muchos de ustedes la conocen. Fue organizar a los Fair Play for Cuba Committees [Comités por un Trato Justo a Cuba] y convertir a la YSA en los propagandistas y las tribunas de la revolución cubana.

Hicimos todo lo que pudimos. Exhibimos diapositivas. Marchamos en piquetes. Vendimos folletos. Algunos de nosotros nos pusimos sombreros de milicianos y hasta cometimos uno o dos excesos ultraizquierdistas. Fuimos a los trabajadores y granjeros de Estados Unidos con el mensaje de la revolución cubana. En ese entonces era más difícil que hoy. El país apenas salía de la era macartista. La radicalización estaba comenzando con las ocupaciones de cafeterías segregadas en el sur.

Fuimos a muchas iglesias. Descubrimos que si conseguíamos una iglesia y mostrábamos diapositivas de esta isla, de cómo se habían mejorado las condiciones de sus habitantes gracias a la revolución, algunos estudiantes venían, algunos obreros, y en Minnesota algunos granjeros también.

Nuestro criterio era que si algún estudiante, trabajador o granjero estaba interesado en Cuba, esto indicaba que era un buen candidato para ser ganado al movimiento revolucionario.

Cuba y el nacionalismo negro

También aprendimos de los cubanos sobre el nacionalismo negro. Comenzamos a aprender sobre esto aún antes de aprender de Malcolm X y de los cambios que ocurrían entre los musulmanes negros. Claro está que fue sólo cuando surgió Malcolm X y se dividió la Nación de Islam que realmente comprendimos lo que Trotsky había tratado de enseñarnos hace muchos años sobre el nacionalismo negro.

Sin embargo la revolución cubana jugó un papel importante en abrirnos las puertas. Desde el comienzo la revolución cubana tuvo un profundo aspecto afrocubano que tuvo un gran impacto sobre los negros en este país.

Evidentemente la revolución colonial, el ascenso de las masas de los países coloniales contra su opresión, tuvo un fuerte impacto entre los afro-americanos. Pero Cuba tuvo un impacto especial porque fue una revolución exitosa, por el papel que los afro-cubanos tuvieron en ella, y por la determinación con la que el gobierno revolucionario abolió la discriminación racial.

Cuando Fidel Castro vino a Nueva York en 1960 para asistir a la sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas y se mudó de un hotel en el centro de la ciudad al Hotel Theresa en Harlem, esto tuvo un impacto tremendo sobre toda la población negra.

Entre los fundadores del Fair Play for Cuba Committee habían algunos de los más conocidos intelectuales, poetas y músicos nacionalistas negros en Estados Unidos.

Robert F. Williams, un revolucionario nacionalista negro y líder de la lucha por los derechos civiles en Carolina del Norte, y Ed Shaw, un dirigente del SWP, llevaron a cabo giras, hablando en defensa de Cuba y de la lucha negra.

La primera etapa

Esta fue la primera etapa de nuestra defensa de la revolución cubana. Fue una etapa inspiradora. Publicamos los discursos de Fidel Castro. Publicamos *The Truth About Cuba* [La verdad sobre Cuba] por Joe Hansen. Impulsamos la campaña de Farrell Dobbs —el candidato presidencial del SWP, que fue el único que dijo la verdad sobre Cuba y el socialismo.

Formamos piquetes y marchamos. Luchamos contra los cobardes de la YPSL. Organizamos mítines en iglesias. Tuvimos foros. Vendimos el *Militant* y el *Young Socialist* por todas partes. Y reclutamos más gente y fortalecimos al SWP y a la YSA.

Crear dos, tes, muchos Vietnam

Hay una segunda etapa con la cual estarán más familiarizados aunque no lo piensen así. Fue el período de la guerra de Vietnam. Este es un aspecto de nuestra defensa de la revolución cubana del que no hablamos lo suficiente. Todo lo que hicimos al oponernos a la guerra genocida de Estados Unidos contra Vietnam fue parte de la lucha concreta por defender y extender la revolución cubana. La dirección cubana comprendió cabalmente lo que estaba en juego en Vietnam.

La consigna del Che, "Crear dos, tres . . . muchos Vietnam", no era palabrería. Fue la línea consciente que los cubanos siempre mantuvieron. Ellos entendieron que, para defender y extender lo logrado en Cuba, era necesario extender la revolución, era necesario que pueblos heróicos como el vietnamita se levantaran y lucharan, era necesario arriesgarlo todo. Es lo que ellos creen. Y nosotros también.

Che Guevara dio su vida tanto por la revolución vietnamita como por la revolución boliviana. Y lo que ustedes lograron, junto con millones más como ustedes que marcharon y se manifestaron contra la guerra, fue ganar tiempo para los cubanos mientras nosotros luchabamos —con éxito— para convencer al pueblo norteamericano a oponerse a la guerra.

La revolución vietnamita ganó para la revolución cubana un tiempo crucial, una pausa, para que sobrepasaran algunos de sus problemas económicos, combatieran el bloqueo y se prepararan para ir a Africa en solidaridad con la batalla contra el apartheid y el imperialismo cuando se les presentara la oportunidad.

Una tercera etapa

Ahora estamos en una tercera etapa. Debemos tomar la iniciativa en la defensa directa de la revolución cubana y en defensa de la creciente revolución negra en Africa. Es la misma lucha.

Esta es la continuidad de nuestra defensa de la revolución a través de veinte años.

Cuba está justamente al centro de la política mundial. Lo ha estado desde el triunfo de la revolución, y lo estará hasta que esa revolución sea derrotada, o triunfe la revolución a escala mundial. Está al centro porque la existencia de un estado obrero con una dirección revolucionaria es un desafío permanente a todo lo reaccionario, a todo lo que explota y oprime, a todos los burócratas privilegiados del mundo.

Cuba y la política de EEUU

La revolución cubana y la actitud que tomemos hacia ella sigue siendo la prueba decisiva de los revolucionarios.

Y debido a que el destino de la revolución en Estados Unidos está tan entrelazado con la revolución cubana, es preciso que nos demos cuenta de cuan terrible sería para nosotros una derrota en Cuba. Una derrota de la revolución cubana o la estalinización de Cuba sería un golpe tremendo a la revolución mundial.

Por veinte años hemos comprendido la relación entre la revolución cubana y la revolución que se avecina en Estados Unidos. Vemos cómo esto se hace cada día más concreto.

Piensen por un momento sobre las propuestas de Castro a los cubanos en Estados Unidos y el significado de ésto.

Esta es una iniciativa política enérgica y audaz contra la hipocresía de la administración Carter sobre los derechos humanos. Pero aún más, es una pequeña pero importante intervención en la política norteamericana: la primera de parte de la revolución cubana.

Al comienzo los cubanos pensaron que posiblemente alguien en Estados Unidos iría a los Apalaches [una cordillera en el este de Estados Unidos] o a algún otro lugar y desde allí haría lo que se hizo en Cuba. Le dieron a Robert F. Williams —quién vivió exiliado en Cuba por muchos años después de haber sido falsamente acusado de secuestro en este país— una estación de radio para que transmitiera mensajes a Mississippi y Alabama. Estaban dispuestos a entrenar guerrilleros, pero claro está que nada salió de esto.

Los cubanos nunca trataron de influenciar al movimiento obrero en Estados Unidos. Lo descartaron. Pero los tiempos han cambiado.

El diálogo

El actual diálogo con la comunidad cubana en Estados Unidos abarca miles de cubanos residentes en este país. Están divididos en clases. Muchos trabajan en fábricas, asisten a las escuelas y son afectados por las mismas cosas en la lucha de clases que los afectan a ustedes y a todo trabajador. Ellos también ven que a los latinos no se les trata igual en el país de la hipocresía de Carter sobre los derechos humanos.

La nueva relación que está surgiendo entre los cubanos en Estados Unidos y la revolución cubana significará un cambio de actitud hacia la revolución cubana en un sector de la clase obrera norteamericana.

También comienza una nueva etapa en las relaciones de la revolución cubana con los negros en Estados Unidos. Los afrocubanos luchan en Africa mientras los afronorteamericanos los observan y los aplauden. Si ocurre un ascenso en estas luchas y las tropas cubanas son llamadas para ayudar y luchar por la libertad de Zimbabwe, Namibia y Sudáfrica, estoy convencido que negros y otros trabajadores norteamericanos irán allí a sumarse a la lucha. Veremos brigadas internacionales luchando por la liberación de Africa.

Imagínense lo que ocurrirá cuando comiencen esas batallas —las actitudes y los sentimientos que inspirarán en millones de personas.

No cambiamos

Así que no cambiamos nada en nuestra posición fundamental, después de veinte años. Celebramos. Defendemos esta revolución con todo nuestro corazón. Y luchamos por extenderla.

Reconocemos el carácter revolucionario de sus dirigentes y formamos un bloque con ellos contra sus enemigos en el exterior y contra los estalinistas en el interior. El Socialist Workers Party, la Young Socialist Alliance y la Cuarta Internacional influenciarán a los revolucionarios cubanos mostrándoles en la acción lo que es una política marxista revolucionaria.

El movimiento trotskista mundial debe aceptar la responsabilidad por haber perdido dos grandes oportunidades de influenciar a la dirección cubana. La primera fue inmediatamente después de la victoria sobre Batista. Desafortunadamente, en Cuba el trotskismo fue falsamente representado por un grupo seguidor de un líder cultista llamado Juan Posadas. Este grupo denunciaba a la dirección revolución por no ser socialista.

Siempre recordaré una noche del verano de 1960 en La Habana. Hacía algunas noches que Fidel había hablado ante una gigantesca concentración en la ciudad. Allí anunció que se iban a nacionalizar todas las propiedades de los norteamericanos en Cuba.

Esa noche, en el Teatro Blanquita, el Che Guevara les dijo a miles de estudiantes de toda América Latina que este era el comienzo de una revolución *socialista* en nuestro hemisferio. Esta fue la primera vez que un dirigente central del gobierno cubano se refería a la revolución en esos términos.

Allí estaban los Posadistas denunciando a la dirección cubana por no ser lo suficientemente revolucionaria.

Afortunadamente en ese entonces estaban en Cuba gente como Peter Buch, Pedro Camejo, Eva Chertov y Suzanne Weiss, y pude aprender la diferencia entre el trotskismo y las locuras de los posadistas.

Pero la Cuarta Internacional perdió una oportunidad de influenciar a los dirigentes cubanos debido al carácter de la organización cubana que se reclamaba del trotskismo. Esto fue resultado, en parte, de una división innecesariamente larga y brutal en la Cuarta Internacional. Esta división, que no se superó hasta 1963, debilitó al movimiento mundial e impidió que la dirección internacional utilizara toda su fuerza para influenciar a los trotskistas cubanos.

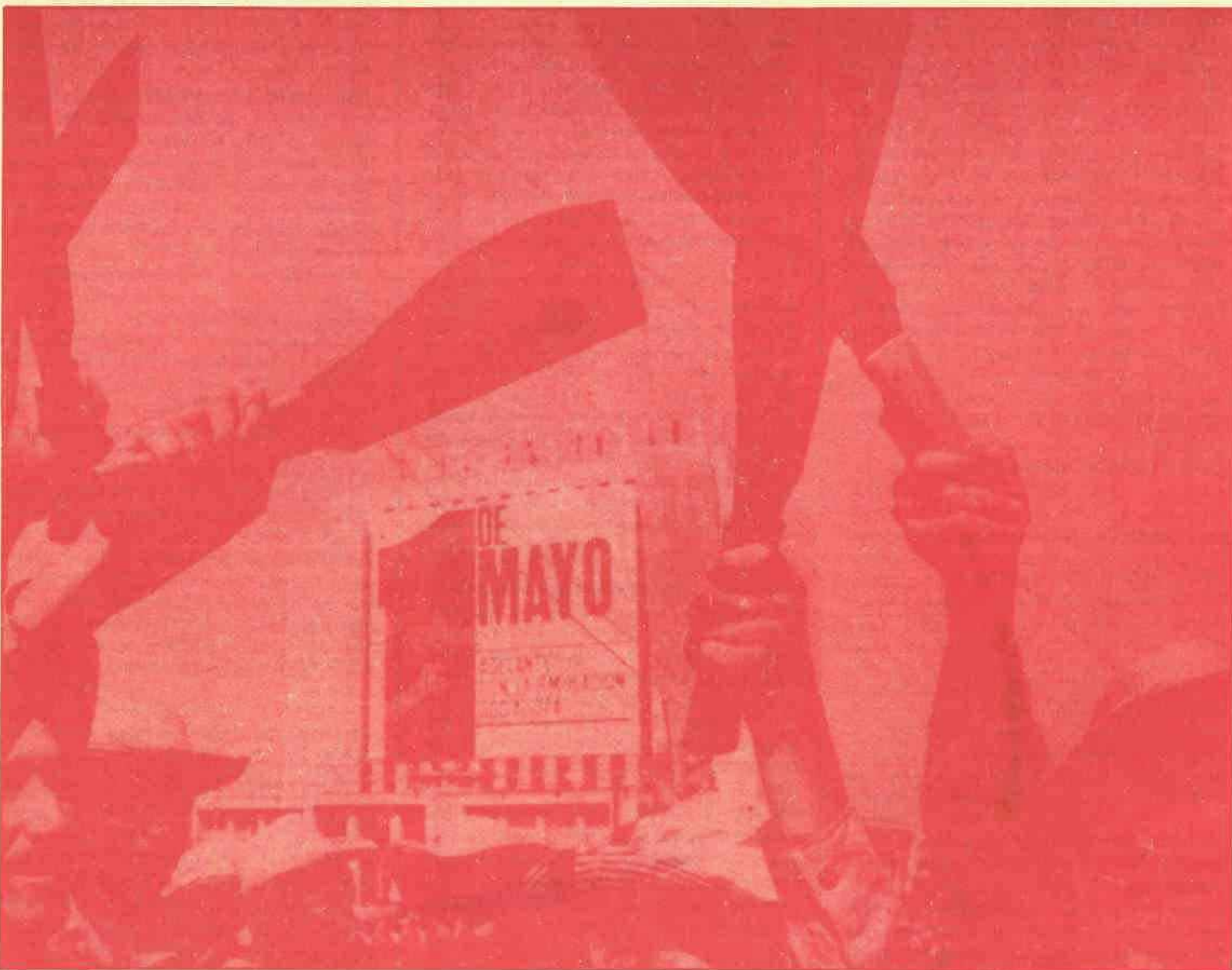
Otra oportunidad perdida

Hubo una segunda oportunidad perdida, el período desde 1967 hasta hace poco más de un año. Durante este período una mayoría de la dirección de la Cuarta Internacional viró hacia una estrategia de guerra de guerrillas. La dirección cubana, a raíz del fracaso de la orientación guerrillera en América Latina que se simboliza con la derrota en Bolivia y la muerte del Che, buscaba cómo avanzar. En esos mismos instantes varias secciones de la Cuarta Internacional corrían a encontrarse con la misma posición que los cubanos dejaban de lado.

El movimiento trotskista le estaba dando a los cubanos una respuesta anticuada que los mismos cubanos trataban de superar.

Tomó muchos años y mucha discusión, pero la Cuarta Internacional ya ha rechazado estos errores y ahora plantea una estrategia revolucionaria para Latinoamérica que sí responde correctamente a los problemas que los cubanos intentaban resolver. Pero se perdió tiempo valioso en este proceso.

Ahora tenemos oportunidades como nunca las hemos tenido. Tenemos oportunidades porque ante todo los cubanos observan la actividad política, observan a los revolucionarios y observan las actividades revolucionarias.



Los cambios que se están dando en este país ofrecen una apertura importante para ejercer una influencia profunda sobre la revolución cubana. El ascenso de las luchas de la clase obrera en este país y el papel que los trotskistas estarán jugando en ella provocará en Cuba una reevaluación sobre las perspectivas de la revolución en los países imperialistas.

Así que este es un aniversario único y feliz para la revolución cubana. Y por veinte años hemos estado luchando a la par con los cubanos.

Los cubanos han hecho algunas cosas por nosotros y las siguen haciendo.

Nos han inspirado confianza en el poder de la revolución proletaria. Piensen sobre las poderosas fuerzas que trabajan y que han trabajado durante veinte años para aplastar a esa revolución. Piensen sobre las fuerzas a que los cubanos se han enfrentado y se siguen enfrentando.

¡Una pequeña isla, un país superexplotado a pocas millas de aquí, inició la revolución socialista en nuestro hemisferio!

Le enseñaron a nuestra generación que nuestra clase puede apoderarse de la sociedad y dirigirla. Nos enseñaron que uno debe sentirse orgulloso de su herencia africana, de su herencia latina porque son dignas de orgullo.

Nos mostraron que la movilización de la clase trabajadora y sus aliados, bajo una dirección consciente, que dice la verdad, es más poderosa que el poder económico y militar más potente que jamás haya existido sobre la faz de la tierra.

Nos demostraron en la práctica que los estalinistas no están destinados a estar a la cabeza de toda revolución, para sofocarla, desviarla, traicionarla. Estamos en la época de la revolución, no de la contrarrevolución.

Luchar, vivir y hasta morir por la revolución

En Playa Girón, en Bolivia y en Africa, los cubanos nos han enseñado a luchar, a vivir y si es necesario a morir por la liberación de la humanidad. Nos demostraron que era cierto lo que el Che dijo, que el revolucionario intransigente está guiado por grandes sentimientos de amor.

Y nos enseñaron, aún a aquellos de nosotros que desconocemos el idioma español, el significado de una palabra que todos tenemos que conocer: venceremos.

A cambio de todo esto solamente les debemos una pequeña cosa. Y eso es organizar un movimiento revolucionario capaz de guiar a los trabajadores de Estados Unidos a hacer exactamente lo mismo que hicieron los cubanos. Y esto es lo que haremos.